Frantz Fanon

Sociología de una revolución

Ediciones ERA

Cuarta edición en francés: 1966
Título original: *Sociologie d'une révolution* [*L'an V de la révolution algérienne*]
© 1966, François Maspero, París
Traducción: Víctor Flores Olea
Primera edición en español: 1968
Segunda edición en español: 1971
Tercera edición en español: 1976
Derechos reservados en lengua española
© Ediciones Era, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

INDICE

9 Introducción

19 I. Argelia se quita el velo

46 Anexo

50 II. "Aquí la Voz de Argelia..."

77 III. La familia argelina

97 IV. Medicina y colonialismo

120 V. La minoría europea de Argelia

135 Anexo I
Testimonio de Charles Geromini

147 Anexo II

150 Conclusión

La guerra de Argelia iniciará pronto su sexto año. En noviembre de 1954, ni entre nosotros ni en el resto del mundo, se sospechaba que sería necesario luchar durante 60 meses antes de lograr que el colonialismo francés cediera en su opresión y permitiera que se escuchara la voz del pueblo argelino.

Ningún cambio político se ha presentado tras cinco años de lucha. Los responsables de la política de Francia siguen proclamando que Argelia es francesa.

Esta guerra ha movilizado a la totalidad del pueblo, y lo ha obligado a invertir masivamente sus reservas y recursos más ocultos. El pueblo argelino no se ha concedido ni un instante de respiro, entre otras razones, porque el colonialismo al que se enfrenta no se lo ha permitido.

Es preciso decir que la guerra de Argelia es la más alucinante que haya emprendido pueblo alguno para romper el dominio colonial. Sus adversarios afirman frecuentemente que la revolución argelina es llevada a cabo por personas sanguinarias. Por otra parte, los demócratas que simpatizan con ella la acusan de haber cometido errores.

Es cierto que algunos ciudadanos argelinos no han seguido las directivas de los organismos dirigentes, que han surgido problemas que debieran haberse evitado en el suelo nacional; mas por otra parte, tales incidentes se han producido siempre en relación con otros ciudadanos argelinos.

Pero entonces ¿qué ha hecho la Revolución? ¿Ha eludido sus responsabilidades? ¿Acaso no ha sancionado estos actos que podían alterar el más auténtico significado de nuestro combate? ¿Es que no mencionó Ferhat Abbas, presidente del Consejo del GPRA, las medidas, a veces capitales, que tomó la dirección revolucionaria?

¿Quién no será capaz de comprender, desde el punto de vista psicológico, la razón de que surjan los violentos arrebatos contra

los traidores o los criminales de guerra? Los hombres que lucharon en el Primer Ejército francés recordaron con repugnancia durante mucho tiempo a los justicieros de última hora que descargaban sus armas contra los colaboradores. Quienes lucharon en la isla de Elba, aquellos que participaron en la campaña de Italia y en el desembarco efectuado en Tolón, se rebelaron contra estos "ajustes de cuentas" fratricidas, ilegales y, a veces, aplicados en forma vergonzosa. Sin embargo, no recordamos que haya habido sentencias contra guerrilleros por ejecuciones sumarias, precedidas de torturas, de civiles inermes.

En los momentos en que el pueblo sufría el asalto masivo del colonialismo, el Frente de Liberación Nacional no vaciló en prohibir algunas formas de acción, y recordó constantemente a las unidades las leyes internacionales de la guerra, porque en una guerra de liberación, el pueblo colonizado debe triunfar, pero la victoria debe obtenerse sin "barbarie". *El pueblo europeo que tortura es un pueblo degradado, traidor a su historia. El pueblo subdesarrollado que tortura afirma su propia naturaleza, se comporta como pueblo subdesarrollado.* El pueblo subdesarrollado tiene la obligación, si no quiere verse condenado moralmente por las "naciones occidentales", a practicar el *fair-play*, mientras que su adversario puede dedicarse, con la conciencia absolutamente tranquila, al descubrimiento ilimitado de nuevos métodos de terror.

El pueblo subdesarrollado debe mostrar, al mismo tiempo, por su capacidad combativa, las posibilidades que tiene para convertirse en nación; y por la pureza de cada una de sus actitudes debe hacer ver a todos que es, hasta en sus menores detalles, el pueblo más transparente y dueño de sí que pueda existir. Pero todo esto no es cosa fácil.

Mientras que en la región de Mascara, hace exactamente seis meses, más de 30 combatientes sitiados y sin municiones, después de haber luchado con piedras, fueron hechos prisioneros y ejecutados, en otro sector un médico argelino envió un grupo a la frontera para conseguir urgentemente los únicos medicamentos que podían salvar la vida a un prisionero francés. En el trayecto, dos combatientes argelinos fueron muertos. Otras veces se enviaron soldados para efectuar acciones de diversión que permitieran que un

grupo de prisioneros llegara sano y salvo a la comandancia de la región.

Los ministros franceses Lacoste y Soustelle publicaron fotografías con la clara intención de denigrar nuestra causa. Algunas de esas fotografías muestran ciertas acciones de los miembros de nuestra Revolución; otras exhiben algunos de los miles de crímenes cometidos por Bellounis y los *harkis* armados por el ejército francés. Pero sobre todo y en forma decisiva, ahí están las decenas de miles de argelinos y argelinas víctimas de los soldados franceses.

No; de ninguna manera es verdad que la Revolución haya ido tan lejos como el colonialismo.

A pesar de ello, no justificamos las reacciones inmediatas de nuestros compatriotas. Las comprendemos, pero no podemos disculparlas ni rechazarlas.

Puesto que deseamos una Argelia democrática y transformada; puesto que no creemos que sea posible elevarse y liberarse en un sector y hundirse en otro, condenamos con verdadero pesar a aquellos hermanos nuestros que se lanzaron a la acción revolucionaria con la brutalidad casi fisiológica que provoca y cultiva la opresión secular.

Las personas que nos condenan o nos reprochan estas sombras que obscurecen la Revolución ignoran el drama atroz que atenaza al responsable que se ve en la obligación de condenar, por ejemplo, a un patriota culpable de haber dado muerte a un notorio traidor sin haber recibido la orden de hacerlo o, peor aún, a una mujer o a un niño. Este hombre, que debe ser juzgado sin códigos ni leyes y sólo de acuerdo con la conciencia que cada cual tiene de lo que debe hacerse y de lo que está prohibido, no es un hombre nuevo en los grupos de combate. Desde hace muchos meses ha dado pruebas irrefutables de abnegación, de patriotismo y de valor. Pero es necesario someterlo a juicio, porque el responsable local debe aplicar las normas dadas al respecto. A veces es indispensable que se erija en acusador, cuando los otros miembros de la unidad no aceptan la misión de acusar a su hermano ante el tribunal revolucionario.

No es tarea fácil dirigir con un mínimo de errores la lucha de un pueblo convulsionado por 130 años de dominación, contra un

enemigo tan decidido y feroz como el colonialismo francés.

Christiana Lilliestierna, periodista sueca, se entrevistó en un campamento con algunos de los miles de argelinos refugiados. He aquí un extracto de su reportaje:

"El siguiente de la fila es un muchacho de 7 años marcado por las profundas heridas que le causó un hilo de acero con el que lo sujetaron mientras los soldados franceses torturaban y asesinaban a sus padres y hermanas. Un teniente lo obligó a mantener abiertos los ojos, a fin de que viera y recordara el espectáculo por mucho tiempo...

"Ese niño fue transportado por su abuelo durante cinco días y cinco noches antes de llegar al campo.

"El niño dijo: *sólo deseo una cosa: poder cortar a un soldado francés en pedacitos, en muchos pedacitos.*"

Y bien; ¿es posible considerar fácil que el niño de 7 años olvide el asesinato de sus padres y su sed de venganza? ¿Todo el mensaje que dejará la democracia francesa será ese niño huérfano que crece en una atmósfera de juicio final?

Nadie suponía que Francia defendería encarnizadamente durante 5 años este vergonzoso colonialismo que sólo tiene paralelo, en el mismo continente, con el de Africa del Sur. Y nadie sospechaba que el pueblo argelino se instalaría en la Historia con tamaña intensidad.

Pero es necesario evitar la ilusión. Las generaciones que llegan no son ni más blandas ni están más fatigadas que las que han desencadenado la lucha. Por el contrario, hay un endurecimiento y la voluntad de estar a la altura de las "dimensiones históricas", y la preocupación de no malgastar la vida de cientos de miles de víctimas. También se tiene la medida exacta de las dimensiones del conflicto, de las amistades y las solidaridades, de los intereses y las contradicciones del universo colonialista.

"Tener un fusil, ser miembro del Ejército de Liberación Nacional es la única posibilidad que tiene el argelino de dar sentido a su muerte. La vida bajo la dominación extranjera, hace mucho tiempo que carece de significado..."

Cuando el gobierno argelino hace tales declaraciones, no es por error o "extremismo". Sólo expresa una verdad evidente.

Por lo que se refiere al pueblo argelino, diremos que existe en Argelia una situación irreversible. El propio colonialismo francés ha comprendido lo anterior e intenta seguir anárquicamente el movimiento histórico. En la Asamblea Nacional Francesa hacen acto de presencia 80 diputados argelinos. Pero hoy tal cosa no sirve para nada.

La Asamblea única ha sido aceptada por los *ultras*, aunque en 1959 esta decisión resulta irrisoria ante las dimensiones extraordinarias que alcanzó la conciencia nacional argelina. Interrogad a cualquier hombre o mujer del mundo y preguntadle si el pueblo argelino no ha conquistado veinte veces el derecho a ser independiente. En 1959, nadie excepto los franceses que han arrastrado a su país a esta horrible aventura, deja de aspirar al fin de la matanza y al nacimiento de la nación argelina.

En fin, no hay ninguna salida a la vista y sabemos que el ejército francés prepara para los próximos meses una serie de ofensivas. La guerra continúa.

Por eso los hombres tienen el derecho a preguntarse acerca de los motivos de esa obstinación. Tenemos el deber de comprender esta inmersión en la guerra que recuerda por infinidad de razones la complacencia en lo morboso. Nosotros deseamos poder mostrar, en este primer estudio, que sobre la tierra argelina ha nacido una nueva sociedad. Hoy, los hombres y mujeres de Argelia no se parecen a los de 1930, a los de 1954, a los de 1957. La vieja Argelia ha muerto.

La sangre inocente que palpita en las arterias del suelo nacional. dio nacimiento a una nueva humanidad, y nadie debe ignorarlo.

Tras de haber afirmado que no "entregaría a los árabes un millón de sus hijos", Francia proclama hoy que no abandonará jamás el Sahara y sus recursos. Es evidente que tales argumentos no tienen ningún valor para el argelino, quien responde que la riqueza de un país no puede justificar su opresión.

Nosotros demostraremos que la forma y el contenido de la existencia nacional existen ya en Argelia y que es imposible una regresión. En tanto que en muchos países coloniales la independencia de un partido nutre progresivamente la conciencia nacional

difusa del pueblo, en Argelia es la conciencia nacional, la miseria y el terror colectivos quienes impulsan ineludiblemente al pueblo a tomar en sus manos las riendas de su propio destino.

Argelia es virtualmente independiente, los argelinos se consideran ya soberanos.

Sólo falta que Francia lo reconozca, y esto es sin duda lo más importante. Pero también aquel sentimiento es importante. Y debe ser conocido, ya que limita en forma radical las esperanzas militares y políticas del colonialismo francés.

¿Por qué el gobierno francés no termina con la guerra de Argelia? ¿Por qué se niega a negociar con los miembros del gobierno argelino? Estas son las preguntas que en 1959 un hombre honesto está obligado a plantearse.

No basta decir que el colonialismo es todavía poderoso en Francia. Tampoco es suficiente afirmar que el Sahara ha modificado los términos del problema.

Todo esto es verdad, pero hay además otra cosa. Nos parece que en Argelia el punto capital, en el que se estrellan las buenas voluntades y los gobiernos franceses, está representado por la minoría europea. Por eso, hemos consagrado un capítulo a tal tema.

Argelia es una colonia de población. La última colonia de población que se ha hecho famosa es la de Africa del Sur; ya sabemos en qué sentido.

Los europeos de Argelia no han perdido la esperanza de romper con Francia e imponer su ley de bronce a los argelinos. Es la única constante de la política colonialista en Argelia. Hoy, el ejército francés está seducido por la idea. Por lo tanto, no debemos tomar en serio los rumores de paz que surgen aquí y allá.

Francia hará la paz con Argelia reforzando su dominio sobre Argelia *o rompiendo el feudalismo europeo de Argelia*. Fuera de ambas soluciones, sería preciso que la paz le fuera impuesta internacionalmente por las Naciones Unidas o militarmente por las fuerzas argelinas.

Es fácil ver que la paz no es para mañana. Demostraremos también que Francia no puede volver a comenzar su dominio sobre Argelia. Aún cuando este dominio se reduzca y disimule. El gobierno francés está obligado a condenar a algunos cientos de criminales de guerra o a encubrir cada vez más el genocidio que se ensaña con Argelia.

No podemos sonreír cuando las autoridades francesas declaran que "la rebelión cuenta con 25 mil hombres". ¿Qué valen las cifras frente a la santa y colosal energía que mantiene en ebullición a todo un pueblo? Aun cuando llegara a probarse que nuestras fuerzas no son superiores a 5 mil hombres mal armados, ¿qué valor podría tener esta prueba? Si contáramos con un millón de hombres armados seguirían multiplicándose los descontentos y los irritados. Cientos de miles de argelinos y argelinas no perdonarían a los responsables de no haberlos alistado, de dejarlos desarmados. ¿Qué sería el gobierno argelino si no tuviera al pueblo detrás?

Las autoridades francesas han reconocido recientemente, con carácter oficial, la existencia de un millón de argelinos desplazados, reagrupados. Se quería aislar al ejército del pueblo. Se deseaba, según parece, evitar la "descomposición de Argelia". ¿Pero hasta dónde es posible llegar?

Un millón de rehenes concentrados y he aquí que los propios franceses dan la voz de alarma: "los medicamentos no actúan sobre esas multitudes, así de profunda es su destrucción fisiológica". ¿Entonces? El colonialismo pelea por reforzar su dominio y su explotación humana y económica. Procura también mantener idénticas la imagen que tiene del argelino y la imagen devaluada que el propio argelino tenía de sí mismo. Sin embargo, desde hace mucho tiempo esto es imposible.

La nación argelina no se sitúa en el futuro. No es el producto de una imaginación borrosa y llena de fantasmas. Está en el centro mismo del hombre nuevo argelino. *Hay una nueva naturaleza del hombre argelino*, una nueva dimensión de su existencia.

La tesis que afirma que los hombres se transforman en el momento mismo en que modifican el mundo, no ha sido nunca tan evidente como en Argelia. Esta prueba de fuerza no solamente remodela la conciencia que el hombre tiene de sí mismo, sino la idea que tiene de sus antiguos dominadores y del mundo, por fin a su alcance.

Esta lucha a niveles diferentes renueva los símbolos, los mitos,

las creencias y la emoción de un pueblo. En Argelia asistimos a la puesta en marcha del hombre.

¿Quién puede detener este movimiento esencial? ¿No vale más abrir los ojos y ver lo que hay de grandioso y natural en este proceso?

¿Vivimos aún en tiempos en que el hombre debe luchar y morir para tener derecho a convertirse en ciudadano de una nación?

¿No es grotesca, humillante y obscena la dicotomía *francescs-musulmanes*?

¿Esta miseria y esta indignidad consentida y alimentada cada mañana, no brindan pretextos verdaderos para los crímenes más refinados?

¿No hay en esta tierra suficientes voluntades para imponer la razón a la sinrazón?

El general Challe proclama que no debe descartarse la eventualidad de una victoria sobre la rebelión. No ironicemos. Todos los generales en jefe de todas las guerras coloniales repiten la misma cosa, pero ¿es que no comprenden que ninguna rebelión ha sido jamás vencida? ¿Qué significa vencer a una rebelión?

Se ha querido vencer al UPC, pero ¿no se ha concedido la independencia al Camerún? La única diferencia es que el colonialismo, antes de irse, ha multiplicado las traiciones, las prevaricaciones y los rencores en el seno del pueblo camerunés. El futuro del Camerún está hipotecado por varios años debido a una política nefasta y aparentemente sutil.

Deseamos mostrar en estas páginas que *el colonialismo ha perdido definitivamente la partida en Argelia, mientras que los argelinos la han ganado en forma absoluta.*

Este pueblo, perdido para la Historia, que encuentra una bandera y un gobierno, y que ha sido ya reconocido por muchos Estados, no puede retroceder ahora. Este pueblo analfabeto que escribe las páginas más bellas y más emotivas de la lucha por la libertad no puede retroceder ni callar.

El colonialismo francés debería saber estas cosas. No puede ignorar que el gobierno argelino es capaz de movilizar en cualquier momento a todos los argelinos. Incluso los recién electos para cargos públicos, inscritos por la fuerza en las listas electorales de

la administración, dimitirían en cuanto lo ordenara el FLN. Ni siquiera los diputados del 13 de mayo podrían resistir mucho tiempo a la nueva autoridad nacional. ¿Entonces qué? Un ejército puede reconquistar en un momento dado el terreno perdido, pero ¿cómo reinstalar en la conciencia de un pueblo el complejo de inferioridad, el miedo y la desesperación? ¿Cómo suponer que los argelinos "vuelvan a sus hogares", según la invitación ingenua del general de Gaulle?

¿Qué sentido puede tener esa frase para un argelino de hoy?

El colonialismo ignora los verdaderos elementos del problema. Se imagina que nuestro poder se mide por el número de nuestras ametralladoras. Esto era verdad durante los primeros meses de 1955. Hoy, ya no lo es.

En primer lugar, porque hay otras circunstancias que pesan sobre la Historia. Además, porque las ametralladoras y los cañones no son ya armas exclusivas de los ocupantes.

Las dos terceras partes de la población del mundo están dispuestas a dar a la Revolución tantas ametralladoras como sean necesarias. Y si el otro tercio no lo hace, de ninguna manera es por desacuerdo con la causa del pueblo argelino. Al contrario, la otra tercera parte le hace saber constantemente que cuenta con su apoyo moral. Y esa porción del mundo se las arregla para expresarlo en forma concreta.

El poder de la Revolución argelina reside, de hoy en adelante, en el cambio radical que se ha producido en el propio hombre argelino.

El general de Gaulle, dirigiéndose a los *ultras* de Argelia, declaraba hace poco que "la Argelia de papá está muerta". Esto es cierto. Pero es preciso ir más lejos.

También está muerta la Argelia del hermano mayor. Hay una nueva Argelia, una nación argelina, un gobierno argelino. Tarde o temprano será necesario rendirse a estas evidencias.

En estas páginas veremos los cambios ocurridos en la conciencia del argelino. Y veremos las fisuras a partir de las cuales se ha remodelado la sociedad europea de Argelia. En realidad, asistimos a la agonía lenta, pero segura, de la mentalidad colonialista.

De ahí la tesis que repetiremos con frecuencia: *la muerte del*

colonialismo es, a la vez, la muerte del colonizado y la muerte del colonizador.

Las nuevas relaciones no consisten en la sustitución de una barbarie por otra barbarie, de una destrucción del hombre por otra destrucción del hombre. Lo que deseamos los argelinos es descubrir al hombre detrás del colonizador; ese hombre, a la vez organizador y víctima de un sistema que lo había ahogado y reducido al silencio. En cuanto a nosotros, desde hace largos meses hemos rehabilitado al hombre colonizado de Argelia. Hemos arrancado al argelino de la opresión secular e implacable. Nos hemos puesto de pie y avanzamos. ¿Quién puede reinstalarnos en la servidumbre?

Deseamos una Argelia abierta a todos, propicia a todos los talentos.

Lo deseamos y lo haremos. No creemos que exista fuerza capaz de impedirlo.

Frantz Fanon
Julio de 1959

I. ARGELIA SE QUITA EL VELO

Las características de la ropa, las tradiciones de la indumentaria y del arreglo, constituyen las formas de originalidad más evidentes, es decir, las más inmediatamente perceptibles de una sociedad. En el interior de un conjunto, en el aspecto de una figura ya definida formalmente, existen evidentemente modificaciones de detalle, innovaciones que, en las sociedades muy desarrolladas, determinan y circunscriben la moda. Pero la apariencia general permanece homogénea y se pueden reagrupar grandes áreas de civilización, inmensas regiones culturales a partir de las técnicas originales, específicas, del atuendo de los hombres y las mujeres.

Los diversos tipos de sociedad se conocen en primer lugar a través del vestido, por los reportajes y documentos fotográficos y por las películas cinematográficas. Así, hay civilizaciones sin corbata, civilizaciones con taparrabos o sin sombrero. La pertenencia a un área cultural determinada se manifiesta frecuentemente por las tradiciones indumentarias de sus miembros. Por ejemplo, los turistas se fijan de inmediato en el velo con que se cubren las mujeres del mundo árabe. Durante mucho tiempo se puede ignorar que un musulmán no consume carne de cerdo o que están prohibidas las relaciones sexuales diurnas durante el mes del Ramadán, pero el velo de la mujer se muestra con tal insistencia que, en general. es suficiente para caracterizar a la sociedad árabe.

En el Maghreb árabe, el velo forma parte de las tradiciones del vestuario en las sociedades nacionales tunecina, argelina, marroquí y libia. Para el turista y el extranjero, el velo caracteriza a la vez a la sociedad argelina y a su componente femenino.[1] Por

[1] No mencionamos aquí los medios rurales donde la mujer en muchos casos no usa velo. Tampoco hemos tomado en cuenta a la mujer cabila, que salvo en las grandes ciudades, nunca lo usa. Para el turista que raras veces se adentra en las montañas, la mujer árabe se caracteriza primordialmente por el uso del velo. Esta originalidad de la mujer cabila constituye, entre otros, uno de los temas de la propaganda colonialista sobre la oposición de los árabes y los bereberes. Estos estudios consagrados al análisis de las modificaciones sicológicas, dejan de lado los trabajos netamente

el contrario, en el hombre argelino podemos encontrar modificaciones regionales menores: *fez* en los centros urbanos, turbantes y *djellabas* en el campo. El vestido masculino admite cierto margen de variación, un mínimo de heterogeneidad. La mujer, vista a través de su velo blanco, unifica la percepción que se tiene de la sociedad femenina de Argelia.

Es evidente que nos encontramos ante un uniforme que no tolera ninguna modificación, ninguna variante.[2]

El *haik* define con precisión a la sociedad colonizada argelina. Podemos quedar indecisos y perplejos ante una niña, pero la incertidumbre desaparece en el momento de la pubertad. Con el velo las cosas se precisan y ordenan. La mujer argelina es, a los ojos del observador, "la que se esconde detrás del velo".

Veremos que ese velo, uno de los elementos de la tradición global del atuendo tradicional, se convirtió en motivo de una batalla grandiosa en ocasión de la cual las fuerzas de ocupación movilizaron sus recursos más poderosos y diversos, y el colonizado deplegó una sorprendente fuerza de inercia. La sociedad colonial, tomada en su conjunto, con sus valores, sus líneas de fuerza y su filosofía, reacciona de manera bastante homogénea frente al velo. Antes de 1954, y más exactamente después de los años 1930-1935, se libró el combate decisivo. Los responsables de la administración francesa en Argelia, empeñados en la destrucción de la originalidad del pueblo, encargados por el poder de intentar a cualquier precio la desintegración de las formas de existencia susceptibles de evocar una realidad nacional, aplicaron el máximo de sus esfuerzos

históricos. Abordaremos en breve este otro aspecto de la realidad argelina en acción. Contentémonos aquí con señalar que las mujeres cabilas, en el transcurso de los 130 años de dominación, han desarrollado frente al ocupante otros mecanismos de defensa. Asimismo, durante la guerra de liberación, sus formas de acción adquirieron aspectos absolutamente originales.

[2] Hay un fenómeno que vale la pena recordar. Durante la lucha del pueblo marroquí y principalmente en las ciudades, el velo negro se impuso sobre el blanco. Esta importante modificación se explica por la preocupación de las mujeres en expresar su adhesión a Su Majestad Mohamed V. En efecto, recordamos que inmediatamente después del exilio del rey de Marruecos, el velo negro, en señal de duelo, hizo su aparición. Al nivel de los sistemas de significación, es importante subrayar que el negro nunca ha expresado duelo o aflicción entre la sociedad árabe o marroquí. Significó una actitud de lucha: la adopción del negro respondía al deseo de presionar simbólicamente al ocupante, por lo tanto de escoger sus propios símbolos.

para destruir la costumbre del velo, interpretada para el caso como símbolo del *status* de la mujer argelina. Esa posición no fue consecuencia de una intuición fortuita. Con apoyo en los análisis de sociólogos y etnólogos, los especialistas en los llamados asuntos indígenas y los responsables de las secciones árabes, coordinaron su trabajo. En un primer nivel, se manipuló simple y llanamente la famosa fórmula: "conquistemos a las mujeres y el resto se nos dará por añadidura". Esta racionalización se contenta simplemente con revestirse de una apariencia científica al utilizar los "descubrimientos" de los sociólogos.[3]

Por debajo de la organización patriarcal de la sociedad argelina, los especialistas describen la estructura de un matriarcado. La sociedad árabe ha sido presentada frecuentemente por los occidentales como una sociedad de la exterioridad, del formalismo y del personaje. La mujer argelina, intermediaria entre las fuerzas oscuras y el grupo, parece entonces cobrar una importancia primordial. Detrás del patriarcado visible y manifiesto, se afirma la existencia, más radical, de un matriarcado de base. El papel de la madre argelina, el de la abuela, el de la tía, el de la "anciana", es inventariado y precisado.

En aquel momento la administración colonial pudo definir una doctrina política precisa: "si deseamos atacar a la sociedad argelina en su contexto más profundo, en su capacidad de resistencia, debemos en primer término conquistar a las mujeres; es preciso que vayamos a buscarlas detrás del velo en que se esconden, en la casas donde las oculta el hombre". La situación de la mujer es lo que desde aquel momento se convierte en objetivo de la acción. La administración dominante se propone defender solemnemente a la mujer humillada, eliminada, enclaustrada... Se describen las posibilidades inmensas de la mujer, desgraciadamente transformada por el hombre argelino en un objeto inerte, devaluado y hasta deshumanizado. El comportamiento del argelino es denunciado enérgicamente y comparado con las costumbres medievales y bárbaras. Con una ciencia infinita, se lleva a cabo la requisitoria tipo contra el argelino sádico y vampiro en su actitud hacia las

[3] Ver anexo al final del presente capítulo.

mujeres. El ocupante acumula sobre la vida familiar del argelino un conjunto de juicios, apreciaciones y consideraciones; multiplica las anécdotas y los ejemplos edificantes, intentando así encerrar al argelino en un círculo de culpabilidad.

Las sociedades de ayuda y solidaridad con las mujeres argelinas se multiplican. Las lamentaciones se organizan. "Queremos avergonzar al argelino por la suerte que le impone a la mujer." Es el período de efervescencia y puesta en práctica de una técnica de infiltración que arroja jaurías de trabajadoras sociales e impulsoras de obras de beneficencia a los barrios árabes.

Primero se intenta el abordaje de las mujeres indigentes y hambrientas. A cada kilo de sémola distribuida, se añade una dosis de indignación contra el velo y el encierro. A la indignación siguen los consejos prácticos. Se invita a las mujeres argelinas a jugar "un papel fundamental, capital" en la transformación de su destino. Se las incita a rechazar una sujeción secular y se describe el papel inmenso que están llamadas a desempeñar. La administración colonial invierte sumas importantes en ese combate. Después de afirmar que la mujer representa el pivote de la sociedad argelina, se despliegan todos los esfuerzos para controlarlas. Se asegura que el argelino permanecerá inmóvil, que resistirá a la empresa de destrucción cultural llevada a cabo por el ocupante, que se opondrá a la asimilación en tanto la mujer no modifique su conducta. En el programa colonialista, la mujer está encargada de la misión histórica de desviar y empujar al hombre argelino. Convertir a la mujer, ganarla para los valores extranjeros, arrancarla de su situación es a la vez conquistar un poder real sobre el hombre y utilizar medios prácticos y eficaces para destruir la cultura argelina.

Todavía hoy, en 1959, el sueño de la domesticación total de la sociedad argelina, con ayuda de las "mujeres sin velo y cómplices del ocupante", no ha dejado de preocupar a los responsables políticos de la colonización.[4]

[4] El trabajo de acercamiento se ha realizado asimismo en los planteles escolares. Los educadores a quienes los padres han confiado sus hijos, adquieren rápidamente la costumbre de juzgar con severidad el destino de la mujer en la sociedad argelina. "Esperamos firmemente que por lo menos vosotras seréis lo bastante fuertes para imponer vuestro punto de vista..." Se multiplican las escuelas de "jóvenes musulmanas". Las maestras o las monjas despliegan una actividad verdaderamente excepcional, al acercarse el momento de la pubertad de sus alumnas. Lo primero es asediar a las madres, ganarlas y confiarles la misión de convencer al padre. Se alaba la prodigiosa inteligencia de la joven alumna, su madurez; se evoca el brillante porvenir que le está reservado y en caso necesario se llama la atención sobre el carácter criminal de una eventual interrupción de la escolaridad de la muchacha. Se acepta consentir la parte de vicios de la sociedad colonizada y se propone el internado para la joven alumna con el fin de dar a los padres la posibilidad de escapar a las críticas de los "vecinos ignorantes". Según los especialistas en asuntos indígenas, los antiguos combatientes y los individuos evolucionados son los que deben integrar los comandos encargados de destruir la resistencia cultural de un país colonizado. Por esta razón las regiones son programadas en función del número de "unidades activas" de evolución, por lo tanto de erosión de la cultura nacional que encierran.

Los argelinos, por su parte, son blanco de las críticas de sus camaradas europeos, o más oficialmente, de sus patrones. No hay un solo trabajador europeo que, en las relaciones interpersonales del lugar de trabajo, del taller o la oficina, no le haya formulado al argelino las cuestiones rituales: "¿tu mujer usa el velo? ¿Por qué no te decides a vivir a la europea? ¿Por qué no llevar a tu mujer al cine, a los espectáculos, al café?"

Los empresarios europeos no se contentan con la actitud interrogativa o la infiltración circunstancial, sino que emplean "maniobras de apache" para acorralar al argelino, exigiéndole decisiones penosas. Con motivo de una fiesta, de Navidad o Año Nuevo, o simplemente de una reunión interior de la empresa, el patrón invita al *empleado argelino y a su mujer*. La invitación no es colectiva. Cada argelino es llamado a la oficina del director y se le invita personalmente a venir con "su pequeña familia". La empresa es una gran familia, entonces será mal visto que algunos vengan sin sus esposas, ¿usted comprende, no es cierto? A veces el argelino pasa por momentos difíciles frente a esta presión. Acudir con su mujer significa confesar que está derrotado, significa "prostituir a su mujer", exhibirla, abandonar una modalidad de resistencia. Por otro lado, ir solo significa negarse a satisfacer los deseos del patrón y exponerse a ser dejado sin trabajo. Aquí estudiamos un caso elegido al azar, el desarrollo de las emboscadas que el europeo le tiende al argelino para acorralarlo y obligarlo a personalizar, a declarar: "mi mujer es algo aparte y no saldrá", o a traicionar: "puesto que desea verla, aquí está"; el carácter

sádico y perverso de estas ligas y relaciones, mostraría indirectamente, al nivel psicológico, la tragedia de la situación colonial, el enfrentamiento de los dos sistemas, la epopeya de la sociedad colonizada con sus formas específicas de existencia, frente a la hidra colonialista.

Esta agresividad es mucho más intensa respecto al intelectual argelino. El *fellah*, "esclavo pasivo de un grupo rígido", merece cierta indulgencia de juicio por parte del conquistador. Por el contrario, el abogado y el médico son denunciados con un vigor excepcional. Estos intelectuales, que mantienen a sus mujeres en un estado de semiesclavitud, se ven literalmente fulminados por la opinión pública. La sociedad colonial se levanta enérgicamente contra este aislamiento de la mujer argelina. Hay inquietud y preocupación por esas desgraciadas condenadas "a hacer niños", enclaustradas y prohibidas.

Los razonamientos racistas se aplican con particular facilidad al intelectual argelino. Se dirá: "por médico que sea sigue siendo árabe"... "volvedle a su naturaleza y de nuevo galopará en el desierto"... Los ejemplos de este racismo pueden multiplicarse indefinidamente. En síntesis, se reprocha al intelectual que limite la aplicación de las costumbres occidentales aprendidas, que no juegue un papel de núcleo activo del cambio de la sociedad colonizada, que no permita a su mujer aprovechar los privilegios de una vida más digna y profunda... En las grandes reuniones es muy común escuchar a algún europeo que confiesa agriamente no haber visto jamás a la mujer de un argelino a quien frecuenta hace veinte años. A un nivel de comprensión más difuso, pero altamente revelador, encontramos la afirmación amarga de que "trabajamos en vano"... de que "el Islam no abandona su presa".

Al presentar al argelino como una presa que se disputan con igual ferocidad el Islam y Francia occidental, se revelan con toda claridad las intenciones del ocupante, su filosofía y su política. Esto significa, en efecto, que el ocupante, descontento con sus fracasos, presenta de manera simplificada y peyorativa el sistema de valores que le sirve al ocupado para oponerse a sus innumerables ofensivas. Lo que significa voluntad de singularización,

preocupación por mantener intactos algunos girones de la existencia nacional, se identifica con actitudes religiosas, mágicas o fanáticas.

Esta repulsa del conquistador asume, según las circunstancias o los tipos de situación colonial, formas originales. En conjunto, tales actitudes han sido bastante bien estudiadas durante los últimos veinte años; sin embargo, no podemos decir que las conclusiones sean totalmente válidas. Los especialistas en educación de las sociedades atrasadas, ganarían mucho si comprendieran el carácter estéril y nefasto de cualquier acción que ilumine preferentemente un aspecto cualquiera de la sociedad colonizada. Ni siquiera en una nación cuya independencia sea reciente es posible, sin peligro para el conjunto (no para el equilibrio psicológico de lo autóctono), arremeter contra tal o cual rasgo del conjunto cultural. Los fenómenos de la anti-culturización deben entenderse como la imposibilidad orgánica en que se encuentra una cultura para modificar alguno de sus tipos de existencia, sin revisar al mismo tiempo sus valores más profundos y sus modelos más estables. Hablar de anti-culturación en un régimen colonial es un contrasentido. Los fenómenos de resistencia que se observan en el colonizado deben interpretarse como actitudes de anti-asimilación, de mantenimiento de su originalidad cultural y nacional. Las fuerzas de ocupación, al aplicar intensamente su acción psicológica sobre el velo de la mujer argelina, es evidente que cosecharon algunos resultados. A veces ocurrió que se "salvara" una mujer que, simbólicamente, se quitó el velo.

Estas mujeres-*test* con el rostro desnudo y el cuerpo libre, circulan ahora como moneda corriente en la sociedad europea de Argelia. Alrededor de dichas mujeres reina una atmósfera de iniciación. Los europeos, sobrexcitados por su victoria y en una especie de trance que se apodera de ellos, evocan los fenómenos psicológicos de la conversión. En la sociedad europea, no cabe duda que los artesanos de esta conversión ganan admiradores. Se les tiene envidia. Se les señala a la generosa atención de la administración.

Los responsables del poder, después de cada éxito, refuerzan su confianza en la mujer argelina como soporte de la penetración

occidental en la sociedad autóctona. Cada velo que cae descubre a los colonialistas horizontes hasta hoy prohibidos, y les muestra, por otra parte, la carne argelina desnuda. La agresividad del ocupante, y por tanto sus esperanzas, se multiplican después de cada rostro descubierto. Cada nueva mujer argelina que abandona el velo anuncia al invasor una sociedad argelina cuyos sistemas de defensa están en vías de dislocación, abiertos y desfondados. Cada velo que cae, cada cuerpo que se libera de la sumisión tradicional al *haik*, cada rostro que se ofrece a la mirada audaz e impaciente del ocupante, expresa negativamente que Argelia comienza a renegar de sí misma y que acepta la violación del colonizador. La sociedad argelina, con cada velo abandonado, parece aceptar el ingreso a la escuela del amo y decidir la transformación de sus costumbres bajo la dirección y el patrocinio del ocupante.

Hemos visto de qué manera perciben el significado del velo la sociedad colonial y la administración colonial, y hemos trazado la dinámica de los esfuerzos para combatirlo en tanto institución, así como las resistencias de la sociedad colonizada. Al nivel del individuo, del europeo particular, puede ser interesante estudiar la multitud de reacciones surgidas por la existencia del velo, es decir, por la manera original que tiene la mujer argelina de estar presente o ausente.

En un europeo no comprometido directamente en esta obra de conversión ¿qué reacciones pueden registrarse?

La actitud dominante parece ser la de un exotismo romántico fuertemente teñido de sensualidad.

En primer lugar, el velo disimula la belleza.

Una reflexión —entre otras— reveladora de este estado espiritual, nos fue comunicada por un europeo que visitaba Argelia, que, en el ejercicio de su profesión (era abogado), había podido ver a algunas argelinas sin velo. Hablando de los argelinos, decía que ellos son culpables por ocultar tanta belleza extraña. Cuando un pueblo, concluía el abogado, desconfía de tales encantos, de tales perfecciones de la naturaleza, estamos obligados a mostrárselas, a revelárselas. En definitiva, añadía, debería poder obligárseles a exhibirlas.

En los tranvías, en los trenes, una trenza de cabellos, una porción de frente, anunciadoras de un rostro "enloquecedor", alimentan y refuerzan la convicción del europeo en su actitud irracional: la mujer argelina es la reina de las mujeres.

Sin embargo, también existe en el europeo la cristalización de la agresividad, de una violencia tensa frente a la mujer argelina. Despojar de su velo a esta mujer es exhibir la belleza, desnudar su secreto, romper su resistencia, hacerla disponible para la aventura. Ocultar su rostro significa disimular un secreto, provocar un mundo de misterio y ocultamiento. El europeo sitúa en un nivel muy complejo su relación con la mujer argelina. Quisiera tener esa mujer a su alcance y convertirla en un eventual objeto de posesión.

Esta mujer que ve sin ser vista frustra al colonizador. No hay reciprocidad. Ella no se exhibe, no se da, no se ofrece. El argelino, respecto a la mujer argelina, tiene en conjunto una actitud clara. No la ve. Incluso existe la voluntad permanente de no observar el perfil femenino, de no poner atención en las mujeres. No hay en el argelino, en una calle o en un camino, esta conducta del encuentro intersexual que se desarrolla a nivel de la mirada, de la prestancia, de la musculatura, de los diferentes comportamientos turbados a que nos tiene acostumbrados la fenomenología del encuentro.

El europeo, frente a la argelina, desea ver. Y reacciona de manera agresiva ante este límite que se pone a su percepción. También aquí la frustración y la agresividad evolucionan en perfecta armonía.

La agresividad estalla, ante todo, en actitudes estructuralmente ambivalentes y en el material onírico que indiferentemente descubrimos en el europeo normal o víctima de perturbaciones neuropáticas.[5]

[5] Es necesario señalar la frecuente actitud, principalmente entre las europeas, con respecto a una categoría particular de mujeres evolucionadas. Ciertas argelinas que han abandonado el velo, con una rapidez asombrosa y una desenvoltura insospechada, realizan occidentales perfectas. Las mujeres europeas resienten una cierta inquietud ante ellas. Frustradas frente al velo, experimentan un sentimiento análogo frente al rostro descubierto, el cuerpo audaz, ágil y espontáneo, abiertamente ofensivo. A la europea no sólo se le ha arrebatado la satisfacción de dirigir la evolución, de corregir las faltas de las que dejan el velo, sino que además en el terreno de la coquetería, la elegancia e incluso la competencia, se siente amenazada por esa...

Por ejemplo, en una consulta médica, hacia el mediodía, es frecuente escuchar a los médicos europeos expresar su decepción. Las mujeres que se descubren frente a ellos son banales..., vulgares...; verdaderamente no hay razón para tanto misterio... Se preguntan qué oculta la mujer argelina.

Las mujeres europeas resuelven el conflicto con mucha menos precaución. Afirman perentoriamente que no se disimula lo que es bello, e interpretan este hábito extraño como una voluntad "muy femenina" de disimular las imperfecciones. Y comparan la estrategia de la europea que tiene por objeto corregir, embellecer, poner de relieve (la estética, el peinado, la moda) con la de la argelina, que prefiere cubrir, esconder, cultivar la duda y el deseo del hombre. A otro nivel, se sugiere que hay voluntad de engañar en relación con la "mercancía", y que al "empaquetarla" no se modifica realmente su naturaleza ni su valor.

El material onírico proporcionado por los europeos enriquece otros temas especiales. Jean-Paul Sartre, en sus *Reflexiones sobre la cuestión judía,* ha demostrado que al nivel del inconciente la mujer judía tiene casi siempre el temor de ser violada.

La historia de la conquista francesa en Argelia, que relata la irrupción de las tropas en la ciudad, la confiscación de los bienes y la violación de las mujeres, el saqueo de un país, ha contribuido al nacimiento y a la cristalización de la misma imagen dinámica. La evocación de la libertad que se concede al sadismo del conquistador, a su erotismo, crea, al nivel de los estratos psicológicos del ocupante, fallas, zonas fecundas de donde pueden surgir a la vez conductas oníricas y en ciertos casos comportamientos criminales.

Así, la violación de la mujer argelina en un sueño de europeo, está precedida siempre por el desgarramiento del velo. Asistimos a una doble desfloración. De la misma manera, la conducta de la

Novicia convertida en profesional, catecumen transformada en propagandista, la mujer argelina pone en entredicho a la europea. A esta última no le queda otro recurso que unirse al argelino que había rechazado ferozmente a las develadas, convencido de que pertenecían al campo del mal y la depravación. "Decididamente, dirán las europeas, estas mujeres develadas son unas inmorales, unas desvergonzadas." Parecería que la integración, para lograr el éxito no debe ser más que un paternalismo continuado, aceptado.

mujer no es jamás de adhesión o aceptación, sino de sumisión.

Cada vez que el europeo encuentra a la mujer argelina en sus sueños eróticos, se manifiestan las particularidades de sus relaciones con la sociedad colonizada. Sus sueños no se desenvuelven ni en el mismo plan erótico, ni al mismo ritmo de los que se refieren a la europea.

Con la mujer argelina, no hay conquista progresiva, revelación recíproca, sino una acción súbita con el máximo de violencia. posesión, violación, casi asesinato. El acto reviste una brutalidad y un sadismo casi neurótico, incluso en el europeo normal. Por otra parte, la brutalidad y el sadismo se subrayan por la actitud atemorizada de la argelina. En el sueño, la mujer-víctima grita, se debate como una alimaña, y desfalleciente y desvanecida, es penetrada, desgarrada.

Es necesario también subrayar en el material onírico un rasgo que nos parece importante. El europeo no sueña jamás con una mujer argelina aislada. La rara vez en que el encuentro se presenta bajo el signo de la pareja, rápidamente se transforma por la huída desesperada de la mujer que, invariablemente, conduce y sitúa al macho "entre las mujeres". El europeo sueña siempre con un grupo de mujeres, con un campo de mujeres, que es ajeno a la evocación del gineceo, del harén, temas exóticos fuertemente enraizados en el subconciente.

La agresividad del europeo se manifiesta igualmente en sus consideraciones sobre la moralidad de la argelina. Su timidez y reserva se transforman, según las leyes superficiales de la psicología conflictiva, en lo contrario, y entonces la argelina será hipócrita, perversa, y hasta auténticamente ninfómana.

Hemos visto que la estrategia colonial de la disgregación de la sociedad argelina, al nivel de los individuos, concede un lugar de privilegio a la mujer argelina. El encarnizamiento del colonialista, sus métodos de lucha, es natural que provoquen en el colonizado actitudes de reacción. Frente a la violencia del ocupante, el colonizado está obligado a definir su posición de principio frente a un elemento tradicionalmente inerte de la configuración cultural autóctona. El afán rabioso del colonialista por despojar de su velo a la argelina, y su decisión de ganar a toda costa la victoria

del velo, provocan la respuesta del autóctono. Las intenciones deliberadamente agresivas del colonialista en torno al *haik* confieren una nueva vida a este elemento muerto, por estable y sin evolución en la forma y en los colores, del *stock* cultural argelino. Aquí, encontramos una de las leyes de la psicología de la colonización. En un primer momento, la acción y los proyectos del ocupante determinan los centros de resistencia en torno a los cuales se organiza la voluntad de afirmación de un pueblo.

El blanco crea al negro. Pero es el negro quien crea la negritud. A la ofensiva colonialista sobre el velo, el colonizado opone el culto al velo. Lo que era un elemento indiferenciado en un conjunto homogéneo, adquiere un carácter tabú; la actitud de las argelinas frente al velo se interpreta como una actitud global frente a la ocupación extranjera. El colonizado, frente a la acción del colonialista en tal o cual sector de sus tradiciones, reacciona de manera violenta. El interés dirigido a modificar un sector determinado, la afectividad inversa del conquistador en su trabajo pedagógico, en sus ruegos, en sus amenazas, tejen alrededor del elemento privilegiado un verdadero universo de resistencia. Resistir al ocupante en este terreno preciso significa infligirle una derrota espectacular, y sobre todo mantener la "coexistencia" dentro de sus dimensiones de conflicto y guerra latente. Es alimentar una atmósfera de paz armada.

Con motivo de la lucha de liberación, la actitud de la mujer argelina y de la sociedad autóctona frente al velo, sufrirán modificaciones importantes. El interés de esos cambios reside en la circunstancia de que en ningún momento fueron incluidos en el programa de la lucha. La doctrina de la Revolución y la estrategia del combate jamás postularon la necesidad de una revisión de las costumbres en relación con el velo. Podemos afirmar desde ahora que en la Argelia independiente esas cuestiones no tendrán importancia, ya que en la práctica revolucionaria el pueblo ha comprendido que los problemas se solucionan en el movimiento mismo que los postula.

Hasta 1955, el combate fue sostenido exclusivamente por los hombres. Las características revolucionarias de la lucha, la necesidad de una clandestinidad absoluta, obligaban al militante a

mantener a su mujer en una ignorancia también absoluta. Pero a medida que el enemigo se enfrentó a estas formas de combate, aparecieron nuevas dificultades, que exigieron soluciones nuevas. La decisión de incorporar a las mujeres como elementos activos de la Revolución argelina, no fue tomada a la ligera. En cierto sentido, hubo de ser modificada la concepción misma de la lucha. La violencia del ocupante, su ferocidad, su vinculación delirante al territorio nacional, obligaron a los dirigentes a no excluir ciertas formas de combate. Progresivamente se impuso la urgencia de una guerra total. Pero la incorporación de las mujeres no correspondió tan sólo al deseo de movilizar al conjunto de la nación. Fue necesario sintetizar armoniosamente la entrada de las mujeres a la guerra con el respeto a las formas de la guerra revolucionaria. Dicho de otra manera: la mujer debía mostrar el mismo espíritu de sacrificio que los hombres. Y era preciso tener en ella la misma confianza que en los militantes probados y encarcelados muchas veces. Por consiguiente, fue necesario exigir de la mujer una elevación moral y una fuerza psicológica excepcionales. Hubo muchas vacilaciones. Los engranajes de la revolución habían alcanzado tal magnitud que la máquina marchaba a un ritmo determinado y, por tanto, era necesario complicar su funcionamiento, es decir, aumentar sus recursos sin alterar su eficacia. No podía pensarse en las mujeres como un producto de sustitución, sino como un elemento capaz de responder adecuadamente a las nuevas tareas.

En las montañas, las mujeres ayudaban al guerrillero en los descansos o en la convalecencia, después de una herida o de una tifoidea contraída en el *djebel*. Pero decidir la incorporación de la mujer como eslabón principal, hacer depender a la Revolución de su presencia y de su acción en tal o cual sector, constituía evidentemente una actitud totalmente revolucionaria. Hacer descansar a la Revolución en su actividad, era una opción importante.

La decisión fue difícil por varios motivos. Durante todo el período de la dominación absoluta, hemos visto que la sociedad argelina y principalmente las mujeres, tuvieron tendencia a huir del ocupante. La tenacidad del ocupante en su propósito de despojar a las mujeres de su velo, de convertirla en una aliada en la obra de

destrucción cultural, reforzó los hábitos tradicionales. Tales hábitos, positivos en la estrategia de la resistencia contra la acción corrosiva del colonizador, tuvieron naturalmente efectos negativos. La mujer, sobre todo en las ciudades, perdió su comodidad y seguridad. Al tener que vivir en espacios hogareños restringidos, su cuerpo no adquirió la movilidad normal frente a un horizonte ilimitado de avenidas, de aceras amplias, casas, automóviles, y gentes esquivas y con prisa... Esta vida relativamente enclaustrada que implica movimientos conocidos, inventariados y reglamentados, hipoteca gravemente cualquier cambio inmediato.

Los jefes políticos conocían perfectamente estas particularidades y sus dudas expresaban la conciencia que tenían de su propia responsabilidad. Tenían derecho de poner en duda el éxito de esta medida. ¿La decisión no tendría consecuencias catastróficas para el desarrollo de la Revolución?

A esta duda se añadía un elemento igualmente importante. Los responsables dudaban en incorporar a las mujeres, porque no ignoraban la ferocidad del colonizador. Los responsables de la Revolución no se hacían ilusiones sobre la capacidad criminal del enemigo. Casi todos habían estado en prisión o se habían entrevistado con los fugitivos de los campos o de las celdas de la policía judicial francesa. Ninguno de ellos ignoraba el hecho de que cualquier argelina que fuese detenida, sería torturada hasta la muerte. Es relativamente fácil arriesgarse uno mismo y admitir entre otras posibilidades la de morir torturado. Pero la cosa es más difícil cuando se manda a alguien que corre el peligro inminente de la muerte. Era necesario decidir el ingreso de la mujer en la Revolución; la oposición interior se hizo masiva y se manifestaron las mismas dudas, surgió la misma desesperación.

Los observadores, frente al éxito extraordinario de esta nueva forma de combate popular, asimilaron la acción de las argelinas a la de ciertos miembros de la resistencia o a la de los agentes secretos de servicios especializados. Debemos tener presente que la argelina que participa en la lucha aprende instintivamente, a la vez, su papel de "mujer sola en la calle" y su misión revolucionaria. La mujer argelina no es un agente secreto. Sin aprendizaje, sin entrenamiento, sin vacilaciones, sale a la calle con tres granadas

en su bolso de mano o con el informe de actividades de una zona bajo el corpiño. No existe en ella la sensación de desempeñar un papel ya leído muchas veces en las novelas, o visto en las películas. No tiene ese coeficiente de juego e imitación, que casi siempre encontramos en estas actividades cuando las observamos en una occidental.

No es la representación de un personaje conocido y mil veces invocado en la imaginación o en los relatos. Es un nacimiento auténtico, en estado puro, sin propedéutica. No hay personajes que deben imitarse. Por el contrario, existe una dramatización intensa, una ausencia de matices entre la mujer y la revolucionaria. Así, de golpe, la mujer argelina se eleva al nivel de la tragedia.[6]

La multiplicación de las células del FLN y la ampliación de las nuevas tareas: finanzas, información, contrainformación, educación política, etc.; la necesidad de que cada célula en servicio organice tres o cuatro células más de reserva, susceptibles de entrar en actividad al menor alerta relativo a la célula "titular", obligan a los responsables a buscar otros medios para la realización de las misiones estrictamente individuales. Después de una serie de confrontaciones entre los responsables y, sobre todo, ante la urgencia de resolver los problemas cotidianos planteados a la Revolución, se tomó la decisión de incorporar de lleno al elemento femenino en la lucha nacional.

Debemos insistir una vez más en el carácter revolucionario de esta decisión. Al principio, únicamente sólo se incorporaron las mujeres casadas. Pero rápidamente se abandonaron estas restricciones. Primero, se eligió a las mujeres casadas cuyos maridos eran militantes. Después, se designaron viudas o divorciadas. Nunca había muchachas; en primer lugar, porque una joven de 20 o 23 años casi no tiene la posibilidad de salir sola del domicilio familiar. Sin embargo, los deberes de las mujeres como madres o esposas, y la preocupación por restringir al mínimo las conse-

[6] Mencionamos aquí las únicas realidades conocidas por el enemigo. Silenciamos por lo tanto, las nuevas formas de acción adoptadas por las mujeres durante la Revolución. En efecto, a partir de 1958, las torturas infligidas a los militantes permitieron al ocupante hacerse una idea de la estrategia-mujer. Hoy día han nacido adaptaciones nuevas. Es comprensible por lo tanto, que se guarde el secreto.

cuencias eventuales de su arresto y su muerte, y también el acopio de voluntarias jóvenes, llevaron a los responsables políticos a dar otro salto, a eliminar las restricciones y a encontrar apoyo indiferenciado en el conjunto de las mujeres argelinas.

Durante este tiempo, la mujer, agente de enlace, transmisora de propaganda, siguiendo a cien o doscientos metros a un responsable en marcha, está todavía velada; sin embargo, a partir de un determinado momento los engranajes de la lucha se desplazan hacia las ciudades europeas. El manto protector de la Kasbah, la cortina de seguridad casi orgánica que la ciudad árabe teje alrededor de las indígenas se retira, y la argelina sin velo es lanzada a la ciudad del conquistador. Con rapidez adopta una conducta agresiva absolutamente increíble. Cuando el colonizado emprende la acción contra el opresor, y cuando la opresión se ejerce bajo la forma de una violencia exacerbada y continua como en Argelia, se establece un número importante de prohibiciones. La ciudad europea no es la prolongación de la ciudad autóctona. Los colonizadores no se han instalado entre los indígenas; al contrario, han cercado a la ciudad autóctona y la han sitiado. Todas las salidas de la Kasbah de Argel desembocan en territorio enemigo. Lo mismo ocurre en Constantina, en Orán, en Blida, en Bone.

Las ciudades indígenas están prisioneras, de manera concertada, en las redes del conquistador. Basta con haber examinado los planos del urbanismo de una ciudad colonial, con las observaciones del Estado Mayor de las fuerzas de ocupación, para tener una idea del rigor con que se ha organizado la inmovilización de la ciudad indígena, del conglomerado autóctono.

Al margen de las mujeres empleadas al servicio de los conquistadores, a quienes el colonizador denomina con el nombre genérico de *Fatmas*, la argelina, sobre todo la joven argelina, se aventura poco en la ciudad europea. Casi todos sus movimientos tienen lugar en la ciudad árabe. Incluso en la ciudad árabe las idas y venidas se reducen al mínimo. Las raras veces que la argelina abandona la ciudad, se debe casi siempre a un acontecimiento excepcional (muerte de algún familiar habitante de una localidad vecina), o con más frecuencia a las visitas tradicionales entre las familias con motivo de las fiestas religiosas, de las peregrinaciones...

En ese caso, la ciudad europea es cruzada en automóvil, la mayor parte de las veces por la mañana temprano. La argelina, la joven argelina —fuera de algunas estudiantes excepcionales (que, por otra parte, están lejos de tener la misma desenvoltura fácil que sus compañeras europeas)— debe vencer en la ciudad europea una multitud de prohibiciones íntimas, de temores organizados subjetivamente, de emociones. Debe afrontar a la vez el mundo esencialmente hostil del ocupante y la fuerza de la policía movilizada, vigilante y eficaz. La argelina cada vez que entra en la ciudad europea debe lograr una victoria sobre sí misma, sobre sus temores infantiles. Debe volver a la imagen del ocupante catalogado en alguna parte de su espíritu y de su cuerpo, para remodelarlo e iniciar el trabajo capital de erosión de esta imagen, para convertirla en algo no esencial, para despojarla de su vergüenza y desacralizarla.

Las grietas del colonialismo, ante todo subjetivas, son el resultado de una victoria del colonizado sobre el antiguo temor y sobre la desesperación ambiente destilada día tras día por un colonialismo instalado en una *perspectiva de eternidad*.

La joven argelina, cada vez que se le solicita, establece una relación. Argel no es ya la ciudad árabe, sino la zona autóctona de Argel, es decir, el sistema nervioso del dispositivo enemigo. Orán y Constantina amplían sus dimensiones. Al desencadenar la lucha, el argelino afloja el cerco que se apretaba en torno a las ciudades indígenas. De un punto a otro de Argel, de Ruisseau a Hussein-Dey, de El-Biar a la calle Michelet, la Revolución crea nuevos contactos. Cada vez en una proporción mayor, la mujer y la joven argelinas asumen esas tareas.

Llevar mensajes y órdenes verbales complicadas, a veces memorizadas por mujeres sin ninguna instrucción, son algunas de las misiones que se confían a la mujer argelina.

Otras veces debe vigilar durante una hora, y a veces más, una casa en la que tiene lugar una entrevista entre responsables.

A lo largo de esos minutos interminables en que no debe permanecer en el mismo lugar para no llamar la atención, al mismo tiempo que tampoco puede alejarse, ya que es responsable de la seguridad de los hermanos que están dentro, es frecuente presenciar escenas

tragicómicas. La joven argelina sin velo que "pasea por la acera", abordada frecuentemente por jóvenes que se comportan como todos los jóvenes del mundo, aunque con un matiz especial en razón de la idea que tienen de una mujer sin velo, y debe escuchar expresiones desagradables, obscenas, humillantes. Cuando ocurren tales cosas, es preciso apretar los dientes, desplazarse algunos metros, escapar de los paseantes que llaman la atención sobre ella y que comunican a los otros paseantes el deseo de comportarse igual, o de tomar la defensa de la joven argelina. Otras veces, la mujer argelina transporta veinte, treinta, cuarenta millones, llevando el dinero de la Revolución en su bolso o en un maletín; transportando un dinero que servirá para sufragar las necesidades de las familias de los prisioneros o para comprar medicinas y víveres para los guerrilleros.

Este aspecto de la Revolución ha sido cumplido por la mujer argelina con una constancia, un dominio de sí y un éxito increíbles. A pesar de las dificultades internas, subjetivas, y pese a la incomprensión a veces violenta de una parte de la familia, la argelina asumirá todas las tareas que se le confían.

Mas, progresivamente, las cosas se complican. Los responsables que van de un lugar a otro y que recurren a las mujeres vigilantes, a las jóvenes guías, ya no son hombres políticos nuevos y desconocidos de los servicios de policía. En las ciudades comienzan a transitar auténticos jefes militares que deben desplazarse, y que son conocidos y buscados. No hay un solo comisario de policía que no tenga fotografía de sus rostros en su escritorio.

Los militares y los combatientes que se desplazan están siempre armados: pistolas-ametralladoras, revólveres, granadas y algunas veces las tres armas juntas. Sólo después de vencer múltiples resistencias los responsables políticos lograron convencer a esos hombres (que no aceptarían entregarse prisioneros) de que confiaran las armas a las jóvenes encargadas de guiarlos aun cuando tuvieran la obligación de recuperarlas inmediatamente, si la situación se complica. El cortejo avanza en plena ciudad europea. A cien metros una joven, con una maletita en la mano, y dos o tres hombres detrás con aire distraído. La joven, que es el faro y el barómetro del grupo, registra el peligro. Alto-avance-alto-avance, y los automóviles de la policía que cruzan en ambas direcciones, las patrullas...

En ocasiones, confesarán los militares al concluir la misión, cuán fuerte fue el deseo de recuperar la maleta, ya que tenían miedo a ser sorprendidos y a no tener tiempo de defenderse. En esta fase, la mujer argelina penetró un poco más en la carne de la Revolución.

Pero su actividad asumió dimensiones verdaderamente gigantescas después de 1956. Al tener que devolver golpe por golpe, por la matanza de los civiles argelinos en las montañas y en las ciudades, la dirección de la Revolución se vio obligada, para evitar que el terror se apoderara del pueblo, a adoptar formas de lucha proscritas hasta ese momento. No se ha analizado suficientemente el fenómeno, ni se ha insistido bastante en las razones que llevan a un movimiento revolucionario a optar por esa arma que se llama terrorismo.

Durante la resistencia francesa, el terrorismo tenía como blanco a los militares, a los ocupantes alemanes o a las instalaciones estratégicas del enemigo. La técnica del terrorismo es la misma. Atentados individuales o colectivos por medio de bombas o descarrilamiento de trenes. En la situación colonial, y particularmente en Argelia, donde la población europea es importante y las milicias territoriales han englobado rápidamente al empleado de correos, al enfermero y al tendero en el sistema represivo, el responsable de la lucha se ve situado frente a una situación absolutamente nueva.

Nadie toma fácilmente la decisión de mandar matar a un civil en la calle. Nadie coloca una bomba en un lugar público sin sufrir un problema de conciencia.

Los responsables argelinos, al conocer la intensidad de la represión y el carácter exacerbado de la opresión, suponían que era posible responder a los golpes sin graves problemas de conciencia, pero descubrieron que los crímenes más horribles no son suficiente excusa para tomar ciertas decisiones.

Muchas veces, los responsables suspendieron acciones o llamaron en el último minuto al *fidai* encargado de colocar una bomba. Se explican esas vacilaciones por la imagen de los civiles muertos

o terriblemente heridos. Además, tenían la preocupación política de evitar ciertos gestos que corrían el riesgo de desnaturalizar la causa de la libertad. También existía el temor de que algunos europeos en contacto con el Frente, resultaran víctimas de alguno de esos atentados. Por lo tanto, existía la triple preocupación de no acumular víctimas inocentes, de no ofrecer una imagen falsa de la Revolución y, por fin, de mantener a su lado a los demócratas franceses, a los demócratas de todos los países del mundo y a los europeos de Argelia ganados por el ideal nacional argelino.

Ahora bien, las matanzas de argelinos, las *razzias* en el campo reforzaban la seguridad de los civiles europeos, parecían consolidar el *status* colonial e inyectar esperanzas en el mundo colonialista. Los europeos que, tras de algunas acciones militares del ejército nacional argelino a favor de la lucha del pueblo de Argelia, habían moderado su racismo y su insolencia, daban otra vez libre curso a su viejo odio, a su desprecio tradicional.

Todavía recuerdo al vendedor de tabacos de Birtouta que, el día en que fue interceptado el avión que transportaba a los cinco dirigentes del Frente de Liberación Nacional, salió de su tienda exhibiendo sus fotografías y gritando: "¡Los han detenido, les cortarán eso que estoy pensando!"

Cada golpe asestado a la Revolución, cada matanza perpetrada por el adversario refuerza la ferocidad de los colonialistas y acosa por todas partes al civil argelino.

Trenes cargados de militares franceses, la marina francesa en aguas de Argel y de Philippeville, en acciones de maniobra y bombardeo, los aviones a reacción, los milicianos que irrumpen en los dormitorios y liquidan sin vacilar a los argelinos: todo ello contribuye a dar al pueblo la impresión de que no está defendido ni protegido, que nada ha cambiado y que los europeos pueden hacer lo que quieran. Es el período durante el cual se escucha decir en las calles a los europeos: "Que cada uno de nosotros tome a diez y se encargue de ellos, y el problema estará inmediatamente resuelto." El pueblo argelino, sobre todo el de las ciudades, siente que este orgullo hiere más su dolor y confirma la impunidad de los criminales que ni siquiera se ocultan. En efecto, los argelinos

y argelinas de una ciudad son capaces de señalar a los torturadores y a los asesinos de la región.

A partir de un momento determinado, una fracción del pueblo empieza a sentir dudas y se pregunta si en verdad es posible resistir cuantitativa y cualitativamente la ofensiva del ocupante.

¿Merece la libertad que nos hundamos en ese enorme círculo vicioso del terrorismo y del contraterrorismo? ¿No expresa este hecho la imposibilidad de escapar a la opresión?

Sin embargo, otra parte del pueblo se impacienta y se propone detener al enemigo por medio del terror. La decisión de atacar individualmente al adversario ya no puede ser descartada. Los prisioneros "abatidos al intentar huir", los gritos de los torturados exigen la adopción de nuevas formas de lucha.

Los primeros objetivos están representados por los policías y los centros de reunión de los colonialistas (cafés en Argel, Orán y Constantina). A partir de ese momento, la mujer argelina se entrega de manera total y decidida a la acción revolucionaria. En su bolsa de mano transporta granadas y revólveres que tomará en el último instante un *fidai* delante del bar, o cuando pase el criminal elegido. Durante este período, los argelinos descubiertos en las ciudades europeas son interrogados sin piedad, detenidos y registrados.

Por eso es necesario seguir el destino paralelo de este hombre y de esta mujer, de esta pareja que lleva la muerte al enemigo y la vida a la Revolución. Uno apoya al otro, aunque en apariencia sean ajenos. Una, transformada radicalmente en europea, plena de seguridad y desenvoltura, insospechable, absorbida por esa atmósfera; el otro, extraño, tenso, dirigiéndose al encuentro de su destino.

El *fidai* argelino, al revés que los anarquistas desequilibrados a quienes la literatura ha hecho famosos, no se droga. El *fidai* no tiene necesidad de ignorar el peligro, de obscurecer su conciencia o de olvidar. El "terrorista", desde el momento en que acepta una misión, deja entrar a la muerte en el alma. Su destino es la muerte. En cambio, el *fidai* tiene una cita con la vida de la Revolución y con su propia vida. El *fidai* no es un sacrificado. Es verdad que no retrocede ante la posibilidad de perder la vida por la indepen-

dencia de la Patria, pero en ningún momento ha elegido la muerte.

Si se toma la decisión de eliminar a un comisario de policía verdugo o a un jefe colonialista, es porque dichos hombres representan un obstáculo para el progreso de la Revolución. Por ejemplo, Froger simbolizaba la tradición colonialista y un método inaugurado en Sétif y en Guelma en 1954.[7] Más aún, la pretendida fuerza de Froger era la presencia misma de la colonización, y autorizaba las esperanzas de quienes comenzaban a dudar de la verdadera solidez del sistema. En torno a hombres como Froger se reunían y estimulan mutuamente los bandidos y asesinos del pueblo argelino. El *fidai* lo sabe y también la mujer que lo acompaña, su mujer-arsenal.

Mientras lleva revólveres, granadas, centenares de falsas cartas de identidad o bombas, la mujer argelina sin velo se mueve como un pez en el agua occidental. Los militares y las patrullas francesas les sonríen al paso, se escuchan cumplidos sobre su físico, pero nadie sospecha que en su bolsa duerme la pistola-ametralladora que, muy pronto, segará la vida de cuatro o cinco miembros de una patrulla.

Debemos volver aún a esta muchacha, apenas ayer descubierta, que avanza por la ciudad europea seguida de policías, paracaidistas y milicianos. Ya no se desliza junto a los muros como era su costumbre antes de la Revolución. Obligada en cada momento a desvanecerse frente a la sociedad dominante, la argelina evitaba el centro de la acera que, en todos los países del mundo, pertenece por derecho propio a quienes mandan.

Se yerguen las espaldas de la argelina sin velo. Su andar es flexible y estudiado: ni demasiado aprisa, ni demasiado lento. Sus piernas están desnudas, sin la traba del manto, en plena libertad y al aire libre.

En la sociedad tradicional, la pubertad y el manto anuncian el cuerpo de la joven argelina. El manto cubre el cuerpo y lo somete, lo disciplina en el momento mismo en que vive su fase de mayor efervescencia. El velo protege, confiere seguridad, aísla. Es preciso

[7] Froger, uno de los jefes de las filas colonialistas. Ejecutado por un *fidai* a finales de 1956.

haber escuchado la confesión de algunas argelinas o analizado el material onírico de ciertas mujeres recientemente despojadas del manto, para apreciar la importancia de este último en el cuerpo vivo de la mujer. Impresión de cuerpo desgarrado y lanzado a la deriva: los miembros parecen alargarse indefinidamente. Cuando la argelina cruza una calle, durante mucho tiempo se equivoca sobre la distancia exacta que ha de recorrer. El cuerpo, sin el ropaje tradicional, parece escaparse, irse en pedazos. Existe la impresión de estar mal vestida, desnuda. La carencia es una falta súbita que se vive con gran intensidad, sentimiento angustioso de estar incompleta, de romperse y desintegrarse. La ausencia del velo altera el esquema corporal de la argelina. Es preciso inventar rápidamente para su cuerpo nuevas dimensiones, nuevos medios de control muscular. Debe alcanzar un andar de mujer destapada y externa. Debe romper la timidez, la torpeza (puesto que debe pasar por una europea), evitando al mismo tiempo la afectación, el exceso de colorido, todo lo que llama la atención. La argelina que entra "desnuda" en la ciudad europea remodela su cuerpo, lo reinstala de manera totalmente revolucionaria. Esta nueva dialéctica del cuerpo y del mundo es fundamental en el caso de la mujer.[8]

Pero la argelina no solo está en conflicto con su cuerpo. En ocasiones es el eslabón esencial de la máquina revolucionaria.

[8] La mujer que antes de la Revolución no salía nunca de su casa si no iba acompañada de su madre o su marido, verá que se le confían misiones precisas: como ir a Orán, a Constantina o a Argel. Durante varios días, sola y llevando consigo directivas de una importancia capital para la Revolución, viajará en tren, dormirá en casa de una familia desconocida, en casa de militantes. Aquí también, es necesario desplazarse armoniosamente porque el enemigo está observando las fallas. Pero lo importante para nuestro propósito estriba en que el marido no opone ninguna dificultad para dejar que su mujer salga en misión. Por el contrario, al regreso del agente de enlace, se sentirá orgulloso de poder decirle: "Ya ves, todo ha marchado bien durante tu ausencia." Los antiguos celos del argelino, su desconfianza congénita, han desaparecido al contacto de la Revolución. Hay que señalar también, que los militantes perseguidos se refugian en casa de otros militantes que todavía no han sido identificados por el ocupante. En estas condiciones, durante todo el día, la mujer es la que se queda sola con el refugiado, procurándole la comida, la prensa y el correo. Tampoco en este caso, aparece en ningún momento desconfianza o temor alguno. Empeñado en la lucha, el marido o el padre descubren nuevas perspectivas sobre las relaciones entre los sexos. El militante descubre a la militante y conjuntamente crean nuevas dimensiones en la sociedad argelina.

Transporta armas, conoce los refugios importantes. Por eso, sólo en función de los peligros concretos que afronta podemos comprender las victorias grandiosas que ha debido alcanzar para decir a su responsable, al regreso: "Misión cumplida... R.A.S."[9]

Otra dificultad que vale la pena señalar surgió desde los primeros meses de actividad femenina. Durante sus desplazamientos, ocurrió más de una vez que la mujer argelina sin velo fue vista por un pariente o un amigo de la familia. El padre fue avisado en seguida. Claro está que éste dudaba entre prestar crédito o no a esas habladurías, pero los informes se multiplicaban. Diferentes personas decían haber visto a "Zohra o a Fátima sin velo, caminando como una... Dios mío, protégenos". El padre decidía entonces exigir una explicación, pero desde las primeras palabras se callaba. La mirada firme de la muchacha le indica que su incorporación a la lucha ya es antigua. El viejo temor a la deshonra se sustituye por un nuevo temor fresco y frío, el de la muerte en el combate y el de la tortura que puede sufrir la muchacha. Detrás de la joven, la familia entera, el padre argelino, el ordenador de todas las cosas, el fundamento de todo valor, se movilizan tras las huellas de la joven, se infiltran y son absorbidos también por la nueva Argelia.

Unas veces en funciones y otras eliminado el velo se instrumentaliza y transforma en técnica de *camouflage*, en medio de lucha. El carácter de *casi-tabú* del velo en la situación colonial casi desaparece durante la lucha de Liberación. Incluso las argelinas no incorporadas activamente a la lucha, adoptan la costumbre de abandonar el velo. Es verdad que en ciertas condiciones, sobre todo a partir de 1957, el velo reaparece. Las misiones son cada vez más difíciles. El adversario sabe ahora, ya que algunos militantes han hablado bajo la tortura, que algunas mujeres con aspecto europeizado desempeñan un papel fundamental en la batalla. Más aún: ciertas europeas de Argelia son detenidas, lo que

[9] Procedemos aquí a una descripción de actitudes. Queda en cambio por hacer todo un estudio sobre el papel de la mujer en la Revolución. La mujer en la ciudad, en el *djebel*, en las administraciones enemigas, la prostituta y la información que obtiene, la mujer en la cárcel, bajo la tortura, ante la muerte, ante los tribunales. Todas estas rúbricas revelarán, tras detenido examen, un número incalculable de hechos esenciales para la historia de la lucha nacional.

provoca la confusión en el adversario, al percibir que se derrumba su propio edificio. El descubrimiento por las autoridades francesas de que había europeas participando en la lucha de Liberación, fue uno de los hechos claves de la Revolución Argelina.[10]

A partir de ese día, las patrullas francesas detienen e interrogan a todo el mundo. Las sospechas recaen sobre europeos y argelinos. Los límites históricos se esfuman y desaparecen. Cualquier persona que lleva un paquete es invitada a deshacerlo y a mostrar su contenido. Cualquiera puede pedir información a cualquiera sobre la naturaleza de un bulto transportado a Argel, Philippeville o Batna. En estas condiciones vuelve a ser urgente ocultar los paquetes a las miradas del ocupante y cubrirse de nuevo con el *haik* protector.

Pero todavía será necesario aprender una nueva técnica: llevar bajo el velo un objeto pesado, "muy peligroso de manipular", ha dicho el responsable, y dar la impresión de tener las manos libres, que no hay nada bajo el *haik* sino una pobre mujer o una joven insignificante. No se trata sólo de cubrirse con el velo. Es preciso adoptar un tal "aire de Fatma" que tranquilice al soldado porque "ésta no es capaz de hacer nada".

Es bien difícil. Además, están los policías que interpelan a escasos metros una mujer con velo que no parece particularmente sospechosa. Y está la bomba; por la expresión patética del responsable sabemos que se trata de eso, o de la bolsa de granadas, ligadas al cuerpo por un sistema de cordones y correas. Porque las manos deben quedar libres, para exhibirlas desnudas, para presentarlas humilde y sencillamente a los militares para que no busquen más. Mostrar las manos vacías y aparentemente móviles y libres es el signo que desarma al soldado enemigo.

El cuerpo de la argelina, que en un primer tiempo se ha despojado de sus cargas, se hincha ahora. Mientras en el período anterior era necesario erguir el cuerpo, disciplinarlo en el sentido de la prestancia o de la seducción, ahora es necesario empequeñecerlo, deformarlo hasta el extremo de convertirlo en algo absurdo. Se

[10] Ver el capítulo V.

trata, como hemos visto, de la fase de las bombas, de las granadas, de los cargadores de ametralladoras.

Ahora bien, el enemigo ha sido avisado y en las calles se presenta el cuadro clásico de las mujeres argelinas detenidas contra los muros, sobre cuyos cuerpos se deslizan incansablemente los famosos detectores magnéticos llamados popularmente "sartenes". Todas las mujeres con velo, todas las argelinas son sospechosas. No hay discriminación. Es el período durante el cual los hombres, las mujeres, los niños, todo el pueblo argelino vive a la vez su unidad, su vocación nacional y el crisol de la nueva sociedad argelina.

Ignorando o simulando ignorar esta nueva conducta, el colonialismo francés reinicia el 13 de mayo su clásica campaña de occidentalización de la mujer argelina. Muchachas del servicio doméstico amenazadas con perder su trabajo, pobres mujeres arrancadas de sus hogares, prostitutas, son conducidas a la plaza pública y despojadas *simbólicamente* de sus velos al grito de: "¡Viva Argelia francesa!" Frente a esta nueva ofensiva reaparecen las viejas reacciones. Espontáneamente y sin consigna, las mujeres argelinas, que desde hace tiempo abandonaron el velo, vuelven a usar el *haik*, afirmando así que no es verdad que la mujer se libera por una simple invitación de Francia y del general de Gaulle.

Detrás de estas reacciones psicológicas, bajo esta respuesta inmediata y poco diferenciada, debemos ver la actitud global que rechaza los valores del ocupante, aunque en realidad pudiera ganarse con la aceptación de esos valores. Por desconocer esta realidad intelectual, esta disposición del carácter (la famosa sensibilidad del colonizado), los colonizadores se encolerizan siempre al tener que "hacerles el bien a pesar de ellos". El colonialismo quiere que todo emane de él. Pero la tendencia psicológica dominante del colonizado es la de endurecerse frente a cualquier invitación del conquistador. Al organizar el famoso desfile del 13 de mayo, el colonialismo obligó a la sociedad argelina a volver a métodos de lucha ya superados.

En cierto sentido, las distintas ceremonias provocaron una vuelta atrás, una regresión.

El colonialismo debe aceptar que las cosas se hagan sin su control, sin su dirección. Recordemos la frase que pronunció en una asamblea internacional un político africano. Respondiendo a la clásica excusa de la inmadurez de los pueblos coloniales y de su incapacidad para administrarse en forma adecuada, este hombre reclamaba para los pueblos subdesarrollados "el derecho a gobernarse mal". Las disposiciones doctrinales del colonialismo en su intento de justificar el mantenimiento de su dominio, obligan casi siempre al colonizado a oponer contra-proposiciones tajantes, rígidas, estáticas.

Después del 13 de mayo, se vuelve a usar el velo, pero definitivamente despojado de su dimensión exclusivamente tradicional.

Existe, por lo tanto, un dinamismo histórico del velo que se percibe en forma muy concreta, en el desarrollo de la colonización de Argelia. Al principio, el velo es un mecanismo de resistencia, pero para el grupo social su valor continúa fuertemente arraigado. Se usa por tradición, por la rígida separación de los sexos, pero también porque el ocupante *quiere develar a Argelia*. Más tarde, la mutación interviene en ocasión de la Revolución y en circunstancias precisas. Se va abandonando el velo en el transcurso de la acción revolucionaria. Lo que había sido preocupación de conducir al fracaso las ofensivas sicológicas o políticas del ocupante, se convierte en medio, en instrumento. El velo ayuda a la argelina para responder a las nuevas interrogantes planteadas por la lucha.

La iniciativa de las reacciones del colonizado queda fuera del alcance de los colonialistas. Las exigencias del combate son las que provocan nuevas actitudes, nuevas conductas y nuevas modalidades de apariencia en la sociedad argelina.

Este texto, publicado en *Résistance Algérienne* el 16 de mayo de 1957, demuestra la conciencia que los responsables del Frente de Liberación Nacional tuvieron siempre acerca del importante papel de la mujer argelina en la Revolución.

En la tierra argelina, que cada día se libera un poco más de la opresión colonialista, asistimos a una dislocación de los viejos mitos.

Entre las "cosas incomprensibles" del mundo colonial, se mencionaba frecuentemente el caso de la mujer argelina. Los estudios de sociólogos, islamólogos y juristas, abundan en consideraciones sobre la mujer argelina.

Descrita a veces como esclava del hombre, o como soberana incontestada del hogar, el *status* de la argelina ha intrigado a los teóricos.

Otros, igualmente autorizados, afirman que la mujer argelina "sueña con liberarse", pero que un patriarcado retrógrado y sanguinario se opone a ese deseo legítimo. La lectura de los últimos debates de la Asamblea Nacional Francesa indica la importancia que se atribuye al conocimiento articulado del "problema". La mayoría de quienes intervinieron en la discusión evocó el drama de la argelina y reclamaron su solución. Agregaron que éste era el único medio de desarmar a la rebelión.

Es un hecho constante que los intelectuales colonialistas transforman el sistema colonial en un "caso sociológico". Este país, se afirma, exigía, solicitaba la conquista. Así, para invocar un ejemplo célebre, se ha descrito un pretendido complejo de dependencia en Madagascar.

Se dice que la mujer argelina es "inaccesible, ambivalente, con ingredientes masoquistas", y se aportan hechos concretos para demostrar estas características. La verdad es que el estudio de un pueblo ocupado, sometido militarmente a una dominación implacable, exige garantías que sólo difícilmente se reúnen. No sólo se

ha ocupado el suelo, los puertos y los aeródromos. El colonialismo francés se ha instalado en el centro mismo del individuo argelino y ha emprendido un trabajo sostenido de "pulimiento", de divorcio de sí mismo, de mutilación racionalmente perseguida.

No existe la ocupación de la tierra junto a la independencia de las personas. Es la totalidad del país, su historia, su pulso cotidiano los que han sido negados, desfigurados, con la esperanza de una definitiva anulación. En estas condiciones, la respiración del individuo es una respiración que se espía, ocupada. Es una respiración de combate.

A partir de ese momento, los valores reales de los ocupados pasan muy pronto a existir clandestinamente. Frente al ocupante, el ocupado aprende a esconderse, a ser astuto. Al escándalo de la ocupación militar, opone el escándalo del aislamiento. Es mentira todo encuentro del ocupado con el ocupante.

En sólo cuarenta y ocho horas, la mujer argelina ha echado por tierra las pseudoverdades que muchos años "de estudios de campo" habían confirmado ampliamente, según se creía. Es verdad, la Revolución Argelina ha provocado una modificación objetiva de las actitudes y de las perspectivas. Sin embargo, el pueblo argelino jamás había abandonado las armas. El 1o. de noviembre de 1954 no significó el despertar de un pueblo, sino la señal que esperaba para manifestarse, para aplicar a la luz del día una táctica adquirida y sólidamente reforzada durante el bello período francomusulmán.

La argelina, como sus hermanos, había montado minuciosamente los mecanismos de defensa que le permiten hoy desempeñar un papel capital en la lucha liberadora.

En primer lugar, el famoso estatuto de la argelina. Su pretendida enclaustración, su radical eliminación, su humildad, su existencia silenciosa colindante con una casi-ausencia. Y la "sociedad musulmana" que no le ha otorgado ningún lugar, que ha amputado su personalidad impidiéndole el florecimiento y la madurez, manteniéndola en un perpetuo infantilismo.

Esas afirmaciones, apoyadas por "trabajos científicos", reciben hoy la única respuesta válida: la experiencia revolucionaria.

El amor ardiente de la argelina por su hogar no es una limita-

ción del universo. No es odio al sol, a las calles o a los espectáculos. No es una fuga del mundo.

En condiciones normales, debe existir una doble corriente entre la familia y el conjunto social. El hogar funda la verdad social, pero la sociedad autentifica y legitima a la familia. La estructura colonial es la negación misma de esta recíproca justificación. La mujer argelina, al restringirse, al elegir una forma de existencia limitada en el espacio, afianzaba su conciencia de lucha y se preparaba para el combate.

Este encerrarse en el hogar, acompañado de la negación de una estructura impuesta; este repliegue sobre el núcleo fecundo que representa una existencia recogida pero coherente, constituyó durante mucho tiempo la fuerza fundamental del ocupado. Sólo la mujer, con ayuda de técnicas concientes, puede iniciar la articulación de ciertos dispositivos. Lo esencial es que el ocupante se estrelle contra un frente unificado. De ahí el carácter esclerótico que debe revestir la tradición.

En realidad, la efervescencia y el espíritu revolucionario son alimentados en el hogar por la mujer. Y es que la guerra revolucionaria no es una guerra de hombres.

No es una guerra con fuerzas en activo y con reservas. La guerra revolucionaria, tal como la lleva a cabo el pueblo argelino, es una guerra total en que la mujer no se limita a tejer, o a llorar al soldado. La mujer argelina está en el corazón del combate. Detenida, torturada, violada, abatida, es un testimonio viviente de la violencia del ocupante y de su inhumanidad.

Enfermera, agente de enlace, combatiente; en cualquier caso es un testigo de la profundidad y de la densidad de la lucha.

Hablaremos también del fatalismo de la mujer, de su falta de reacción frente a la adversidad, de su ineptitud para medir la gravedad de los acontecimientos. Lo que en apariencia es una sonrisa incondicional, la persistencia de una esperanza infundada, la negativa de arrodillarse, se ha asimilado a una falta de comprensión de los hechos.

El humor, que significa apreciación rigurosa de los acontecimientos, pasa inadvertido para el ocupante. Y el valor que manifiesta la mujer argelina en la lucha no es una reacción inesperada

o el resultado de una mutación. Es la réplica del humor en la fase insurreccional.

El lugar de la mujer en la sociedad argelina se afirma con tal vehemencia que es fácil explicarse la turbación del ocupante. Sucede que la sociedad argelina no es esa sociedad sin mujeres que se había descrito tan minuciosamente.

A nuestro lado, nuestras hermanas destruyen un poco más los dispositivos enemigos y liquidan definitivamente las viejas mistificaciones.

II. "AQUI LA VOZ DE ARGELIA..."

En este capítulo nos proponemos estudiar las nuevas actitudes del pueblo argelino a lo largo de la lucha de Liberación, frente a un instrumento técnico preciso: la radio. Veremos que, detrás de estas nuevas actitudes, se niega la situación colonial en conjunto. Además, tendremos oportunidad de demostrar que la duda sobre el principio mismo de la dominación extranjera, entraña cambios esenciales en la conciencia del colonizado, en su percepción del colonizador y en su situación de hombre en el mundo.

Radio-Argel, estación transmisora francesa instalada en Argelia desde hace décadas, reedición o eco de la Radiodifusión Nacional Francesa instalada en París, es la expresión, ante todo, de la sociedad colonial y sus valores. Los europeos de Argelia, en general, poseen aparatos de radio. Antes de 1945, los radiorreceptores pertenecían, en proporción del 95%, a los europeos. Los argelinos que también poseen estos aparatos se reclutan principalmente en el seno de las "burguesías evolucionadas", y entre miembros de las kabilas antiguamente emigrados, que después regresaron a las ciudades. La brutal estratificación económica entre las sociedades dominante y dominada, explica en buena medida este estado de cosas. Pero naturalmente, como en toda situación colonial, esta realidad tiene características específicas. Así, encontramos que centenares de familias argelinas cuyo nivel de vida les permitiría la adquisición de un radiorreceptor, no lo poseen. Sin embargo, no debe verse en esto una decisión racional y concreta para rechazar dicho instrumento. No hay contra esta técnica una resistencia organizada. No es posible descubrir, ni aún después de una investigación pormenorizada, verdaderas líneas de anti-culturización, como se describen en ciertas monografías consagradas a las regiones subdesarrolladas. Sin embargo, señalamos, y este argumento parece confirmar las conclusiones de los sociólogos, que interrogados sobre las razones de su reticencia, los argelinos responden frecuentemente de la siguiente manera: "Las tradiciones de respetabilidad revisten

entre nosotros tal importancia y jerarquía, que nos es prácticamente imposible escuchar en familia los programas radiofónicos. Las alusiones eróticas y las situaciones burlescas, que se proponen hacer reír, a través de la radio, provocan en el seno de la familia que escucha tensiones insoportables."

La posibilidad de reír frente al jefe de familia o al hermano mayor y de escuchar en común palabras amorosas o expresiones ligeras, frena sin duda la difusión de los radiorreceptores entre la sociedad autóctona argelina. Ante esta primera racionalización es fácil comprender el hábito de los servicios oficiales de la Radiodifusión en Argelia, de señalar los programas que pueden ser escuchados en común y aquellos en que las formas tradicionales de la sociabilidad corren el riesgo de verse gravemente alteradas.

He aquí, pues, a un determinado nivel explicativo, la comprensión de un hecho: los radiorreceptores se imponen difícilmente a la sociedad argelina. En general, rechaza esta técnica que afecta la estabilidad y los tipos tradicionales de la vida social; la razón es que los programas en Argelia, puesto que son calcados del modelo occidental, no se adaptan a la jerarquía patriarcal estricta, feudal, y a las múltiples prohibiciones morales de la familia argelina.

A partir de este análisis se propusieron algunas técnicas de acercamiento, entre otras, la especialización de las emisiones en función de la familia considerada en su totalidad, dirigiéndose al grupo de los hombres, de las mujeres, etc. Al describir las transformaciones que tuvieron lugar en ese dominio, con motivo de la guerra nacional, veremos lo artificioso de una explicación sociológica como la mencionada y la multitud de errores que encierra.

Ya hemos hablado de la rapidez con que la sociedad europea adoptó los radiorreceptores. La introducción de la radio en la sociedad colonizadora se desenvuelve a un ritmo que recuerda el de las regiones occidentales más desarrolladas. Debemos recordar que en una situación colonial en la cual, como hemos visto, las disparidades sociales alcanzan una intensidad extraordinaria, existe un aburguesamiento desenfrenado y casi caricatural de quienes están vinculados con la metrópoli. Para un europeo, poseer un radiorreceptor significa inaugurar el círculo siempre presente de la posesión pequeño burguesa occidental, que va de la radio a la

casita propia, pasando por el automóvil y el refrigerador. También significa vivir y palpar a la sociedad colonial, con sus festividades, sus tradiciones que pugnan por establecerse rápidamente, sus progresos y sus raíces. Y más aún: en el *bled* y en los llamados centros de colonización, es el único medio de permanecer ligado a las ciudades, a Argel, a la metrópoli, al mundo civilizado. Es una de las formas de escapar a la presión interte, pasiva y esterilizante del "indigenismo" ambiente. Según la expresión habitual del colono, es "el único medio de sentirse todavía un hombre civilizado".

En las granjas, la radio recuerda al colono la realidad de un poder que confiere, por su misma existencia, seguridad y serenidad. Radio-Argel funda los derechos del colono y refuerza su certidumbre en la continuidad histórica de la conquista, y por tanto, de su explotación agrícola. La música de París, los resúmenes de la prensa metropolitana, las crisis gubernamentales francesas, constituyen un telón de fondo coherente en el que la sociedad colonial nutre su densidad y sus derechos. Radio-Argel alimenta la cultura del ocupante, la distingue de la no-cultura, de la naturaleza del ocupado. Radio-Argel, la voz de Francia en Argelia, es el único centro de referencia al nivel de la información. Radio-Argel, para el colono, es una invitación cotidiana á rechazar el mestizaje, a no olvidar los derechos de su cultura. Los habitantes colonialistas del *bled*, los aventureros que ocupan nuevas tierras, lo saben bien y por eso no dejan de repetir que "sin el vino y la radio, ya nos habríamos arabizado".[1]

Antes de 1945, en Argelia, la radio se multiplica en la sociedad dominante como instrumento técnico de información. Según hemos visto, se utiliza a la vez como un medio de resistencia entre los europeos aislados y como un medio de presión cultural sobre la sociedad dominada. Entre los agricultores europeos, la radio se muestra globalmente como un lazo con el mundo civilizado y como un instrumento eficaz de resistencia contra la influencia corrosiva de una sociedad indígena inmóvil, sin perspectivas, atrasada y sin valor.

[1] Radio-Argel es, por otro lado, uno de los muchos vehículos que cultivan la sociedad dominante. Radio Montecarlo, Radio París, Radio Andorra desempeñan también un papel protector contra la "arabización".

Por el contrario, la situación es totalmente distinta en relación con el argelino. Hemos visto que la familia con posibilidades económicas vacila en adquirir un radiorreceptor. Sin embargo, no podemos registrar una negativa explícita, ordenada y fundada, sino más bien un obscuro desinterés por este jirón de presencia francesa. En los medios rurales y en las regiones alejadas de los centros de colonización, la situación es más clara. Ahí, hay una profunda ignorancia del problema, o más bien el problema se halla tan alejado de las preocupaciones cotidianas del autóctono, que podemos adivinar sin lugar a dudas el escándalo que se produciría si preguntásemos al argelino la razón por la cual no posee un aparato de radio.

El investigador, que durante este período exige respuestas satisfactorias, no logra disipar su ignorancia. En realidad, los pretextos deben registrarse con el máximo de prudencia. Al nivel de la experiencia vivida, no puede esperarse una racionalización de las actitudes y de las preferencias.

Aquí, pueden abordarse dos niveles de explicación. Como técnica instrumental en sentido estricto, el aparato de radio desarrolla los poderes sensoriales, intelectuales y musculares del hombre en una sociedad determinada. *En la Argelia ocupada, el radiorreceptor es una técnica del ocupante que, en el cuadro de la dominación colonial, no responde a ninguna necesidad vital del "indígena".* El aparato de radio, como símbolo de la presencia francesa, como sistema material incluido en la configuración colonial, está teñido de una valoración negativa extremadamente importante. La eventual multiplicación y la posible extensión de los poderes sensoriales e intelectuales a través de la radio francesa, son rechazados implícitamente o negados por el autóctono. El instrumental técnico, las nuevas adquisiciones científicas, cuando encierran una carga suficiente como para conmover los dispositivos de la sociedad autóctona, no se perciben nunca "en sí", como objetos neutros. El instrumento técnico se inserta en la situación colonial en que, según se sabe, los coeficientes negativos o positivos se dan siempre de manera amplificada.

A otro nivel, como sistema de información, como vehículo del lenguaje y, por tanto, de mensaje, el aparato de radio puede estu-

diarse en el seno de la situación colonial de manera particular. La técnica radiofónica, la prensa, y de una manera general los sistemas, los mensajes, la transmisión de señales, existen en la sociedad colonial según un estatuto perfectamente diferenciado. La sociedad argelina, la sociedad dominada, no participa jamás en este mundo de signos. Los mensajes de Radio-Argel sólo son escuchados por los representantes del poder en Argelia, por quienes están vinculados al poder dominante; en cambio, parecen evitar mágicamente a los miembros de la sociedad "indígena". La no adquisición de aparatos de radio por esta sociedad, refuerza precisamente la impresión de mundo cerrado y privilegiado de la información colonialista. En el aspecto de los programas cotidianos, antes de 1954 prácticamente no existían los elogios a las tropas de ocupación. Es cierto que aisladamente se mencionan en la radio las grandes fechas de la conquista de Argelia; en estos programas, con una obscenidad que linda en la inconciencia, el ocupante denigra y humilla a la resistencia argelina de 1830. También se organizan manifestaciones conmemorativas en las que los antiguos combatientes "musulmanes" son invitados a depositar ofrendas al pie de las estatuas del general Bugeaud o del sargento Blandan, héroes de la conquista y liquidadores de miles de patriotas argelinos. Pero en conjunto, es imposible afirmar que el contenido claramente racista o antiargelino de la radio explique la indiferencia y la resistencia del autóctono. *La explicación se encuentra más bien en el hecho de que Radio-Argel es vista por el argelino como si fuera el mundo colonial hablado. Antes de la guerra, el sentido del humor del argelino lo había hecho definir Radio-Argel de la manera siguiente: "Franceses que hablan a franceses."*

Después de 1945, Argelia irrumpirá brutalmente en la escena internacional. Durante semanas, los 45 mil muertos de Sétif y de Guelma alimentarán los diarios y los boletines de información de regiones hasta entonces desconocidas o indiferentes a la suerte de Argelia. Los propios argelinos manifiestan (signo previo de transformaciones más profundas) un cambio a partir de los hermanos muertos o mutilados y a través de la simpatía ferviente de hombres y mujeres de América, Europa y Africa. El despertar del mundo colonial y la liberación progresiva de los pueblos oprimidos durante mucho tiempo, sitúan a Argelia en un proceso que la desborda, al mismo tiempo que le da sus cimientos. Aquí, reviste una importancia excepcional la aparición de los países árabes liberados. La primera introducción masiva de aparatos de radio, en Argelia, es contemporánea a la creación de las estaciones emisoras nacionales de Siria, Egipto y Líbano. A partir de 1947-48, los radiorreceptores se multiplican, moderadamente. Todavía entonces, el argelino radioescucha se interesa exclusivamente por las transmisiones extranjeras y árabes. Sólo se oye Radio-Argel porque difunde música típicamente argelina, música nacional. Ante este mercado potencial, los concesionarios europeos buscan representantes "indígenas". En aquel momento las casas europeas se convencen de que la venta de aparatos de radio depende de la nacionalidad del comerciante. Por ello, los intermediarios argelinos son cada vez más solicitados por el comercio de aparatos radiofónicos. Esta innovación en el sistema de la distribución, es acompañada por la localización del mercado. Durante este período cierta parte de la pequeña burguesía argelina comprará radiorreceptores.

En 1951-1952, durante las primeras escaramuzas en Túnez, el pueblo argelino siente la necesidad de acrecentar su red de información. En esos años, Marruecos emprende su guerra de liberación y, el 1o. de noviembre de 1954, Argelia se une al Frente Anticolonialista del Maghreb. En esa época tienen lugar, por lo que hace a la adquisición de aparatos de radio y a la definición de nuevas actitudes frente a esta técnica de información, los cambios fundamentales.

Las reacciones del ocupante le revelan al argelino que algo grave e importante ocurre en el país. El europeo, por el triple canal de la prensa, de la radio y de su propia movilidad, toma conciencia clara de los peligros que se ciernen sobre la sociedad colonial. El argelino, que descifra en el rostro del ocupante la agonía del colonialismo, siente la necesidad imperiosa y vital de ponerse al corriente. La impresión difusa de que ocurre algo decisivo se refuerza también por la decisión solemne de los patriotas que expresan la aspiración secreta del pueblo y encarnan su voluntad, todavía ayer vacía de contenido, de existir como nación, y por el deterioro objetivo y evidente de la serenidad del colono.

La lucha de Liberación, que se manifiesta en la repentina amabilidad del colono o en sus cóleras inesperadas o sin motivo aparente, produce en el argelino la necesidad de seguir, paso a paso, la evolución de la pugna. En este período de definición de las fronteras del conflicto, los europeos multiplicaron sus errores. Así, en las granjas, los colonos reúnen a los obreros agrícolas para anunciarles, por ejemplo, que una "banda de rebeldes", desconocida en la región, ha sido diezmada en los Aurés o en Kabylia. Otras veces, ofrecen a sus sirvientes una botella de limonada o una rebanada de pastel, para celebrar la circunstancia de que tres o cuatro sospechosos acaban de ser ejecutados a algunos kilómetros de la propiedad.

Desde los primeros meses de la Revolución, el argelino, como una medida de auto-defensa y a fin de escapar a lo que considera las maniobras mentirosas del ocupante, se ve obligado a servirse de sus propias fuentes de información. Saber lo que realmente ocurre, conocer a la vez las pérdidas reales del enemigo y las suyas propias, es algo fundamental. En esta época, el argelino siente la necesidad de elevar su vida al nivel de la vida de la Revolución. Tiene necesidad de entrar a la red de las informaciones y de penetrar en el mundo en que ocurren las cosas, en que hay lugar para los acontecimientos, en que operan las fuerzas. A través de la guerra que han emprendido los suyos, el argelino afirma su comunidad. El argelino debe oponer sus propias informaciones a las informaciones del enemigo. A la verdad del opresor, antes rechazada como mentira absoluta, se opone otra verdad propia. La mentira del ocupante cobra ahora un nuevo significado, ya que hoy es una mentira en peligro, a la defensiva. Las actitudes defensivas del ocupante, sus reacciones y resistencias subrayan la eficacia de la acción nacional y la incorporan al mundo de la verdad. La reacción del argelino ya no consiste en un rechazo crispado y desesperado. *Puesto que se muestra inquieta, la mentira del ocupante se convierte en un aspecto positivo de la nueva verdad de la Nación.*

Durante los primeros meses de la guerra, el argelino intenta organizar su sistema de información a través de la prensa escrita. En esos momentos, la prensa democrática aún existe en Argelia y

los diarios de tradición anticolonialista o con una voluntad de objetividad, son leídos ávidamente por el autóctono. En este sector de la información el argelino encuentra su propio equilibrio. El poder del mensaje colonialista, los sistemas aplicados para imponer y elaborar *la verdad* son tales que, la mayor parte del tiempo, el colonizado sólo cuenta con su convicción interior, cada vez más desmesurada, como arma para oponerse a las ofensivas eminentemente traumatizantes de la prensa francesa y a las manifestaciones espectaculares de su poder militar y policíaco. Frente a la diaria *liquidación de las últimas bandas,* el civil sólo puede escapar de la desesperación por un acto de fe, por una creencia indestructible.

Progresivamente se suspende la ayuda moral objetiva de la prensa democrática. La autocensura de los diarios locales conocidos por su honestidad tradicional refuerza esta impresión de carencia y truncamiento, y hasta de traición en el plano de las noticias. El argelino siente que se le escamotean aspectos enteros de verdad. Tiene la certidumbre de que la potencia colonialista está a punto de derrumbarse frente a sus ojos y de que él no sigue de cerca su agonía. De pronto siente miedo de que ese algo tan odiado, herido de muerte en el *Djebel* y que probablemente tiene los días contados, desaparezca sin brindarle la oportunidad de ver cómo se desmonta su poder y su fuerza agresiva. Durante este período, el argelino vive un sentimiento de frustración. Su agresividad está en suspenso porque no conoce los acontecimientos, porque no registra hora tras hora las victorias sobre el enemigo y, en fin, porque no puede medir centímetro a centímetro la disminución progresiva del poder ocupante.

En conjunto, el europeo está informado objetivamente del alcance de la rebelión. Pero en verdad no piensa que un buen día las tropas revolucionarias ocuparán las ciudades. Con más o menos precisión conoce la importancia de las fuerzas de la Revolución y no cesa de compararlas con las de las tropas francesas. Cada avión que cruza el cielo, cada vehículo blindado que atraviesa la ciudad es un rayo de sol en el mundo ansioso e indeciso del colono. Durante los primeros meses de 1955 el europeo sufre una sacudida, pero piensa que nada se ha perdido, que el futuro de Argelia sigue siendo el colonialismo. Las declaraciones oficiales de

la radio confirman esta impresión. El argelino, en cambio, sobre todo el de las regiones rurales, complementa su falta de información con un entusiasmo absolutamente irracional. Se presentan reacciones de tal manera desproporcionadas con la realidad, que a los ojos del observador resultan casi patológicas. Durante los primeros meses de 1955, se dio el caso de que en Constantina circularan rumores en el sentido de que, por ejemplo, Argel se encontraba en manos de los nacionalistas, o en Argel, que la bandera argelina flotaba ya en Constantina, Philippeville, Batna...

En los pequeños centros de colonización, los colonos no estaban siempre en condiciones de comprender la brutal y súbita seguridad del *fellah*, y con frecuencia los vemos telefonear a la ciudad más próxima para cerciorarse de que nada importante ha ocurrido en el país. El europeo adivina que la vida que había edificado sobre la agonía del pueblo colonizado, pierde seguridad.

Antes de la rebelión era la vida, el movimiento, la existencia del colono y, frente a él, la permanente agonía del colonizado. Antes de la rebelión era la verdad del colono y la nada del colonizado. Después de 1954, el europeo comprueba que otra vida se ha puesto en movimiento, paralelamente a la suya, y que en la sociedad argelina las cosas ya no son como antes. El europeo, después de 1954, sabe que algo secreto se le oculta. Es el período en que la vieja expresión peyorativa del *teléfono árabe* adquiere un significado casi científico.

En los países del Maghreb, los europeos llaman *teléfono árabe* a la rapidez relativa con la cual, de boca en boca, se difunden las noticias en la sociedad indígena. En ningún momento se ha pretendido ocultar otra cosa bajo esta expresión o bajo este vocablo. Ahora bien, en 1955 escucharemos a los europeos, e incluso a los argelinos, referirse confidencialmente y como revelando un secreto de Estado, a una técnica de emisión a distancia que recuerda vagamente el sistema de señales, el tam-tam, tal como se practica en ciertas regiones de Africa. A partir de entonces, el argelino produce en el europeo aislado la impresión de estar en contacto permanente con el alto mando de la Revolución. Hay en el indígena una especie de super-seguridad amplificada, que provoca en el plano del comportamiento ciertas manifestaciones particulares. Así,

asistimos a fenómenos de tipo *amok* absolutamente característicos.

Individuos en plena turbulencia de confusión se lanzan fuera de sí mismos. Se les ve irrumpir en una calle o en una granja aislada, sin armas o blandiendo un pobre cuchillo mellado, al grito de: "¡Viva Argelia independiente. Somos los vencedores!" Esta conducta agresiva, de expresión altamente violenta, termina la mayor parte de las veces con una ráfaga de ametralladora disparada por una patrulla. Cuando el médico puede hablar con el moribundo, las expresiones más comunes son: "¡No les crea! Somos los más fuertes, los nuestros llegan, estoy encargado de anunciar su llegada. Somos los más fuertes y aplastaremos al enemigo."

A veces estos "iluminados" simplemente caen heridos y son entregados a los servicios de policía para ser interrogados. No se ve la naturaleza patológica de su comportamiento. Durante días enteros, el sospechoso es torturado hasta que la prensa informa al público que ha sido muerto al intentar huir mientra era trasladado, o que murió de una enfermedad recurrente. De la misma manera, en el grupo dominante encontramos una efervescencia de los espíritus, la eclosión del miedo colectivo y la aparición en el colono de estallidos de criminalidad. La diferencia respecto al colonizado, radica en que el colonizador pasa a los hechos, a los asesinatos reales y múltiples. Nos proponemos abordar estos diferentes problemas, nacidos de la lucha de liberación, en un estudio relacionado más directamente con la psicopatología, para aclarar sus formas, características y descripción.

En el aspecto de la información, el argelino es prisionero de una red estrictamente limitada en el espacio. En los pueblos, existe el acuerdo unánime sobre la importancia numérica y material del Ejército de Liberación Nacional. Preguntando se puede obtener información sobre el poder de las armas o el programa de las próximas operaciones. Es obvio que nadie podría precisar la fuente de tales informaciones pero tampoco nadie las pone en duda. La descripción que se ha hecho, cuando se derrumba un ejército nacional, de la rapidez con que se propagan entre el pueblo las noticias alarmantes, catastróficas o desastrosas, nos sirve de sistema de referencia para apreciar el fenómeno inverso. Seguramente se han descubierto rastros de la Quinta Columna en 1940, encargada de

inocular al pueblo francés el virus de la derrota; pero tampoco podría ignorarse el hecho de que el terreno estaba ya preparado, de que existía previamente una suerte de desmovilización espiritual, explicable por los fracasos de la democracia en España, en Italia, en Alemania y sobre todo en Munich. El derrotismo de 1940 fue el producto directo del derrotismo de Munich.

Por el contrario, en Argelia —y esto es verdad para todos los países coloniales que emprenden una guerra nacional— cualquier noticia es buena, todas las informaciones reconfortantes. La Quinta Columna es una imposibilidad en Argelia. Se trata simplemente del registro de ese hecho que ha llevado a los especialistas de la sociología a encontrar la vieja explicación según la cual el "indígena" es inaccesible al ranozamiento o a la experiencia. Los especialistas de la guerra, más empíricamente, reconocen que estos hombres tienen una moral de hierro o que su fanatismo es incomprensible. El grupo, considerado en su totalidad, da la impresión de completar sus informaciones con una certeza cada vez más aislada de la realidad. Estas manifestaciones y actitudes de creencia total, esta convicción colectiva, expresa la voluntad que el grupo tiene de situarse lo más cerca posible de la Revolución, de encontrarse si es posible dentro de la Revolución, en fin, de *estar en el juego*.

Hemos dicho que, al mismo tiempo, sobre todo en los centros urbanos, aparecen conductas más complejas. Los argelinos, ávidos de información objetiva, compran los periódicos democráticos que llegan de Francia. Estos diarios logran entonces un éxito financiero completo. *L'Express*, *France-Observateur*, *Le Monde*, multiplican y aumentan sus envíos a Argelia en una proporción de 1 a 3 y hasta de 1 a 5. Los propietarios de quioscos de periódicos, casi todos europeos, son los primeros en señalar el peligro económico y después político, que representan esas publicaciones. Cuando se estudia el problema de la prensa escrita en Argelia, debe recordarse algo especial en el sistema de distribución. Los voceadores, casi todos jóvenes argelinos, venden exclusivamente la prensa local. Los diarios europeos no son llevados al consumidor, sino que deben ser comprados en los quioscos. Los propietarios de la prensa escrita argelina resienten de inmediato la competencia que significa la prensa venida de Francia. Entonces se multiplican las campañas denunciando a esa prensa "cómplice del enemigo"; los repetidos secuestros de algunas de esas publicaciones tienen un significado particular. Por su parte, los distribuidores se acostumbran cada vez más a responder agresivamente que "la prensa de los puercos no ha llegado hoy".

En los centros urbanos, pero sobre todo en las aglomeraciones rurales, los argelinos descubren que mostrar inquietud por la llegada o no de esta prensa, basta para señalarlos. En Argelia como en Francia, y naturalmente de manera más tajante, tanto el propietario de un quiosco de periódicos como el tendero, son generalmente antiguos combatientes fuertemente encuadrados en las organizaciones ultracolonialistas. Para el argelino, pedir *L'Express*, *L'Humanité* o *Le Monde*, significa confesar públicamente y casi siempre a un agente de la policía, su adhesión a la Revolución; en todo caso, significa confesar sin precauciones que se ponen en duda los informes oficiales "colonialistas"; significa singularizarse y, para el propietario de un quiosco, la afirmación indudable de que el argelino en cuestión es solidario de la Revolución. Así, comprar tal o cual periódico se identifica con un acto nacionalista, pasa a ser de inmediato un acto peligroso.

Cada vez que el argelino pide uno de estos periódicos, el representante del colonialismo, que es el propietario del quiosco, ve en ello la expresión del nacionalismo, es decir, el equivalente de un acto de guerra. Paulatinamente, los argelinos adultos, realmente comprometidos ahora en actividades vitales para la Revolución, o por prudencia comprensible, si consideramos la rabia xenófoba de los colonos franceses en 1955, encargan a los jóvenes argelinos la tarea de comprar esos periódicos. Sin embargo, después de algunas semanas se descubre el nuevo truco. A partir de un momento determinado, los propietarios de quioscos se niegan a vender a los menores *L'Express*, *L'Humanité* y *Libération*. En estas condiciones, los adultos son obligados a desenmascararse o a contentarse con el *Echo d'Alger*. En ese instante la dirección política de la Revolución dio la orden de boicotear la prensa local argelina.

Esta decisión perseguía un doble objetivo. En primer lugar, responder a la ofensiva de los *trusts* argelinos con una medida que

tiene consecuencias económicas. Al privar a los periódicos argelinos de una gran parte de su clientela autóctona, el movimiento revolucionario desorganiza eficazmente el mercado de la prensa local. Pero sobre todo, la dirección política está convencida de que, abandonados únicamente a la información colonialista, los argelinos sufrirían progresivamente la acción masiva y nociva de estas páginas, en que las cifras y las fotografías se publican tendenciosamente y en que cada mañana se lee que la Revolución ha sido derrotada.

Al nivel de las masas, que han permanecido relativamente al margen de esta lucha en torno a la prensa escrita, se ha hecho sentir la necesidad de adquirir aparatos de radio. En efecto, no podemos olvidar que el analfabetismo generalizado del pueblo lo dejaba indiferente ante la expresión escrita. Durante los primeros meses de la Revolución, la gran mayoría de los argelinos identificaba cualquier escrito en lengua francesa con el poder del conquistador. La morfología de la escritura del *Express* o del *Echo d'Alger* era un signo de la presencia francesa.

La adquisición de un radiorreceptor en Argelia, en 1955, representa el único medio de obtener de fuentes no francesas noticias de la Revolución. Esta necesidad asumió un carácter imperativo cuando el pueblo supo que diariamente, desde El Cairo, los argelinos efectuaban un balance de la lucha de Liberación. Desde El Cairo, Siria y casi todos los países árabes se transmitían a Argelia largas páginas escritas en los *djebels* por los hermanos, los padres y los amigos.

Sin embargo, a pesar de estas nuevas circunstancias, la aceptación de los aparatos de radio en la casa y en los rincones más alejados del país, se lleva a cabo de manera progresiva. Todavía no estamos frente a una verdadera sacudida, frente al flujo masivo de los aparatos de radio.

El verdadero cambio tiene lugar a finales de 1956. En efecto, en esa época se distribuyen volantes que anuncian la existencia de una Voz de Argelia Libre. Se precisan las longitudes de onda y el horario de las tranmisiones. Esta voz "que habla desde los *djebels*", sin localización geográfica precisa, pero que lleva a toda Argelia el grandioso mensaje de la Revolución, adquiere de golpe

un valor esencial. En menos de veinte días se agota la existencia de radiorreceptores. En los *souks*, aparece el comercio de radiorreceptores usados. Los argelinos, aprendices de los especialistas europeos en radio, abren pequeños talleres. Más aún: los comerciantes deben satisfacer necesidades especiales. La falta de energía eléctrica en regiones inmensas de Argelia, plantea al consumidor una serie de problemas. Así, a partir de 1956 los radios de pilas son los más solicitados en el territorio argelino, y en pocas semanas se venden a los argelinos varios miles de aparatos; personales unos, aparatos adquiridos por las familias, por grupos de casas, de *douars*, de *mechtas*.

Desde 1956, la adquisición de un radiorreceptor en Argelia no significa la adhesión a una técnica moderna de información, sino el único medio de entrar en contacto con la Revolución, de vivir con ella. En el caso particular del aparato de pilas, forma mejorada y más moderna del aparato que funciona a base de electricidad, el especialista de las transformaciones técnicas en los países subdesarrollados podría ver el signo de un cambio radical. En efecto, el argelino da la impresión de que salta una etapa y llega de golpe a las formas más modernas de la información.[2]

En realidad, hemos visto que dicho "progreso" se explica por la falta de electricidad en el campo argelino.

Las autoridades francesas no comprendieron de inmediato la importancia excepcional de este cambio del pueblo en relación con los radiorreceptores. Las antiguas pugnas intrafamiliares se hicieron añicos y pudimos ver en un *douar* a grupos de familias en los cuales los padres, las madres, las hijas, observaban codo con codo el cuadrante de la radio en espera de la *Voz de Argelia*. De pronto, la familia argelina es indiferente a su antiguo pudor, a la antigua sociabilidad esterilizante y desprovista de fraternidad, y descubre que es inmune al humor atrevido o a las frases amorosas que el locutor pronuncia aquí y allá.

El instrumento técnico, el aparato de radio, pierde casi mágica-

[2] En el aspecto de las comunicaciones militares, también podría comprobarse la misma cosa. El "sistema de enlaces y telecomunicaciones" del Ejército de Liberación Nacional ha alcanzado en menos de 15 meses el nivel de los mejores dispositivos de un ejército moderno.

mente —aunque hemos visto la progresión armónica y dialéctica de las nuevas necesidades nacionales— su carácter de objeto del enemigo. El radiorreceptor deja de formar parte del arsenal de opresión cultural del ocupante. Al convertirse la radio en un medio singular de resistencia frente a las presiones psicológicas y militares cada vez más grandes del ocupante, la sociedad argelina, por un movimiento autónomo interno, decide adueñarse de la nueva técnica e incorporarse así a los nuevos sistemas de comunicación puestos al día por la Revolución.

La *Voz de Argelia Combatiente* tendrá una importancia capital como medio de cohesión y penetración entre las masas del pueblo. Veremos que el empleo de las lenguas árabe, *kabylia* y francesa, manifestación de una actitud no racista, como hubo de admitirlo el propio colonialismo, ha tenido la ventaja de desarrollar y reforzar la unidad del pueblo, de dotar de existencia para el combate al Djurdjura, al servicio de los argelinos patriotas de Batna o de Nemours. Los hechos aislados y fragmentarios que mencionan los corresponsales de los diarios más o menos ligados al dominio colonial, a que se refieren las autoridades militares enemigas, pierden su carácter anárquico y se organizan en un pensamiento político nacional y argelino, hallan su lugar en una estrategia global para la reconquista de la soberanía popular. Los hechos aislados se insertan en una vasta epopeya; los *kabileños* ya no son "los de la montaña", sino hermanos que, con Ouamrane y Krim, hostilizan de continuo a las tropas enemigas.

Tener un aparato de radio significa pagar impuestos a la nación, comprar el derecho de participar en ese pueblo unido por la lucha.

Sin embargo, las autoridades francesas comienzan a percibir la importancia del progreso popular en la técnica de la información. Después de algunos meses de vacilación, se dictan las primeras medidas legales. Se prohibe la venta de aparatos de radio a quienes no poseen un bono distribuido por los servicios militares o policíacos de seguridad. Se prohibe absolutamente la venta de aparatos de pilas y las pilas de repuesto son prácticamente retiradas del mercado. Los comerciantes argelinos aprovechan la oportunidad, multiplicando las violaciones a la ley, de demostrar su patriotismo asegurando con una regularidad extraordinaria el aprovisionamiento de pilas de repuesto.[3]

El argelino que desea vivir al mismo nivel que la Revolución tiene al fin la oportunidad de escuchar una voz oficial, la de los combatientes, explicándole el combate, narrándole la historia de la Liberación en marcha, incorporándolo al nuevo aliento de la Nación.

Aquí encontramos un fenómeno lo bastante original como para que fijemos en él nuestra atención. Los servicios franceses, tecnificados al extremo y enriquecidos por la experiencia de las guerras modernas, hábiles en la práctica de la "guerra de las ondas", no tardaron en localizar las longitudes de onda de la estación transmisora. Desde ese momento, los programas fueron interferidos sistemáticamente y la *Voz de Argelia Combatiente* llegó a ser prácticamente inaudible. Había nacido una nueva forma de lucha. Los volantes aconsejaban a los argelinos escuchar la radio durante dos o tres horas al día. Durante una misma emisión, otra estación, transmitiendo en otra longitud de onda, sustituía al primer transmisor interferido. El auditorio se había incorporado a la batalla de las ondas, adivinaba la táctica del enemigo, y casi de manera física, muscular, neutralizaba la estrategia del adversario. Con frecuencia, únicamente una persona, con el oído pegado al aparato, tenía la suerte excepcional de escuchar la *Voz*. Los otros argelinos presentes en la sala recibían el eco de esta voz y a través del susurro del intérprete privilegiado que, apenas finalizaba la transmisión, se veía literalmente asediado. Se formulaban preguntas precisas a esta voz encarnada. Los asistentes pedían información sobre tal o cual batalla que había comentado la prensa francesa en las últimas 24 horas y el intérprete, apenado y sintiéndose culpable, confesaba que la *Voz* no la había mencionado.

Sin embargo, después de un intercambio de opiniones y de común acuerdo, los asistentes decidían que la *Voz* se había referido expresamente a esos hechos, pero que el intérprete no había comprendido la información. Comenzaba entonces un verdadero tra-

[3] Evidentemene, el arribo a Argelia, por conductos regulares, de nuevos aparatos y nuevas pilas, fue cada vez más difícil. Después de 1957, el envío se hace a través de las guerrillas, desde Túnez y Marruecos. La introducción regular de los medios adecuados para establecer contacto con la voz oficial de la Revolución, fue algo tan importante para el pueblo como la introducción de armas o municiones para el Ejército Nacional.

bajo de elaboración. Todo el mundo colaboraba y las batallas de ayer y anteayer se reconstruían según el deseo profundo y la creencia indestructible del grupo. El auditorio completaba el carácter fragmentario de las noticias mediante una creación autónoma de la información.

Escuchar la *Voz de Argelia Combatiente,* no significa escuchar una opinión distinta, sino expresar la necesidad interior de unirse a la nación en lucha, de construir y asumir el nuevo orden nacional, de escuchar y repetir la grandiosa epopeya de las elevadas montañas rocosas y de los *djebels.* Cada mañana, el argelino da parte de lo obtenido en sus horas de radioescucha. Cada mañana, hablando con su vecino o su camarada, completa las informaciones fragmentarias de la *Voz* y responde a las noticias tendenciosas difundidas por la prensa enemiga. A las afirmaciones oficiales del ocupante, a los boletines alarmistas del adversario, opone las informaciones proclamadas oficialmente por el Comando de la Revolución.

En ocasiones, el militante pone en circulación un supuesto punto de vista de la dirección política. Cuando el silencio prolongado sobre tal o cual hecho pudiera ser angustioso y peligroso para la unidad del pueblo, la comunidad nacional descubre en las emisiones fragmentos de frases a las que confiere un significado determinante. Poco clara y cubierta por un ruido incesante, obligada a cambiar de onda dos o tres veces durante una misma emisión, *La Voz de Argelia Combatiente* casi nunca se oye de manera continua. Es una voz entrecortada, rota. De una ciudad a otra y de uno a otro barrio, la *Voz de Argelia* dice cosas nuevas, relata batallas gloriosas y describe fulgurantemente el derrumbe de la potencia colonial. El enemigo pierde consistencia y, al nivel de la conciencia del ocupado, sufre una serie de caídas esenciales. Esta *Voz de Argelia,* que, durante varios meses vivirá prisionera entre las redes de la interferencia enemiga, esta *Palabra,* aunque a veces inaudible, alimenta la fe del ciudadano en la Revolución.

Esta *Voz* presente y real, comparada con la fuerza de las ondas de interferencia emitidas por las estaciones especializadas del enemigo, adquiere cada vez más peso. La amplitud del sabotaje enemigo subraya la realidad y la intensidad de la expresión nacional.

La *Palabra* de Argelia en lucha y la *Voz* de cada argelino; el carácter casi fantasmagórico de la radio de los *Moudjahidines* confieren al combate cualidades máximas de presencia viva.

En estas condiciones, decir que se ha escuchado la *Voz de Argelia* significa, en cierto sentido, alterar la verdad, pero sobre todo es la oportunidad de proclamar la participación clandestina de cada argelino en la esencia de la Revolución. Es llevar a cabo una opción deliberada, aun cuando no explícita en los primeros meses, entre la mentira congénita del enemigo y la propia mentira del colonizado, que de pronto adquiere un significado de verdad.

Esta voz, al mismo tiempo ausente y físicamente inaudible, que cada uno ve surgir dentro de sí mismo, se funda en una percepción interior de la Patria y se materializa de manera irrecusable. Cada argelino repite y transmite el nuevo lenguaje. La manera de vivir de esta voz recuerda en más de un sentido la vida de la Revolución: atmosféricamente presente en fragmentos aislados, aunque sin una plena actualidad objetiva.[1]

El aparato de radio es la mejor garantía de esta mentira-verdad. Todas las noches, de las 21 a las 24 horas, el argelino escucha. Hacia el final de la noche, cuando no logra sintonizar la *Voz,* sintoniza el aparato en una longitud llena de interferencias o de ruidos parásitos y decreta que ahí se encuentra la voz de los combatientes. Durante una hora la sala es invadida por el ruido lacerante y penoso de las interferencias. Detrás de cada modulación, de cada rumor activo, el argelino adivina no sólo palabras sino batallas concretas. La guerra de las ondas, en el *gourbi,* significa para el ciudadano la confrontación apasionada de su pueblo y del colonialismo. Por regla general la victoria es de la *Voz de Argelia.* Las estaciones enemigas, una vez terminada la emisión, abandonan su trabajo de sabotaje. La música militar de Argelia en guerra que cierra las emisiones, puede entonces libremente satisfacer los sen-

[1] En el mismo orden de ideas, debemos señalar la experiencia de la audición en Kabylia. Agrupados por decenas e incluso por centenas en torno a un radiorreceptor, los campesinos escuchan religiosamente "La Voz de los Arabes". Muy pocos son los que comprenden el árabe literario utilizado en estas emisiones. Pero el rostro es grave y la expresión se endurece cuando la palabra "Istiqlal" (Independencia) irrumpe en el "gourbi". Una voz árabe que, cuatro veces por hora, martillea "Istiqlal" es suficiente a ese nivel del apasionamiento de la conciencia para cultivar la fe en la victoria.

timientos y la razón de los fieles. Esas notas de bronce, que recompensan tres horas de esperanza cotidiana, han jugado durante meses un papel fundamental en la formación y consolidación de la conciencia nacional argelina.

En el aspecto psicopatológico es importante evocar algunos fenómenos que se manifestaron en relación con la radio y con motivo de la guerra de Liberación. Antes de 1954, las monografías sobre los argelinos alucinados registran constantemente en la llamada fase de actividad exterior, voces radiofónicas fuertemente agresivas y hostiles. Esas voces metálicas, hirientes, injuriosas y desagradables tienen para el argelino un carácter acusador e inquisitorial. La radio, que significa al nivel de lo normal una modalidad de la ocupación, un tipo de invasión violenta del opresor, reviste en el dominio de lo patológico significados altamente enajenantes. La radio, además de los elementos mágicos de tipo irracional que posee en la mayoría de las sociedades homogéneas, es decir, ahí donde está ausente toda forma de opresión extranjera, asume en Argelia un valor particular. Hemos visto que la voz que se escucha no es indiferente ni neutra: es la voz del opresor, la voz del enemigo. La palabra no se recibe, ni se descifra, ni se comprende, sino que se rechaza. Jamás entra en juego la comunicación; ésta es imposible ya que la apertura de sí mismo frente al otro es algo que está orgánicamente excluido de la situación colonial. Antes de 1954, la radio es, en el dominio de lo psicopatológico, un objeto pecaminoso, extraño y maldito.

A partir de 1954, la radio cobra un significado totalmente nuevo. La radio, el aparato receptor pierde su coeficiente de hostilidad, se despoja de su carácter extraño y se organiza en el orden coherente de la nación en lucha. En las psicosis alucinatorias, después de 1956, las voces radiofónicas se convierten en protectoras y cómplices. Los insultos y las acusaciones desaparecen y ceden su lugar a las palabras de estímulo y aliento. La técnica extranjera, "digerida" con motivo de la lucha nacional, se ha convertido en un instrumento de combate para el pueblo y en un órgano protector contra la angustia.[5]

[5] La aparición de temas morbosos de protección, y su importancia como técnicas de autodefensa e inclusive de autocuración en el desarrollo histórico de las enfermedades mentales, ha sido ya estudiada por la psiquiatría clásica. Prisionero de esas "voces" acusadoras, el alucinado no tiene otro recurso que crear voces amigas. Será necesario entonces encontrar el mecanismo de transformación en su contrario, tal como lo señalamos en la situación colonial en proceso de descomposición.

Igualmente en el aspecto de la comunicación debemos señalar que la lengua francesa adquiere valores inéditos. En efecto, la lengua francesa, lengua de ocupación, vehículo del poder opresivo, parecía condenada a juzgar preyorativamente al argelino por toda la eternidad. Cualquier expresión francesa en relación con los argelinos encerraba un contenido humillante. Todas las palabras francesas que escuchábamos eran órdenes, amenazas o insultos. El encuentro entre el argelino y el europeo se definía por una de esas tres esferas. La difusión en francés de las emisiones de *Argelia Combatiente* liberará a la lengua enemiga de su connotación histórica. El mismo mensaje transmitido en tres lenguas diferentes, unifica la experiencia y le confiere una dimensión universal. La lengua francesa pierde su carácter maldito y revela su capacidad para transmitir también, dirigidos a la nación, los mensajes de verdad que ésta espera. Por paradójico que pueda parecer, la Revolución argelina, la lucha del pueblo argelino facilita la difusión de la lengua francesa en la comunidad nacional.

En el aspecto psicopatológico, las expresiones en francés pierden su carácter automático de insulto y maldición. Los alucinados argelinos que escuchan voces francesas, se expresan cada vez menos agresivamente. Al final, no es extraño presenciar alucinaciones en la lengua del ocupante que tienen un carácter amistoso de sostén, de protección.[6]

Tampoco las autoridades coloniales han medido la importancia de la nueva actitud del argelino frente a la lengua francesa. Expresarse en francés, comprender el francés, ya no se asimila a una traición o a una identificación empobrecedora con el ocupante. Utilizado por la *Voz de los Combatientes*, que transmite emotivamente el mensaje de la Revolución, el idioma francés se convierte también en un instrumento de liberación. Mientras en el campo de la psicopatología, por ejemplo en un delirio, cualquier voz francesa expresa el rechazo, la condena y el oprobio, vemos apare-

[6] No se trata aquí de algo ambivalente, sino de una mutación, de un cambio radical de valores; no de un equilibrio, sino de una transformación dialéctica.

cer con la lucha de liberación un proceso capital de exorcismo del idioma francés. Asistimos a la casi recuperación por el "indígena" de la lengua del ocupante.[7]

Los franceses percibieron este fenómeno después del *Congreso de Soummam*, en agosto de 1956. Recordemos que en esta ocasión, los responsables políticos y militares de la Revolución se reunieron en el valle de Soummam, precisamente en el sector del Comandante Amirouche, para sentar las bases doctrinales de la lucha e integrar el *Consejo Nacional de la Revolución Argelina* (CNRA). El hecho de que los trabajos se desarrollaran en francés reveló de pronto a las fuerzas de ocupación que la negativa tradicional del argelino a utilizar el francés en el marco del sistema colonial, podía ya no existir, desde el instante mismo en que una confrontación decisiva enfrentaba la voluntad de independencia nacional del pueblo con el poder dominante.

Las autoridades francesas se desconcertaron singularmente por ese fenómeno. De pronto vieron en ello la prueba, repetida muchas veces, de la incapacidad de la lengua árabe para manejar las categorías conceptuales de una guerra revolucionaria moderna. Al mismo tiempo, las decisiones tomadas en el sistema lingüístico del ocupante orillaron a éste a tomar conciencia del carácter relativo de sus propios símbolos y provocaron la confusión y el desorden en sus dispositivos de defensa. Entre las directivas emanadas de la 10a. Región Militar de Argel y la del Comando de la zona de Ain Bessem, se estableció un circuito de complicidad, una suerte de prolongación de los símbolos cifrados. Los dos tipos de realidad se actualizan por la adopción de un único sistema lingüístico.

Por su parte, los partidarios de la integración vieron en este fenómeno una nueva oportunidad de afirmar que "Argelia es francesa", haciendo de la lengua del ocupante el único medio práctico de comunicación al servicio de los kabileños, de los árabes, de los chaouias, de los mozabites, etc. En el aspecto idiomático, esta

[7] Inversamente, la "Voz de Argelia" se escucha como la condena a muerte de ciertos argelinos colaboradores. Dominados por depresiones graves, tales hombres que frecuentemente pertenecen a los servicios de policía, son atacados, insultados, condenados por la radio de los "rebeldes". Asimismo algunos europeos que presentan síntomas de agitación ansiosa, perciben muy claramente amenazas o condenas en lengua árabe. Tales fenómenos eran prácticamente desconocidos antes de 1954.

tesis repite la doctrina del colonialismo: la intervención extranjera ordena la anarquía original del país colonizado. En esas condiciones, se atribuye a la lengua francesa, a la lengua del ocupante, una función de *Logos*, con implicaciones ontológicas en el seno de la sociedad argelina.

En todo caso, utilizar la lengua francesa significa a la vez domesticar un atributo del ocupante y mostrarse permeable a los signos, a los símbolos, en fin, a un cierto orden del ocupante. Los franceses no han estudiado nunca con suficiente seriedad este nuevo comportamiento del argelino frente a su lengua. Antes de 1954, la mayor parte de los trabajos de los Congresos de los Partidos nacionalistas se desarrollaron en lengua árabe. De manera más precisa, los militantes de la Kabylia o de Aurés aprendieron el árabe con motivo de sus actividades nacionalistas. Antes de 1954, hablar árabe y rechazar el francés como lengua y como modalidad de opresión cultural, es una forma privilegiada y cotidiana de singularización, de existencia nacional. Antes de 1954, los partidos nacionalistas alentaban la esperanza de los militantes y pugnaban por la formación de la conciencia política del pueblo examinando una a una las distintas modalidades y atributos de la nación ocupada. La lengua árabe era entonces el tipo de existencia, el medio más real que tenía para manifestarse el ser de la nación.[8]

En agosto de 1956, la realidad del combate y la desorientación del ocupante, despojan a la lengua árabe de su carácter sagrado y a la lengua francesa de su categoría maldita. El nuevo lenguaje de la nación está listo para expresar a través de múltiples canales significativos.

El aparato de radio como técnica de información, y la lengua francesa como fundamento de toda posible comunicación, se incorporan casi simultáneamente a la nación en lucha.

Hemos visto que con la creación de la *Voz de Argelia Combatiente*, los aparatos de radio se multiplican en proporciones extraordinarias. Antes de 1954, el aparato receptor, la técnica radio-

[8] Al mismo tiempo, la dirección política decide la destrucción de la Radio Francesa en Argelia. La existencia de una voz nacional lleva a los responsables a proponerse el silencio de Radio-Argel. La explosión de bombas de tiempo causa algunos daños importantes en las instalaciones técnicas, pero muy pronto las emisiones se reanudan.

fónica de comunicación del pensamiento a distancia, no es en Argelia sólo un objeto neutro; como correa de transmisión del poder colonialista, como medio de que dispone el ocupante para impregnar físicamente a la nación, el aparato receptor es investido por el pueblo de múltiples connotaciones peyorativas. Antes de 1954, encender la radio significaba conceder asilo a la palabra del ocupante, permitir que el lenguaje del colonizador se infiltrara en el corazón mismo del hogar, último de los bastiones supremos del espíritu nacional. Antes de 1954, el radiorreceptor en un hogar argelino era el síntoma de un proceso de europeización, de una disponibilidad. Significaba la apertura conciente a la influencia del dominador, a su opresión. Era la decisión de *otorgar una voz al ocupante*. Tener un radiorreceptor, significaba aceptar el asedio del colonizador en la intimidad misma del colonizado. Era manifestar que se había elegido la coexistencia en el cuadro colonial: significaba, sin lugar a dudas, entregar las armas al ocupante.

Hemos recordado las razones en que el pueblo fundaba sus reticencias frente a la radio. El propósito de mantener intactas las formas tradicionales de sociabilidad y la jerarquía de la familia, fue entonces la principal justificación.

"Nunca se sabe qué tipo de programa se va a escuchar", "en la radio se dice cualquier cosa"; otras veces se maneja hasta un argumento religioso sin apelación: "es una radio de infieles". Ya hemos visto que estas racionalizaciones sólo son mecanismos artificiales para justificar el rechazo de la presencia del ocupante.

Con la creación de la *Voz de Argelia Combatiente*, el argelino tiene la obligación vital de escuchar el mensaje, de asimilarlo y asumirlo. Comprar un aparato de radio, arrodillarse con los oídos pegados al cuadrante, no significa desear un mayor número de informaciones; al nivel de la experiencia formidable que tiene lugar en el país, significa *escuchar* las primeras palabras de la Nación.

Ya que la nueva Argelia en marcha se ha decidido a expresarse y a hablar, el aparato de radio es algo indispensable. Permite a la *Voz* echar raíces en las ciudades y en los campos. La posesión de un aparato de radio equivale a una solemne *declaración de guerra*. Con ayuda de la radio, instrumento técnico cancelado antes de

1954, el pueblo argelino decide impulsar a la Revolución. Y al escuchar a la Revolución, el argelino existe con ella y la hace existir.

El recuerdo de las *radios libres* que nacieron durante la 2a. Guerra Mundial, estimuló la aparición del ejemplo argelino con sus rasgos específicos. Los pueblos polaco, belga y francés conservaron bajo la ocupación alemana y a través de las emisiones difundidas desde Londres, el contacto con una cierta imagen de su nación. La esperanza y el espíritu de la resistencia al invasor, fueron alimentados y cultivados cotidianamente. Escuchar la voz de la Francia libre significaba inmediatamente un modo de existencia nacional, una forma de combate. Muchas veces se ha recordado la participación ferviente y casi mística del pueblo francés en los mensajes de la voz de Londres, y no es necesario insistir en ello. En Francia, de 1940 a 1944, era un privilegio esencial escuchar la voz de la Francia Libre. La audición radiofónica, como comportamiento humano, no era nueva. En realidad, la voz de Londres se insertó en la vasta red de estaciones transmisoras que existían ya para los franceses desde antes de la guerra. Sin embargo, aparece una figura nueva del comportamiento global e instrumental del radioescucha, la de la Francia ocupada que recibe el mensaje de esperanza de la *Francia libre*. En Argelia, el fenómeno reviste características particulares. En primer lugar, el instrumento queda libre de su cortejo tradicional de restricciones y prohibiciones. El instrumento adquiere progresivamente no sólo una categoría neutral, sino un coeficiente positivo.

En determinado momento, en Argelia es idéntico aceptar la técnica radiofónica, comprar un radiorreceptor y vivir la Nación en lucha. El frenesí con el cual el pueblo agota las existencias de aparatos de radio, da una idea bastante exacta de su deseo de tomar parte en el diálogo que, a partir de 1955, se instaura entre el guerrillero y la nación.

En la sociedad colonial, Radio-Argel no es una voz entre otras. *Es la voz del ocupante*. Escuchar Radio-Argel equivale a aceptar el dominio del ocupante, manifestar el deseo de sumarse a la opresión. Significa dar la razón al enemigo. Encender la radio quiere decir justificar la fórmula: "Aquí Argel, radiodifusión francesa."

La adquisición de un receptor incorpora al colonizado al sistema del enemigo y prepara la expulsión de la esperanza que todavía anida en su corazón.

Por el contrario, la existencia de la *Voz de Argelia Combatiente* modifica profundamente los elementos del problema. Cada argelino, en efecto, se siente partícipe y desea convertirse en un elemento amplificador de la gran red de significaciones que han nacido con el combate liberador. La guerra, fuente de acontecimientos cotidianos de tipo militar y político, se comenta ampliamente en los programas de información de las emisoras extranjeras. Sobresale en primer lugar la voz de los *djebels*. Hemos visto que el carácter fantasmagórico e inaudible de la voz no altera en nada *su realidad como presencia y su poder*. Radio-Argel, la radiodifusión francesa en Argelia, pierde sus atributos de soberanía.

Ha sido superado el tiempo en que encender un receptor significaba una invitación ofrecida al enemigo. Para el argelino, la radio, como técnica, ha cambiado. El receptor ya no se relaciona directa y únicamente con la voz del ocupante. A derecha y a izquierda de la banda emisora de Radio-Argel, en longitudes de onda diferentes y múltiples pueden encontrarse emisoras en las que es fácil descubrir a los amigos, a los cómplices del enemigo, a los neutrales. En estas condiciones, poseer un aparato de radio no significa estar a disposición del ocupante, ni darle voz, ni mantenerse en la ambigüedad. Por el contrario, en el plano estricto de la información significa manifestar el deseo de ampliar las distancias. de escuchar otras voces, de abrirse a otras perspectivas. Durante la lucha de Liberación, gracias a la creación de una *Voz de Argelia Combatiente*, el argelino experimenta y descubre en forma concreta la existencia de otras voces, que contrastan con su antiguo silencio y con la voz desmesuradamente amplificada del dominador. El viejo monólogo de la situación colonial, roto ya por la existencia de la lucha, desaparece totalmente a partir de 1956. La *Voz de Argelia Combatiente*, y todas las otras voces que capta el receptor, revelan ahora al argelino la fragilidad, el relativismo, la impostura de la voz francesa que hasta hoy se había postulado como única. La voz del ocupante se desacraliza.

La *Palabra* de la Nación, el *Verbo* de la Nación, ordenan al mundo y lo renuevan.

Antes de 1954, la sociedad autóctona global rechaza a los aparatos de radio, se cierra a la evolución técnica de los métodos de información. La sociedad argelina en su conjunto no acepta la radiodifusión. No hay una posible actitud conciliadora frente a la importación organizada por el ocupante. En la situación colonial, el receptor no responde a ninguna necesidad del pueblo argelino.[9] Por el contrario, la radio, según hemos señalado, es vista como un medio que tiene el enemigo para continuar, sin gestos espectaculares, su trabajo de despersonalización.

La lucha nacional, la creación de *Radio-Argelia Libre*, provocan en el seno del pueblo un cambio fundamental. La radio penetra por la fuerza y no por aproximaciones sucesivas. No hay una acumulación local de radioescuchas y una adición progresiva de las regiones integradas poco a poco. En verdad, asistimos a una profunda transformación de los medios de percepción, del mundo mismo de la percepción. En Argelia, a decir verdad, no existió jamás, en relación con la radio, una conducta receptiva, de adhesión y aceptación. En tanto que proceso mental, asistimos después de 1956 a una *casi invención de la técnica*.

La *Voz de Argelia*, creada de la nada, funda la existencia de la Nación y confiere a cada ciudadano un nuevo estatuto, *manifestándoselo explícitamente*.

A partir de 1957, las tropas francesas acostumbran, durante las *razzias*, confiscar los radiorreceptores. Al mismo tiempo, prohiben captar determinadas emisiones. Hoy, las cosas han evolucionado. La *Voz de Argelia Combatiente* ha proliferado. Desde Túnez, Damasco, El Cairo, Rabat, se difunden programas para el pueblo. Los propios argelinos organizan estos programas. Los servicios franceses ya no pueden interferir tantas emisiones poderosas. El argelino tiene la oportunidad de escuchar a diario cinco o seis

[9] En este orden de ideas, debemos señalar la actitud de las autoridades francesas en la Argelia de hoy. Sabemos que la televisión existe en Argelia desde hace algunos años. Antes, un comentario bilingüe simultáneo acompañaba las emisiones. Desde hace algún tiempo, se ha suspendido el comentario árabe. Este fenómeno demuestra una vez más que Radio-Argel responde perfectamente a la fórmula: "Los franceses hablan a los franceses."

emisiones diferentes, en árabe o francés, en las que puede seguir paso a paso el desarrollo victorioso de la Revolución. En el aspecto de la información hemos visto manifestarse una desvalorización de la palabra del ocupante. Después de haber impuesto la voz nacional, frente al monólogo del dominador, el receptor capta las señales difundidas en todos los rincones del mundo. La *Semana de Solidaridad* con Argelia, organizada por el pueblo chino, o las resoluciones del Congreso de los pueblos africanos sobre la guerra de Argelia, incorpora al *fellah* a la inmensa ola que barre con las tiranías.

Integrada en esas condiciones a la vida de la Nación, la radio tendrá, en la fase de construcción del país, una importancia excepcional. En Argelia, después de la guerra será imposible la inadecuación entre el pueblo y la voz que lo expresa. A la pedagogía revolucionaria de la lucha de Liberación, debe seguir normalmente una pedagogía revolucionaria de construcción de la Nación. Es fácil ver entonces la utilización fecunda que puede hacerse de este instrumento que es el aparato de radio. Argelia ha vivido una experiencia privilegiada. Durante muchos años, la radio ha sido para muchos uno de los medios de oponerse a la ocupación y de creer en la Liberación. La identificación de la voz de la Revolución con la verdad fundamental de la Nación, ha abierto horizontes ilimitados.

III. LA FAMILIA ARGELINA

Hemos visto que con el compromiso revolucionario y la instrumentalización del velo se insinúa la transformación de la mujer argelina. Es fácil comprender que este cambio no ha podido realizarse con independencia de los otros sectores de la vida privada argelina.

El desarrollo de la lucha de Liberación nacional, el carácter progresivamente total de la represión que causa graves traumatismos al grupo familiar: un padre secuestrado en la calle en compañía de sus hijos, desnudado al mismo tiempo que ellos y torturado bajo sus ojos; fraternidad viva y aguda de hombres con las espaldas desnudas, flageladas y ensangrentadas; esposos detenidos, internados, encarcelados; en esta situación, las mujeres deben encontrar los medios de impedir que los niños mueran de hambre. Volveremos sobre este aspecto particular y muy importante del conflicto argelino. Aquí, desearíamos seguir la evolución de la familia argelina, su mutación, los grandes cambios verificados en ella con motivo y a lo largo de la guerra de Liberación.

Opinamos que el punto más importante de esta modificación consiste en que la familia, homogénea y casi monolítica, se rompe. Cada miembro de la familia gana en personalidad lo que pierde como parte de un mundo de valores más o menos confusos. Los individuos singulares están obligados a decidir y a optar. El comportamiento tradicional y fuertemente estructurado que desemboca en verdades estereotipadas, se revela de pronto ineficaz y es abandonado. En efecto, la tradición no es únicamente un conjunto de gestos automáticos, un grupo de creencias arcaicas. Al nivel más elemental hay valores y exigencias de justificación. El padre interrogado por el hijo explica, comenta, justifica.

Es importante mencionar que el padre colonizado, en el momento de la lucha de Liberación, da a sus hijos la impresión de estar indeciso, de evitar los compromisos e incluso de asumir conductas de fuga e irresponsabilidad. Esta experiencia, que es terrible para el niño cuando tiene como único orden la constelación familiar,

pierde entonces su carácter nocivo. En efecto, la misma experiencia se desarrolla a escala nacional y se integra a la gran conmoción capaz de fundar el mundo nuevo que nace a todo lo ancho del territorio.

Antes de 1954, la existencia de partidos nacionalistas había ya introducido matices en la vida privada del autóctono. Los partidos nacionalistas, la acción política parlamentaria, la difusión de consignas separatistas respecto a Francia, habían ya hecho nacer ciertas contradicciones en el seno de la familia. Tales posiciones rompen con la resistencia inerte de la sociedad colonizada y la orillan a la acción. A la inmovilidad tensa de la sociedad dominada, los partidos nacionalistas oponen la toma de conciencia, el movimiento y la creación. El pueblo, en su conjunto, da la razón a esos partidos, pero mantiene el recuerdo vivo de la ferocidad legendaria de los militares y los policías franceses. Algunos testigos de la invasión colonial, que todavía vivían hace 30 o 40 años, contaron muchas veces las escenas de la conquista. En vastas regiones de Argelia se han conservado los relatos de las matanzas y los incendios. El conquistador se instaló con tanta fuerza y multiplicó hasta tal punto los centros de colonización, que dio lugar a cierta pasividad buscada por el colonialismo y que progresivamente se convirtió en desesperación. Antes de 1954, el hijo que adopta una posición nacionalista jamás lo hizo, a decir verdad, contra la opinión del padre, pero su actividad de militante no modifica en nada su conducta de hijo en el cuadro de la familia argelina. Las relaciones que se fundan en el respeto absoluto al padre y en el principio de que la verdad es, en primer lugar, propiedad indiscutible de los viejos, no se alteran. El pudor, la vergüenza, el miedo de mirar al padre y de hablar en voz alta en su presencia, permanecen intactos, también, en el militante nacionalista. La ausencia de una acción revolucionaria propiamente dicha, mantiene a la personalidad dentro de sus esquemas habituales.

Durante mucho tiempo, la acción política en un país colonizado es una acción legal que se desenvuelve en el plano parlamentario. A partir de un determinado período, cuando las vías oficiales y pacíficas se agotan, el militante endurece sus posiciones. El partido político pasa a la acción directa y los problemas que se plantean

a los jóvenes son problemas de vida o muerte para la patria. Correlativamente, su actitud frente al padre y los otros miembros de la familia se despoja de todo lo que parece inútil y estéril para la situación revolucionaria. Nace una nueva personalidad, el individuo gana en autonomía y se convierte en creador de valores. La vieja dependencia infantil al padre se funde bajo el sol de la Revolución. En Argelia, después de Sétif y de otros combates que libran los partidos nacionalistas durante la posguerra, las posiciones se precisan y la madurez política del pueblo logra progresos importantes.

El 1o. de noviembre de 1954, la Revolución vuelve a plantear todos los problemas: los del colonialismo, pero también los de la sociedad colonizada. *La sociedad colonizada percibe que para llevar a buen término la obra gigantesca a la que se ha lanzado, para vencer al colonialismo e integrar la Nación argelina, debe realizar un inmenso esfuerzo sobre ella misma, poner en tensión todas sus articulaciones, renovar su sangre y su alma.* El pueblo comprende, a lo largo de los múltiples episodios de la guerra, que si desea dar a luz un mundo nuevo, debe reconstruir de principio a fin una nueva sociedad argelina. Para realizar sus aspiraciones el argelino debe adaptarse velozmente a los nuevos valores. Por primera vez, la verdad escapa a sus depositarios tradicionales y se pone al alcance de cualquiera que la busque. El grupo, que en otro tiempo esperaba que el padre descifrara los valores, inicia en orden disperso una búsqueda individual.

Frente al nuevo sistema de valores creado por la Revolución, cada argelino está obligado a definirse, a tomar posición y a elegir.

El hijo y el padre

En el momento en que se invita al pueblo a adoptar formas radicales de lucha, la familia argelina está aún fuertemente estructurada. Sin embargo, en el plano de la conciencia nacional, el padre acusa un retardo enorme con respecto al hijo. Desde hace tiempo, contra el parecer de los padres, ha nacido un mundo nuevo que se desarrolla con especial rapidez. Es verdad: con ante-

rioridad el padre había escuchado, de paso y confusamente, algunos fragmentos de frases, algunas expresiones aceradas, pero jamás la decisión de combatir al ocupante con las armas en la mano. Sin embargo, no hay un solo argelino que no se haya planteado el problema del enfrentamiento necesario a la opresión. Cuando menos una vez en su vida, todos los argelinos, en una reunión o simplemente en una discusión, han manifestado su deseo de que el colonialismo sea derrotado. En el mercado, en el café, en las ceremonias religiosas, en las fiestas tradicionales, llega siempre el momento en que el argelino se confabula contra el ocupante. Sin embargo, estas manifestaciones se parecen a los lamentos desesperados de los humillados de todos los países del mundo. La profundidad que tienen las raíces de la sociedad colonial; su frenesí por transformarse en algo necesario; la miseria sobre la que se levanta, tiñen a la vida con ese famoso color de resignación que los especialistas de los países subdesarrollados llaman *fatalismo*.

En la atmósfera de esta maldición estallan las primeras salvas de noviembre de 1954. Frente a la Revolución que, brutalmente, corta al mundo en dos, el padre se siente desarmado y un poco inquieto. Su inquietud se transforma en angustia en presencia del hijo que está preocupado, tenso. Se esparce una atmósfera trágica, dura... Ahí están los policías franceses que vigilan, y toda la ciudad europea que dirige su inmenso odio contra el barrio argelino. Con frecuencia los padres reaccionan a la manera tradicional. Repiten las opiniones anteriores a 1954, así como el cortejo habitual de consejos prudentes. También se escuchan expresiones derrotistas: "Permaneced tranquilos, los franceses son demasiado fuertes; no lo lograréis nunca." El hijo esquiva la discusión, evita las respuestas y la oposición entre el mundo nuevo que construye y el universo de espera y resignación infinita del padre. Algunas veces el padre exige al hijo que permanezca tranquilo, que abandone la lucha, que regrese a la familia y se consagre a los suyos. A los solteros se les habla de matrimonio y a los casados se les recuerdan sus deberes. El antagonismo es demasiado grave. En realidad, se obliga al joven argelino a defender su posición y a justificar frente al padre su propia conducta. En esta situación, se condena y rechaza con firmeza la prudencia del padre, *pero no*

hay un rechazo y una expulsión del padre. Por el contrario, asistimos al inicio de un trabajo de conversión de la familia. El militante ocupa el lugar del hijo e inicia el adoctrinamiento del padre. Sin embargo, no son las palabras del hijo las que lo convencen, sino sobre todo la amplitud del consenso popular, las informaciones que se reciben sobre la represión. La vieja seguridad paterna, ya minada, se derrumba definitivamente. El padre no sabe cómo mantener el equilibrio: descubre entonces que la única manera de permanecer erguido consiste en unirse al hijo. Durante este período el padre entierra los antiguos valores y se sitúa a remolque de los jóvenes. Jacques Lanzmann, en su última obra, *¡Viva Castro!*, percibe el mismo fenómeno en la sociedad cubana durante la Revolución fidelista.

"... Desde siempre, en nuestro país, se creía verdaderamente que el padre debía enseñar y transmitir sus experiencias al hijo. Esta experiencia, señor, era el hilo que unía a los miembros de la misma familia. En general, el hijo estaba siempre de acuerdo con el padre. Sin duda, usted conoce el proverbio cubano: 'De tal padre, tal hijo.'

"—Naturalmente —respondí.

"—Por tanto, el padre y el hijo eran uno, hasta el día en que un hombre refugiado en la montaña, también joven, se llevó a nuestros hijos. ¡Este hombre era una especie de Cristo, se lo aseguro! ¿Qué es el padre al lado de Cristo? Nada, señor. Entonces, los padres nos preguntamos por qué nos habían abandonado nuestros hijos. Buscamos en nuestra pobre cabeza la razón de esa separación y pensamos, señor, ¡que nuestra experiencia casi secular era falsa! No valía nada nuestra experiencia, sólo era una rutina de vida que transmitíamos así, sin pensar demasiado, de padres a hijos, desde hace muchas generaciones. Un solo hombre bastó, un hombre que no tenía otra cosa que ofrecer que ideales y pureza. Era mejor que nuestra experiencia, que nuestro dinero, que nuestra situación y nuestras relaciones..."[1]

Sin embargo, esta conversión del padre no elimina radicalmente el comportamiento tradicional. Sólo con dificultad el padre silen-

[1] J. Lanzmann, *¡Viva Castro!*, p. 114.

cia el deseo de restablecer su soberanía destruida y el temor a las terribles consecuencias de una guerra abierta. Así, nacen nuevas formas de oposición paternal, manifestaciones veladas de la autoridad paterna. Por ejemplo, el padre no se opone formalmente al joven argelino que decide incorporarse a las guerrillas. Invoca sobre todo la disciplina del militante, pregunta si la salida responde a una movilización o si se trata de una iniciativa personal. En este último caso, el padre es el primero en recordarle al hijo-militante los principios de la disciplina: si los jefes tienen necesidad de ti, te llamarán. Así, para oponerse a un acto —sumarse a las guerrillas—, que después de 1956 pone en peligro la vida de los otros miembros de la familia que permanecen en el hogar, el padre no tiene más remedio que reconocer los nuevos valores y refugiarse detrás de otras autoridades.

En ningún momento asistimos a un enfrentamiento verdaderamente doloroso. El padre se desvanece ante el nuevo mundo y sigue al hijo. El joven argelino empuja a la familia hacia el vasto movimiento de Liberación nacional. Sin embargo, algunas veces la situación es más compleja. El padre, muchas veces colaborador notorio de la administración colonialista, es obligado a definirse en el ejercicio mismo de su profesión: *caïd*, policía, *bachagha*, funcionario por elección prefabricada, se ve al mismo tiempo rechazado y condenado por la nueva Argelia que se encarna en su hijo. Con frecuencia renuncia. Sin embargo, ocurre que la contaminación es tan grande que le es imposible liberarse de la prisión colonialista. La larga sucesión de compromisos es tan fuerte que ya no es posible volver atrás. Muchas familias argelinas han vivido terribles tragedias en las que el hijo, presente en la reunión que debe decidir de la suerte de su padre traidor a la patria, no tiene otra solución que sumarse a la mayoría y aceptar el veredicto fatal. Otras veces, el hijo determina en el seno de un Comité la contribución financiera de sus padres a la Revolución; ya podemos imaginar lo paradójico de la situación en que un padre se queja ante el hijo por la enormidad de la suma reclamada por los responsables...; la derrota del padre por las fuerzas nuevas que emergen de la patria, no deja intactas las antiguas relaciones que ordenaban a la sociedad argelina.

La hija y el padre

En la familia argelina, la hija ha ido siempre a la zaga del hijo. Como en todas las sociedades en que el trabajo de la tierra representa la fuente principal de los medios de subsistencia, el macho, productor privilegiado, goza de un *status* casi señorial. El nacimiento de un niño en la familia es saludado con mayor entusiasmo que el de una niña. El padre ve en él a un compañero de trabajo, a un sucesor en el beneficio de la tierra familiar y, después de su muerte, a un tutor para la madre y las hermanas. La joven, sin sentirse humillada o postergada, percibe con claridad la preferencia de que es objeto el hermano.

La joven, en general, no tiene la oportunidad de desarrollar su personalidad ni de tomar iniciativas. Ocupa su lugar en la amplia red de tradiciones domésticas de la sociedad argelina. La vida de la mujer en el hogar, construida a base de gestos seculares, impide cualquier renovación. El analfabetismo, la miseria, la situación de un pueblo oprimido cultivan y desfiguran, las características específicas del universo colonizado. La joven asume sin esfuerzo el comportamiento y los valores de la sociedad femenina de Argelia. Conoce por boca de su madre el valor incomparable del hombre. La mujer, en una sociedad subdesarrollada y principalmente en Argelia, es siempre una menor, y el hombre, hermano, tío o marido encarna en primer lugar al tutor. La joven aprende a evitar las discusiones con el hombre, a no "exasperar al hombre". La facilidad del divorcio en la sociedad argelina hace pesar constantemente sobre la mujer un miedo casi obsesivo a ser devuelta a su familia. El joven, por su parte, copia el comportamiento del padre.

Muy pronto, en el cuadro familiar, la joven evita aparecer ante el padre. Cuando la niña se transforma en mujer en el momento de la pubertad, existe el acuerdo tácito de que el padre no se encontrará jamás frente a frente con su hija. Todo está organizado para que el padre simule ignorar que su hija se ha convertido en púber. El padre dirá que no le concierne la nueva situación de su hija; en realidad, tiene la firme voluntad de ignorar esa nueva situación. La decisión del padre de no atender a la nueva mujer que ha aparecido en el hogar, lleva a la familia a pensar en el matri-

monio de la joven. El matrimonio precoz en Argelia no significa el deseo de disminuir el número de bocas que deben ser alimentadas, sino literalmente la preocupación de no ser responsable por una nueva mujer sin *status*, por una mujer-niña en el hogar. La joven que se convierte en mujer debe casarse y tener hijos. Para cualquier familia, una joven púber en el hogar es un problema extraordinariamente difícil. La joven púber es algo así como una "presa", de ahí el rigor con que es mantenida en el hogar, protegida y vigilada. De ahí también la facilidad con que llega al matrimonio.

En estas condiciones, es fácil ver que no se concibe una joven que elija al marido o rechace al hombre que le propone su familia. La joven, que percibe la inquietud de sus padres y la fragilidad de su nueva situación como mujer-niña, ve el matrimonio como una liberación, como un florecimiento, como un equilibrio definitivo. La vida de la mujer argelina no se desarrolla según los tres tiempos que conocemos en occidente: infancia-pubertad-matrimonio; la joven argelina sólo conoce dos etapas: infancia-pubertad, y matrimonio. En Argelia, la joven púber que no se casa prolonga una situación anormal. No debemos olvidar que el analfabetismo y la falta de trabajo que reinan en Argelia no dejan ninguna otra solución a la joven. En un *douar* la mujer célibe —y se es mujer a los 16 años— debe casarse. La mujer, a quien indefinidamente se considera como menor, debe encontrar lo más rápidamente posible a un tutor; el padre tiembla ante el pensamiento de morir y abandonar a su hija sin sostén y, por tanto, incapaz de sobrevivir.

Vemos que la joven argelina, analfabeta, cubierta con un velo y enclaustrada, igual que Argelia entera, por la dominación colonial, está mal preparada para asumir las tareas revolucionarias. La joven argelina siente vergüenza de su cuerpo, de sus senos, de sus menstruaciones. Siente vergüenza de ser mujer delante de los suyos. Siente vergüenza de hablar delante de su padre, de mirar a su padre. Y también su padre siente vergüenza frente a ella. En realidad, un análisis profundo muestra que el padre ve en su hija a la mujer. Inversamente, la hija ve al hombre en su padre. Las barreras y las prohibiciones están inscritas tan profundamente en el centro mismo de su personalidad que la simple presencia mutua

se hace insoportable. Este comportamiento evoca los ritos de ciertos grupos para evitar la angustia que acompaña a los impulsos incestuosos inconcientes. Pero sobre todo, hay la evidencia parcial del *status* de la mujer como algo disponible exclusivamente para el matrimonio y la maternidad.

Este cúmulo de restricciones sufrirá una conmoción y será puesto en tela de juicio por la lucha de Liberación nacional. La nueva mujer argelina, que ocupa un lugar cada vez más importante en la acción revolucionaria, desarrolla su personalidad y descubre la vivencia excitante de la responsabilidad. La libertad del pueblo argelino se identifica con la liberación de la mujer, con su ingreso en la Historia. Esta mujer que, en las avenidas de Argel o Constantina, transporta granadas o cargadores para el fusil-ametralladora; esta mujer que mañana será ultrajada, violada y torturada, es incapaz de volver a su conducta anterior; esta mujer que escribe las páginas heroicas de la historia argelina hace estallar el mundo reducido e irresponsable en que vivía, y fraternalmente colabora en la destrucción del colonialismo y en el nacimiento de una nueva mujer.

Las mujeres en Argelia, a partir de 1955, comienzan a descubrir sus propios modelos. En efecto, en la sociedad argelina circula la historia de muchas mujeres que, en los *djebels* o en las ciudades, mueren y son encarceladas para que nazca la Argelia independiente. Esas mujeres militantes encarnan los sistemas de referencia en torno a los cuales la imaginación de la sociedad femenina de Argelia entrará en ebullición. La mujer-para-el-matrimonio desaparece progresivamente y cede su lugar a la mujer-para-la-acción. La joven es sustituida por la militante y la mujer indiferenciada por la *hermana*.

Las *células femeninas* del FLN reciben adhesiones en masa. La impaciencia de las nuevas reclutas es tal que con frecuencia se ponen en peligro las tradiciones de la total clandestinidad. Los responsables se ven obligados a frenar su excepcional entusiasmo y radicalismo, características de todos los jóvenes que trabajan por un mundo nuevo. Desde el momento en que se incorporan a la lucha, solicitan las misiones más peligrosas. Sólo la formación política que se les brinda las llevará progresivamente a no con-

cebir la lucha sólo en su forma más explosiva. La joven argelina aprende entonces a contener su impaciencia y a mostrar sus cualidades insospechadas de calma, de sangre fría y decisión.

Sucede a veces que la joven argelina es perseguida o que varios miembros de la agrupación a la que pertenece son detenidos. La necesidad de desaparecer y escapar es urgente. En primer lugar, la militante abandona a su familia y se refugia en casa de algunos amigos. Sin embargo, pronto llega una orden de la dirección de su grupo para que se incorpore a la guerrilla más próxima. Después de todas las anteriores transformaciones: joven sin velo, maquillada, que sale no importa cuándo, que va no se sabe dónde, etc... los padres son incapaces de protestar. Ni siquiera para el padre hay una verdadera alternativa. Su antiguo temor a la deshonra se convierte en algo absurdo frente a la inmensa tragedia que vive el pueblo. Y es que tampoco la autoridad nacional que decide la incorporación de la joven a la guerrilla aceptaría los reproches del padre. Desde hace tiempo está prohibido poner en duda la moralidad de una patriota. Además, y sobre todo, el combate es duro, próximo, implacable. Es necesario vivir de prisa. La joven se integra a la guerrilla, sola entre hombres. Durante meses y meses, los padres carecen de noticias de las jóvenes de 18 años que duermen en los bosques o en las grutas, y que recorren el *djebel* vestidas de hombre con un fusil entre las manos.

La actitud del padre frente a las otras hijas que permanecen en el hogar, o frente a cualquiera otra mujer que encuentra en la calle, se modifica de manera radical. Por su parte, la joven que no participa en las guerrillas, que no milita, percibe también el lugar capital que ocupan las mujeres en la lucha revolucionaria. Los hombres dejan de tener razón. Las mujeres dejan de permanecer silenciosas. La sociedad argelina, a través del combate liberador y de los sacrificios que consiente para librarse del colonialismo, se renueva y da lugar a valores inéditos en las nuevas relaciones intersexuales. La mujer deja de ser un complemento para el hombre. *En realidad, conquista su lugar a puñetazos.*

Algunas veces, la joven, con nuevos documentos de identidad, vuelve a la familia. Entonces tiene ocasión de narrar al padre y a la madre las acciones prodigiosas que todos los días ocurren en el

djebel. Muestra fotografías, habla de sus jefes, de sus *hermanos*, de la población, de los heridos, de los prisioneros franceses. Mira al padre, se sienta frente al padre, le habla y no se avergüenza. Y el padre no desvía la mirada, y tampoco se avergüenza. Por el contrario, siente una felicidad real de volver a encontrar a su hija, de ver que su nueva personalidad brilla en el hogar, y no se disgusta de que su hija hable en voz alta y en ninguna forma surge en su mente la idea de que la mujer debe callar. Durante los tres días que dura el permiso, el padre no siente la necesidad de interrogar a su hija sobre su conducta moral en la guerrilla. Este silencio no significa desinterés o resignación frente la virginidad-tabú de ayer. Es que el padre mide el avance inmenso de la sociedad y esas cuestiones que no han abandonado su espíritu se revelan de pronto como inoportunas y secundarias. La joven argelina que surge en el cielo agitado de la Historia lleva a su padre hacia un tipo de mutación, de desprendimiento de sí mismo. Preguntarle si "es seria" a una mujer que cotidianamente afronta a la muerte, es grotesco e irrisorio. La joven militante, al asumir un nuevo comportamiento, escapa a las coordenadas tradicionales. Los antiguos valores, las fobias estériles e infantiles, desaparecen.

Los hermanos

En Argelia, el hermano mayor es el sucesor del padre. Los otros miembros de la familia muy pronto asumen frente a él una actitud respetuosa y deferente. Hay determinadas cosas que no se hacen en presencia del hermano mayor. Existe la preocupación de no coincidir con él en el mismo grupo de jóvenes, donde siempre son posibles las bromas más o menos ligeras. La actitud del hermano menor hacia el mayor se identifica casi a la del hijo con su padre. La transformación que hemos registrado en las relaciones del padre y el hijo se manifiesta también en este caso, pero especialmente agudizada. En efecto, hay hermanos que militan en la misma célula y que en el momento en que se descubre la organización parten juntos a la zona guerrillera. Luchan en la misma unidad, sufren juntos el hambre y, algunas veces, la falta de municiones. Las relaciones dosificadas y rituales del período de la preguerra,

se transforman en un tipo de relaciones totalmente nuevas. Los dos hermanos están integrados a una acción precisa y obedecen a la misma autoridad.[2]

Las antiguas relaciones que se desenvolvían en el círculo cerrado de la familia, sufren alteraciones radicales. Incluso llega a suceder que el hermano menor sea el responsable del grupo, y el respeto tradicional por el hermano mayor no inhibe al jefe político o militar. Investido de un poder en el seno de la Revolución, el *hermano* está obligado a superar los automatismos y el comportamiento estereotipado. El *hombre*, que casi desaparece detrás del *hermano*, hace su aparición. El hermano mayor no tiene necesariamente la razón y cada uno define sus nuevos valores.

La pareja

Las relaciones entre marido y mujer también se han modificado con motivo de la guerra de Liberación. En tanto que cada uno tenía funciones definidas en el hogar, el carácter total de la lucha les impone de hoy en adelante formas inesperadas de comportamiento.

Mustafá acaba de llegar a casa. Hace un momento, con otro *fidai*, ha lanzado varias granadas en los locales de la Policía Judicial en donde día y noche se tortura a los patriotas. No desea hablar. Se acuesta y cierra los ojos. Su mujer lo ha visto entrar pero no ha reparado en nada. Una hora después, la noticia se difunde en el barrio: dos patriotas han realizado un atentado extraordinario. En los corredores y en los patios se calculan y computan las pérdidas del adversario. Las patrullas coléricas que inundan las calles constituyen la prueba irrefutable de que los nuestros han golpeado duramente a los colonialistas. La mujer entra en el dormitorio y, a la vista de su marido somnoliento, ajeno al hecho, permite que estalle su desprecio: "No serás tú quien haga eso, es mucho más fácil dormir y comer." Y menciona al vecino encarcelado, a otro ejecutado por el enemigo, al primo que ha enviado fotografías de la zona guerrillera. Tratado de cobarde por su mujer, Mustafá guarda silencio, aunque se siente feliz por la sana cólera de su mujer y por el éxito de su misión. Este ejemplo, bastante frecuente en 1956, reviste un interés considerable. En las relaciones masculinas en Argelia, acusar a un hombre de cobardía es una injuria que sólo se repara con la sangre. No se permite a nadie poner en duda el valor o la dignidad; esto es algo que no se puede tolerar. Cuando la acusadora es una mujer, la situación es físicamente insoportable. La lucha de Liberación lleva a la mujer a tal nivel de renovación interior que llega hasta a acusar a su marido de cobarde. La mujer argelina, con bastante frecuencia, por alusiones o de manera explícita, reprocha a su marido la inactividad, la falta de decisión, la ausencia de comportamiento militante. Es el período durante el cual las jóvenes juran entre ellas no casarse con un hombre que no pertenezca al FLN. La mujer argelina, al perder su prudencia, pierde también todo instinto de conservación del hogar. Reprochar a su marido que no haya participado en un combate que puede ser mortal, es por lo menos una conducta paradójica. Pero las mujeres ya no consideran como antes la condición del hombre. El oficio de ser hombre se desempeña en la acción patriótica y nadie puede afirmar su virilidad si no forma parte de la Nación en lucha.

Sin embargo, otras veces la mujer no ignora la actividad de su esposo. Militante desde siempre, el marido desaparece con frecuencia y a veces ella encuentra un revólver bajo la almohada. Desde el momento en que se suceden las investigaciones, la mujer pide al marido cada vez con mayor insistencia que la mantenga informada. Exige conocer ciertos nombres y direcciones de militantes para prevenirlos en caso de que el marido sea detenido. En nombre de la eficacia logra que el marido consienta en que ella se interese de cerca en la acción. Evocando el caso de algunos militantes que, al confesar bajo la tortura, han hecho posible la destrucción de toda una red, pone en guardia al esposo contra el orgullo de ser el "único que está en el secreto", disimulado bajo la máscara de la clandestinidad. Poco a poco ceden las resistencias y la pareja de militantes, fuertemente unida, que participa en el

[2] En el período anterior a la Revolución, los hermanos que trabajaban en una misma empresa solicitaban al administrador ser enviados a secciones diferentes. También en los hospitales, dos hermanos enfermeros procuraban que se les asignara a pabellones diferentes.

alumbramiento de la Nación, es normal en Argelia.

Algunas veces el marido, en la guerrilla desde hace varios meses, llega con permiso. Conmovido por la dulzura del hogar, confiesa a su mujer su deseo de no regresar "allá arriba". La esposa, que ha vuelto a asumir su dimensión de mujer con una profunda intensidad, siente como el marido la necesidad de continuar, de no interrumpir esas horas densas que parecen escaparse del tiempo. Como siempre, también en ese caso la experiencia del frenesí de la vida surge en función de la eventualidad posible de la muerte en un día cercano. Sin embargo, es la propia mujer quien pide al marido abandonar esa idea. "¿Qué les dirás a las gentes del pueblo cuando te hagan preguntas? Has prometido regresar con la independencia; has jurado traer la libertad. ¿Cómo puedes proponerte llevar una vida normal mientras los demás hombres están allá arriba o en prisión?" Con frecuencia, la mujer sin hijos que asiste a la movilización en masa de la Nación, que ve partir una después de otra a las jóvenes del pueblo, decide reunirse con su marido. Es verdad que no lo verá cuantas veces quiera, pero en período de calma relativa las parejas podrán encontrarse. Por lo demás, no es raro que la mujer, al llegar a la zona guerrillera, se entere de la muerte del marido. Frecuentemente regresa al pueblo a casa de sus padres, aunque otras veces se produce en ella una gran sacudida y decide quedarse con los combatientes y tomar parte en la lucha liberadora. La presencia de la mujer en la guerrilla preocupa menos al marido que su actividad militante en los centros. La mujer que parte en misión a 300 kilómetros de su domicilio, que duerme en cualquier parte o en compañía de desconocidos, pese a todo le plantea al marido cierto número de problemas. Es obvio que ellos no se expresan jamás, pero ninguna Revolución hace tabla rasa, definitivamente y sin consecuencias, de una serie de mecanismos casi instintivos. "No hay nada comparable a escuchar que alguien pregunta por teléfono por tu mujer. La llamas, le pasas el aparato y ella te invita a salir del cuarto... después tu mujer se va y regresa cuatro horas o cuatro días después. No media ninguna explicación, pero no puedes ignorar la acción en que está empeñada ya que tú mismo la has movilizado. Tú le has inculcado las reglas estrictas de la clandestinidad."

La pareja argelina se ha unido considerablemente durante la Revolución. Los lazos algunas veces frágiles, marcados con el sello de lo provisional y lo precario, se refuerzan, o al menos cambian de contenido. Aquella relación que únicamente se definía por la cohabitación admite hoy una multitud de aspectos nuevos. En primer lugar el hecho de correr juntos los mismos peligros, de guardar cada uno su parte de secretos. También existe la conciencia de colaborar en el inmenso trabajo de destrucción del mundo de la opresión. La pareja no está ya encerrada en sí misma. No encuentra su fin en sí misma. Ya no es el resultado del instinto natural de perpetuación de la especie, ni el medio institucionalizado de satisfacer su sexualidad. La pareja se convierte en la célula de base de la ciudad, en el núcleo fecundo de la Nación. La pareja argelina, al convertirse en un eslabón de la organización revolucionaria, se transforma en unidad de existencia. *La mezcla de su experiencia de combatientes con la vida conyugal hace más profundas las relaciones entre los esposos y estrecha su unión. Se trata del surgimiento simultáneo y ardiente del ciudadano, del patriota y del esposo moderno.* La pareja argelina se despoja de sus debilidades tradicionales al mismo tiempo que la cohesión del pueblo se inscribe en la Historia. La pareja no es un accidente sino algo proyectado, deseado, construido. Se plantea aquí el problema mismo del fundamento del encuentro intersexual.

El matrimonio y el divorcio

Por regla general, el matrimonio de Argelia lo deciden las familias. Casi siempre el marido no ve el rostro de su mujer hasta el momento del matrimonio. Las razones sociales y económicas de esta tradición son bastante conocidas para que volvamos a ellas. El matrimonio en los países subdesarrollados no es un contrato individual, sino un contrato entre clanes, entre tribus, entre familias...

Con la Revolución, las costumbres se modifican paulatinamente. La presencia de las mujeres en la guerrilla, el encuentro de hombres y mujeres solteros, una cuidando al otro después de un bom-

bardeo o por causa de una enfermedad, plantea a los responsables locales del FLN problemas inesperados. Así, los hombres visitan al oficial y piden en matrimonio a tal o cual enfermera. Durante mucho tiempo, el responsable del FLN vacila. Nadie puede dar en matrimonio a una joven si no es el padre y, en ausencia del padre, el tío o el hermano. El responsable no se atribuye el derecho de tomar en consideración la solicitud del *moudjahid* y algunas veces se ve obligado a separar a los enamorados. Pero el amor existe, debe ser tomado en cuenta y la dirección de la Revolución imparte instrucciones según las cuales puede ser contraído el matrimonio delante del responsable del Estado Civil.

Los registros del Estado Civil están abiertos. Entonces pueden ser registrados los matrimonios, los nacimientos y las muertes. El matrimonio en la guerrilla deja de ser un arreglo entre familias. Todas las uniones son voluntarias. Los futuros cónyuges han tenido tiempo de conocerse, de estimarse, de amarse. Unicamente el amor a primera vista ha sido excluido por los dirigentes. Cada vez que se formula una solicitud de matrimonio es bueno posponer tres meses la decisión, aconsejan las instrucciones. Cuando el padre se entera del matrimonio de su hija en la guerrilla, ya no hay protesta o recusación posibles del acto. Por el contrario, se piden las fotografías, y los recién nacidos en la zona guerrillera son enviados a casa de los abuelos para que ellos cuiden convenientemente de esos hijos de la Revolución.

Tales innovaciones no pueden dejar intactas las formas tradicionales de unión vigentes en el resto del país. Las mujeres argelinas comienzan, en primer lugar, a exigir garantías acerca del patriotismo del futuro marido. Exigen que los jóvenes que se les proponen sean miembros del FLN. La autoridad incontestable y masiva del padre queda limitada por esta nueva exigencia. Antes de la Revolución, una joven pedida en matrimonio se alejaba varios días del medio familiar y se refugiaba en casa de algunos parientes. Esto se explica por la vergüenza que sentía la joven al ser objeto de una solicitud sexual. También era costumbre que durante uno o dos meses después de la consumación del matrimonio, la joven esposa evitara aparecer delante de su padre. Este comportamiento público, infantil, ha desaparecido con la Revolución y

hoy la mayoría de las jóvenes casadas asisten a la firma de su contrato, discuten las modalidades de dicho contrato y, naturalmente, han dado su consentimiento previo al pretendiente. En Argelia, el matrimonio ha experimentado un cambio radical en el corazón mismo del combate que llevan a cabo los *moudjahidines* y las *moudjahidates*.

En esas condiciones, el divorcio, la separación de los cónyuges asume modalidades diferentes. El repudio, que podía ser proclamado en cualquier instante y que expresaba la fragilidad del acto conyugal, no se legaliza hoy automáticamente. El marido debe explicar las razones del divorcio. Hay intentos de reconciliación. De cualquier manera, la decisión última corresponde al responsable local. La familia sale reforzada de esta prueba en la que el colonialismo ha hecho todo lo posible para romper la voluntad del pueblo. En medio de los mayores peligros, el argelino inventa formas modernas de existencia y confiere a la persona su máximo de dignidad.

La sociedad femenina

Las mujeres que hacen la guerra y que se casan en la zona guerrillera, provocan en el seno de la sociedad femenina de Argelia la transformación radical de ciertas costumbres. Sin embargo, debemos evitar la interpretación unilateral de los principales cambios que se han presentado. La guerra del colonialismo francés obliga al pueblo argelino a estar constante y totalmente ocupado en la batalla. Frente a un adversario que ha jurado conservar Argelia, incluso sin los argelinos, es difícil seguir siendo los mismos, mantener intactos las preferencias o los valores. La sociedad femenina se modifica por su solidaridad orgánica con la Revolución, pero también porque el adversario penetra en la carne argelina con una violencia brutal.

Las mujeres, acostumbradas a ir los viernes al cementerio del pueblo o de visita a un santuario local, y que ahora forman parte de las decenas de miles de familias *reagrupadas*, interrumpen entre

otras estas actividades.[3] En el campo, de inmediato se incorporan a las células del FLN. Encuentran mujeres de otras regiones, se comunican sus experiencias acerca de la represión, pero también sus experiencias anteriores a la Revolución, sus esperanzas. La mujer argelina reagrupada, aislada del marido que vive entre los combatientes, se ocupa de los ancianos y de los huérfanos, aprende a leer y a coser y, a veces, unida a varias compañeras, se suma al Ejército de Liberación Nacional.

Junto a estos movimientos considerables de la población, el panorama social y hasta el mundo de la percepción son perturbados y reestructurados. Una *mechta* evacuada no es una *mechta* que ha emigrado. Es necesario seguir pacientemente el desarrollo de la operación. Se suceden los bombardeos en la región, la serie infinita de "limpias"; los hombres aptos se van a la montaña; los muertos son enterrados rápidamente; los rehenes de la *mechta* se refugian en un pueblo vecino, en casa de parientes o amigos...

La *mechta* reagrupada es una *mechta* rota, destruida. Es un simple agrupamiento de hombres, mujeres y niños. En esas condiciones, ningún gesto se conserva intacto. Ningún ritmo anterior permanece idéntico. Prisioneros en una red de alambre de púas, los restos de las familias argelinas reagrupadas no comen ni duermen como antes. Lo anterior es evidente, por ejemplo, con motivo de un duelo. Las lamentaciones, los gemidos, los rostros desgarrados y las torsiones del cuerpo ya casi desaparecieron. Los llantos fúnebres, clásicos, casi ya no se escuchan en Argelia. Todo esto comenzó en 1955, cuando las tropas francesas, para divertirse, o con motivo de una represión, invadían una localidad y ametrallaban a cinco o diez hombres. Esos muertos colectivos y súbitos, sin enfermedad cuidada y combatida, abandonados en un foso a la orilla del camino, casi no podían arrancar y desencadenar los mecanismos emocionales propios de la sociedad tradicional. Los lamentos y los rostros desencajados forman parte de un mundo preciso, equilibrado. No se llora, no se grita, no se actúa como

[3] Las fuerzas colonialistas francesas, como se sabe, enviaron detrás de las alambradas a más de un millón de argelinos. Fueron los famosos "centros de reagrupación" en los que, según la opinión de las mismas autoridades francesas, las enfermedades y la mortalidad alcanzaban cifras anormalmente elevadas.

de costumbre cuando se trata de asesinatos múltiples. Se aprietan los dientes y se ruega en silencio. Un poco más, y hay gritos de alegría que saludan la muerte de un *moudjahid* caído en el campo del honor. Sin embargo, esto no significa que las ceremonias tradicionales sí se reiteran cuando hay muertes naturales por causa de enfermedad o accidente. También entonces hay una casi incapacidad para encontrar las técnicas habituales de la desesperación. La guerra ha cambiado hasta tal punto a la sociedad argelina que toda muerte es concebida como consecuencia directa o indirecta de la represión colonialista. Hoy, no hay un muerto en Argelia que no sea la víctima del colonialismo francés. El civil argelino, ajeno a la guerra de reconquista colonial, es una imposibilidad en Argelia. Y aún más: no hay un solo deceso de argelino fuera de Argelia que no se atribuya al colonialismo francés. El pueblo argelino ha decidido así que, hasta que se logre la independencia, el colonialismo francés no será inocente de ninguna de las plagas quo roen su cuerpo y su conciencia.

La Argelia dispersada

La táctica adoptada por el colonialismo francés desde el principio de la Revolución ha tenido como consecuencia aislar al pueblo, dividirlo, con el único fin de hacer imposible cualquier tipo de cohesión. En primer lugar, este esfuerzo ha sido dirigido contra los hombres, internados por decenas de miles. Se sabe que en 1955-1956, los centros de *internamiento* se multiplicaron a un ritmo desenfrenado a lo largo del territorio nacional. *Lodi, Paul Cazelles, Berrouaghia*... han guardado durante años a los padres y esposos argelinos. La mujer, de pronto sin marido, está obligada a encontrar los medios de alimentar a sus hijos. Está obligada a desplazarse, a trabajar, a vivir sin la protección del hombre. Algunas veces, irá a visitar a su esposo internado a 100 o 200 kilómetros de su domicilio. Cuando los hombres no han sido internados, están en las guerrillas y las madres que reciben las pensiones familiares distribuidas por el Frente de Liberación educan solas a sus hijos. En las ciudades, las puertas de la prisión se cierran sobre un número impresionante de hombres argelinos, y para huir

de los campos de reagrupamiento y escapar de los bombardeos en serie de la aviación francesa, decenas de miles de familias se refugian en Túnez y Marruecos.

Los múltiples asesinatos de argelinos y argelinas por el colonialismo francés, han retenido la atención del mundo y provocado la ola de protestas que todos conocemos. Pero es necesario analizar más de cerca la realidad argelina. No debemos pasarla por alto. Al contrario, es necesario avanzar paso a paso a lo largo de la gran herida provocada en el pueblo y en la tierra de Argelia. Es preciso escudriñar cada metro de tierra argelina y medir la dispersión de la familia argelina, la disgregación en que se encuentra. No es necesario interrogar a las mujeres capturadas por los militares y que regresan ocho días después, para comprender que han sido violadas decenas de veces. Los esposos son apresados por el enemigo y regresan con el cuerpo cubierto de equimosis, con la vida vacilante y el espíritu inerte. Los niños vagan dispersos, innumerables huérfanos circulan asustados y hambrientos. Cuando un hombre recibe a su mujer, que ha permanecido dos semanas en un campamento francés; cuando la saluda y le pregunta si tiene hambre, evita mirarla y baja la cabeza; entonces es imposible suponer que la familia argelina haya podido permanecer intacta y que el odio al colonialismo no haya crecido desmesuradamente. El colonialismo francés se propuso, a partir de 1954, romper la voluntad del pueblo, vencer su resistencia, liquidar sus esperanzas. No ha retrocedido frente a ningún radicalismo, ni ante el terror y la tortura. Al herir a esos hombres y mujeres, el colonialismo los ha reagrupado bajo un mismo signo. Víctima de una misma tiranía, identificando simultáneamente a un enemigo común, el pueblo disperso realiza su unidad y funda en el sufrimiento una comunidad espiritual que constituye el más sólido bastión de la Revolución argelina.

IV. MEDICINA Y COLONIALISMO

El ejemplo argelino

La ciencia médica occidental, que penetró en Argelia al mismo tiempo que el racismo y la humillación, como parte del sistema opresivo, ha provocado siempre en el autóctono una actitud ambivalente. Por lo demás, encontramos la misma ambivalencia a propósito de todas las formas de presencia del ocupante. Con la medicina abordamos uno de los rasgos más trágicos de la situación colonial.

Objetiva y humanamente, es deseable que un país avanzado desde el punto de vista técnico brinde a otro sus conocimientos y los descubrimientos de sus sabios. Cuando la disciplina en cuestión se refiere a la salud del hombre, y cuando tiene como principio básico mitigar el dolor, es claro que ninguna conducta negativa podría justificarse. Pero la situación colonial está conformada de tal manera que obliga al colonizado a juzgar peyorativamente y sin matices todas las contribuciones del colonizador. El colonizado ve en una confusión casi orgánica al médico, al ingeniero, al maestro, al policía y al guardia rural. La visita obligatoria del médico al *douar* o al pueblo, es precedida casi siempre por la reunión de la gente a instancias de las autoridades policiacas. El médico que llega en esta atmósfera de compulsión global, no es nunca un médico indígena sino un médico que pertenece a la sociedad dominante y, con frecuencia, al ejército.

Las estadísticas de obras sanitarias no se interpretan por el autóctono como un mejoramiento en la lucha contra la enfermedad en general, sino como una nueva prueba de la ocupación del país. Cuando las autoridades francesas muestran a los visitantes el sanatorio de Tizi-Ouzou o las instalaciones del hospital Mustafá en Argel, afirman implícitamente: "He aquí lo que hemos hecho por los habitantes de este país; este país nos debe todo; sin nosotros, no existiría el país." Se origina entonces una verdadera restric-

ción mental en el indígena, una dificultad profunda para ser objetivo, para separar la buena semilla de la cizaña.

Es evidente que hay excepciones. En ciertos períodos de calma, en ciertas discusiones libres, el individuo colonizado reconoce francamente lo que hay de positivo en la acción del dominador. Pero esta buena fe es utilizada de inmediato por el ocupante y transformada en elemento justificativo de la ocupación. Cuando el indígena, superando sus defensas instintivas y después de un gran esfuerzo hacia la verdad, afirma: "Eso está bien. Lo digo porque lo pienso", el colonizador transforma la frase e interpreta: "No se vayan ¿qué haríamos sin ustedes?"

Así, al nivel de la sociedad global, al nivel de la sociedad colonizada, descubrimos siempre esta actitud de fuga para evitar cual quier actitud matizada, ya que precisamente los matices se interpretan por el ocupante como una invitación a perpetuar la opresión, como la confesión de una impotencia congénita. El pueblo colonizado en su totalidad y con motivo de ciertos hechos, reaccionará de manera brutal, indiferenciada y categórica, ante los sectores activos del grupo dominante. En casos extremos, no es extraño escuchar las siguientes reflexiones: "No les hemos pedido nada; ¿quién los ha llamado? Tomen sus hospitales y sus instalaciones portuarias y regresen a su tierra."

El colonialismo, después de haberse apoyado en la conquista militar y en un sistema policíaco, intenta justificar su existencia y legitimar la ocupación por sus obras.

Obligado en nombre de la verdad y de la razón a admitir ciertas formas de la presencia del ocupante, el colonizado se siente de inmediato prisionero de todo el sistema, y advierte que la verdad de la acción médica en Argelia es también la verdad de la presencia francesa en Argelia bajo su disfraz colonial. Entonces, como es imposible estar al mismo tiempo del lado del enemigo y del pueblo, de su pueblo que desea tener una existencia nacional sobre su propio suelo, sus alternativas son bien limitadas. Rechaza en bloque a los médicos, a los profesores, a los ingenieros, a los paracaidistas.

En una sociedad homogénea, la actitud del hombre enfermo frente al médico es una actitud de confianza. El enfermo se pone en

manos del médico, se abandona a él. Le abandona su cuerpo. Acepta que la mano del médico provoque o exacerbe su sufrimiento, ya que el enfermo no ignora que el aumento del sufrimiento durante el examen anuncia la paz en su cuerpo.

En una sociedad homogénea, en ningún momento el enfermo desconfía de su médico. En el aspecto de la técnica y de los conocimientos, es claro que puede filtrarse en el espíritu del enfermo una cierta duda, pero es precisamente la torpeza del médico la que puede socavar la confianza original. Este comportamiento es universal y lo encontramos en algunos marcos geográficos nacionales. Pero también es obvio que en determinadas circunstancias se manifiestan ciertas modificaciones sensibles de esta situación. El prisionero alemán que ha de ser operado por un cirujano francés, en la fase pre-anestésica suplica con frecuencia que no se le mate. De igual forma, encontramos en el cirujano una preocupación especial por tener éxito en la intervención a causa de los otros prisioneros, ya que no ignora la interpretación que podría dársele a un fracaso operatorio. La literatura y el cine han encontrado en esas situaciones particulares temas notables; después de cada guerra se lleva a cabo una verdadera explotación comercial de dichos problemas. Los prisioneros franceses de los campos alemanes los conocieron bien, ya que solicitaban de sus compatriotas médicos que trabajaban en la enfermería del campo que asistieran a las operaciones practicadas por los cirujanos alemanes.

Tales situaciones se multiplican en territorio colonial. La muerte súbita de los argelinos en los hospitales, cosa corriente en cualquier servicio sanitario, es interpretada como una decisión homicida y consciente, como el resultado de las maniobras criminales del médico europeo. El rechazo a la hospitalización por parte del argelino expresa este margen de duda acerca del carácter humanitario del médico dominante. Debemos decir, aun cuando no sea la regla, que en ciertos servicios hospitalarios se practican experimentos sobre las personas vivas en una proporción nada despreciable.[1]

[1] Los soldados franceses hospitalizados en los servicios psiquiátricos del Ejército Francés en Argelia han visto esas crisis epilépticas experimentales provocadas en los argelinos y en los carabineros de Africa Negra, con el fin de apreciar las reacciones especí-

Durante décadas, pese a las exhortaciones de los médicos, el argelino ha procurado evitar la hospitalización. A pesar del diagnóstico del técnico en el sentido de que cualquier duda puede comprometer gravemente la vida del enfermo, encontramos en general una negativa y un rechazo del transporte al hospital, y el consentimiento se otorga casi siempre en el último momento, cuando ya no hay esperanza. E incluso entonces, quien toma la decisión lo hace en contra del grupo; pero como el caso es desesperado y la decisión ha tardado demasiado, se produce la mayoría de las veces un desenlace fatal.

Estas experiencias proporcionan un motivo más al grupo para reforzar su creencia original en el carácter fundamentalmente malo del ocupante aun cuando sea médico. Y el argelino, que después de grandes esfuerzos ha logrado que retroceda de manera apreciable la desconfianza tradicional, y ha impuesto la decisión de la hospitalización, se siente de pronto infinitamente culpable. Interiormente se compromete a no repetirlo. Los valores del grupo, abandonados momentáneamente, se vuelven a manifestar exacerbados y exclusivos.

Cometeríamos un grave error si renunciáramos a comprender estos hechos, asimilando el comportamiento descrito al de las poblaciones rurales pobres de los países europeos. El colonizado que desconfía de la hospitalización no parte de valores homogéneos como es el miedo a la ciudad, el miedo a la lejanía, el de sentirse desamparado al separarse del hogar familiar, el miedo a que se le envíe a morir al hospital, a que se desembaracen de él como de un fardo. El colonizado no se niega a enviar al enfermo al hospital, sino a enviarlo al hospital de los blancos, de los extranjeros, del conquistador.

Es preciso, paciente y lúcidamente, analizar cada una de las reacciones del colonizado, y cada vez que no comprendamos un hecho debemos repetir que nos encontramos ante lo más profundo

ficas de cada una de esas razas. Estos hombres sobre los que experimentan los médicos franceses, son conducidos al hospital bajo el "pretexto científico" de practicar exámenes complementarios.

Unicamente la sociedad argelina, el pueblo argelino, podían manifestar a través de su lucha la decisión de prohibir que se realizaran en el suelo nacional estas infamias.

BIBLIOTECA
INSTITUTO DE FILOSOFIA Y CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD ...
256346 IFCH-54642

de un drama, el del encuentro imposible en la situación colonial. Durante algún tiempo se ha pretendido que la negativa del autóctono a confiar en el médico europeo encontraba su razón de ser en la fidelidad del indígena a sus técnicas médicas tradicionales o en su adhesión a los brujos o curanderos del grupo. En verdad se trata de una realidad psicológica muy visible todavía hace unos cuantos años, no sólo en las masas populares de los países generalmente avanzados, sino también entre los propios médicos. Leriche ha narrado las vacilaciones o la oposición de ciertos médicos a utilizar el termómetro, acostumbrados a tomar la temperatura en el pulso. Ejemplos semejantes podrían multiplicarse indefinidamente. Por lo tanto, no puede considerarse una aberración, en el plano de los procesos mentales, que ciertos individuos, acostumbrados a practicar determinados gestos frente a una enfermedad, a adoptar un comportamiento determinado en presencia de la enfermedad que se concibe como un desorden, se nieguen a abandonarlos porque se les imponen otros gestos, es decir, porque la nueva técnica se instale forzadamente y no tolere la presencia de ningún elemento tradicional.

Aquí también encontramos los mismos hechos:

"Abandonar lo que tengo costumbre de hacer cuando mi mujer tose y autorizar al médico europeo a inyectarla; verme literalmente insultado y tratado de salvaje *(eso existe)*, porque a mi hijo, que se queja de dolores de cabeza desde hace tres días, le he aplicado compresas en la frente; dar la razón a ese hombre que insulta y negar los remedios que me vienen de muy lejos es una conducta positiva en el aspecto estrictamente racional. Es cierto que, en rigor, mi hijo tiene una meningitis y exige ser tratado como requiere una meningitis. Pero la constelación colonial está configurada de tal manera que lo que es una brutalidad fraternal y tierna de quien sólo quiere mi bien, se interpreta como una manifestación de la hostilidad y la voluntad de humillación del conquistador."

No es posible que la sociedad colonizada y la sociedad colonizadora se pongan de acuerdo para rendir pleitesía, al mismo tiempo y en el mismo lugar, a un valor único. En el caso de que la sociedad colonizada llegara a expresar su aceptación de cualquier aspecto de la sociedad colonizadora, no hay duda que se hablaría

inmediatamente de una integración en marcha. Debemos ahora entrar en el laberinto infernal, por lo trágico, de las relaciones generales de la sociedad argelina con el problema de la lucha contra la enfermedad, concebida como un aspecto más de la presencia francesa. Veremos entonces que a lo largo de la lucha de Liberación comienza a surgir una nueva actitud del pueblo argelino frente a la técnica médica.

La consulta

El colonizado que visita al médico está siempre un poco rígido. Responde con monosílabos, es parco en sus explicaciones y muy pronto provoca la impaciencia del médico. Esta actitud no es igual a esa especie de miedo más o menos inhibidor que siente todo enfermo en presencia del médico. Son bien conocidas las expresiones: tal médico sabe establecer buen contacto con el enfermo, facilita la relación y afloja las tensiones. Pero precisamente en la situación colonial, las iniciativas individuales, la libertad de ser uno mismo, de intentar y lograr un "contacto", son imposibles. La situación colonial vuelve uniformes las relaciones, ya que divide rígidamente a la sociedad colonial.

Muy pronto, el médico pierde la esperanza de obtener información del colonizado y se concreta al examen clínico, pensando que el cuerpo será más comunicativo. Ahora bien, el cuerpo del colonizado está igualmente rígido. Los músculos están contraídos y sin relajación. El hombre total, el colonizado, se enfrenta a la vez con un técnico y con un colonizador.[2] Sin duda, debemos atender las opiniones de los médicos europeos que han efectuado la consulta. Pero también es preciso escuchar a los pacientes a la salida del hospital. En tanto que los *médicos* afirman: "El dolor en ellos es protopático, mal diferenciado, difuso como en el animal: es más bien un malestar general que un dolor localizado"; los *enfermos* dicen: 'Ellos me han preguntado qué tengo como si yo fuera el

[2] Esta observación particular nos remite a la actitud global del colonizado, que no establece casi nunca relaciones verdaderas con el colonizador. El colonizado no declara, no confiesa, no se expresa en presencia del colonizador. Véase la comunicación al Congreso de 1955 de los Psiquiatras y Neurólogos de lengua francesa, sobre el argelino y la confesión en la práctica médico-legal.

médico; se creen superiores y ni siquiera son capaces de saber lo que me pasa; desde que entramos, nos preguntan cuál es nuestro mal."

Los médicos opinan: "Esas gentes son vulgares." Los enfermos indican: "Ellos no me inspiran confianza." Mientras los médicos afirman que el colonizado no sabe lo que quiere, si seguir enfermo o sanar, el autóctono repite: "Sabemos cómo entramos a sus consultorios, pero ignoramos cómo saldremos, e incluso si llegaremos a salir." Rápidamente el médico y el enfermero elaboran una regla de acción: con esas gentes, no se practica la medicina, sino el arte de los veterinarios (*sí, esto se ha dicho*).[3] En fin, a fuerza de tenacidad, el médico logra tener una idea aproximada de la enfermedad y prescribe un tratamiento que algunas veces no es seguido. Entonces los sociólogos proponen una explicación y colocan esa conducta bajo la rúbrica del fatalismo.

El análisis de este comportamiento, observable constantemente dentro del cuadro colonial, nos permite, por el contrario, llegar a otras conclusiones.

Cuando el colonizado escapa al médico y conserva la integridad de su cuerpo, piensa que ha salido vencedor de una fuerte lucha. Para el colonizado, la consulta es siempre una prueba. Cuando la superioridad del colonizador sólo se refleja en algunos comprimidos o jarabes que deben ser tomados por el paciente, el colonizado tiene una impresión de victoria sobre el enemigo. El fin de la consulta termina con la confrontación. Las medicinas y consejos sólo representan la escuela de esta prueba. En cuanto al fatalismo, esa aparente negativa del padre a deber la vida de su hijo al colonizador, es preciso que sea estudiado en dos perspectivas. En primer lugar, existe el hecho de que el colonizado, igual que todos los hombres de los países subdesarrollados y que los desheredados de todas las regiones del mundo, percibe la vida no como florecimiento o desarrollo de una fecundidad esencial, sino como una lucha permanente contra una muerte atmosférica. Esa muerte *próxima* se materializa en el hambre endémica, la desocupación, las epidemias, el complejo de inferioridad y la ausencia de futuro.

[3] Es evidente que hay un número determinado de médicos que actúan normalmente, en forma humana. Pero precisamente se dirá de ellos: "No son como los otros."

Esas amenazas activas y esos obstáculos a la existencia del colonizado confieren a su vida una sensación de muerte incompleta. La actitud de rechazo a la intervención médica no es rechazo a la vida, sino una enorme pasividad frente a esta muerte próxima y contagiosa. En otra perspectiva, la ausencia de una conducta adecuada subraya la desconfianza del colonizado frente al técnico colonizador. Las palabras del técnico se interpretan siempre de manera peyorativa. La verdad objetiva está viciada constantemente por la mentira de la situación colonial.

La vigilancia médica, los cuidados y el "doble poder"

Si el colonizado argelino es un mal paciente, es peor aún como enfermo. Irregularidad en la toma de las medicinas, error en las dosis o en la forma de su administración, incapacidad para apreciar la importancia de las visitas médicas periódicas, actitud paradójica, frívola, frente al régimen alimenticio prescrito; tales son las particularidades más notables y comunes señaladas por el médico colonizador. De ahí la impresión generalizada de que el enfermo juega a esconderse de su médico. El médico no tiene ningún dominio sobre el enfermo. Comprueba a cada instante, a pesar de la promesas y juramentos, la existencia de una actitud de fuga e irresponsabilidad. Los esfuerzos del médico y de su equipo de enfermeros para modificar ese estado de cosas, se estrellan no ante una oposición coherente, sino ante la "desaparición" del enfermo. En primer lugar, el paciente no regresa, pese a que se le ha explicado con todo detalle que su enfermedad, para ser curada, exige una serie de exámenes periódicos. Los detalles están escritos en la receta, se le ha explicado con precisión la necesidad de una vigilancia constante y él se ha comprometido solemnemente a visitar al médico en fecha fija. El médico lo espera en vano; el enfermo no regresará. Y si regresa, se comprueba la evidencia alarmante de que la enfermedad ha avanzado en forma terrible. En efecto, el enfermo regresa cinco o seis meses más tarde y algunas veces un año después. Y algo más grave: las medicinas no han sido tomadas. Una entrevista con el enfermo revela que éstas sólo fueron tomadas una vez o, como a veces ocurre, que la dosis prevista para

un mes se tomó en una sola vez. Posiblemente vale la pena detenerse en esta particularidad, ya que las explicaciones que se han sugerido no son satisfactorias.

La tesis sociológica nos dice que el "indígena" espera firmemente ser curado de una vez por todas. En efecto; para el indígena la enfermedad no evoluciona progresivamente sino que ataca con brutalidad al individuo, de manera que la acción de un remedio resulta menos de su repetición continua, rítmica y progresiva, que de su carácter masivo, de su acción simultánea y total; de allí la preferencia que tienen los "indígenas" por las inyecciones. Según esta tesis, el curandero debe curar en un instante. Los peregrinajes a un santuario, la confección de amuletos o la redacción de un escrito; estas medidas terapéuticas se aplican de golpe con un máximo de eficacia. Así como descuidar un deber ritual o violar una prohibición desencadena la enfermedad, realizar ciertas acciones o cumplir las prescripciones del curandero o del brujo, son susceptibles de expulsar la enfermedad y de restablecer el equilibrio entre las diferentes fuerzas que intervienen en la vida del grupo.

Es cierto que esta explicación tiene una parte de verdad, pero nos parece que la interpretación de un hecho nuevo, nacido de la situación colonial, a partir de actitudes anteriores a la conquista extranjera y según una perspectiva analógica, es en cierto modo falsa, aunque se descubran lazos de parentesco estrecho con los esquemas tradicionales. Hemos visto que la dominación colonial desencadena y estimula un conjunto de comportamientos agresivos y de rechazo por parte del colonizado. Este último realiza un esfuerzo considerable para mantenerse aparte del mundo colonial, para no ofrecer un blanco fácil a la acción del conquistador. En la vida diaria, sin embargo, colonizados y colonizadores no cesan de establecer lazos de dependencia económica, técnica o administrativa. Es evidente que el colonialismo transforma todos los rasgos de la sociedad autóctona. El grupo dominante llega con sus valores y los impone con tal violencia que la vida misma del colonizado se ve acorralada y arrojada a la defensiva, a la clandestinidad. En esas condiciones, la dominación colonial desnaturalizan hasta las relaciones que mantiene el colonizado con su propia cultura. En gran número de casos, la práctica de la tradición es

una práctica opaca, ya que el colonizado no puede rechazar completamente los descubrimientos modernos y el arsenal de lucha contra las enfermedades que representan los hospitales, las ambulancias, los enfermeros... Pero el colonizado que acepta la intervención de la técnica médica, si no va al hospital es objeto de presiones importantes por parte de su grupo. Los métodos tradicionales de curación se aplican sobrepuestos a la técnica médica moderna. "Dos remedios valen más que uno". Debemos recordar que, con frecuencia, el colonizado que aceta la penicilina o la digitalina sigue simultáneamente el tratamiento prescrito por el curandero de su pueblo o de su barrio.

El colonizado percibe confusamente que la penicilina es más eficaz, pero por razones políticas, psicológicas y sociales (el curandero desempeña una función y tiene necesidad de vivir), está obligado a recurrir también a la medicina tradicional. Psicológicamente, el colonizado no puede rechazar con facilidad, en ese sector preciso, las costumbres del grupo, las reacciones de su cultura frente a la enfermedad. Ingerir la medicina, aun cuando sea una sola vez, significa admitir, limitada pero sin ambigüedades, la penetración occidental. Significa manifestar confianza en la ciencia médica del extranjero. Absorber la dosis entera de una sola vez, significa literalmente pagar su deuda a esta ciencia.

Asumir un comportamiento que se desarrolla en el tiempo, respetuoso en forma casi obsesiva con la prescripción del colonizador, es algo casi imposible en estos casos. En efecto; el otro poder interviene paralelamente y rompe el círculo purificador de la terapéutica occidental. Cada comprimido que se ingiere o cada inyección se duplican con ciertas ceremonias previas o con la visita a un santón. En ocasiones aparece en el enfermo el temor a ser un campo de batalla de fuerzas diferentes y opuestas. Este temor da lugar a tensiones importantes y todo el cuadro de la enfermedad se modifica. Una vez más, el mundo colonial se manifiesta en toda la complejidad y multiplicidad de sus facetas. Continuamente aparece la oposición de mundos que se excluyen, la interacción contradictoria de técnicas diferentes, la vehemente confrontación de valores.

El colonizado y el médico autóctono

La situación colonial no se contenta con viciar las relaciones entre el médico y el enfermo. Hemos demostrado que el médico aparece siempre como un eslabón de la cadena colonialista, como un vocero de la potencia ocupante. Ahora veremos que esta ambigüedad del enfermo frente a la técnica médica se manifiesta también cuando el médico forma parte del pueblo dominado. Existe una ambivalencia manifiesta del grupo colonizado ante cualquiera de sus integrantes que utilice una técnica o una forma de comportamiento propias del conquistador. Para el grupo, en efecto, el técnico indígena es la prueba viviente de que cualquiera de sus miembros es capaz de ser ingeniero, abogado o médico. Pero al mismo tiempo y en el fondo, es la prueba del abismo que hay entre el grupo homogéneo y cerrado sobre sí mismo, y el tránsfuga de las categorías psicológicas o emocionales específicas del pueblo. El médico autóctono es un médico europeizado, occidentalizado, y en ciertas circunstancias no se considera parte integrante de la sociedad dominada. Tácitamente se le empuja al campo de los opresores, al campo enemigo. No es una casualidad que en algunas colonias, para caracterizar al hombre avanzado, se utilice la expresión: "Ha tomado las costumbres del amo."

Para una gran parte de los colonizados, el médico autóctono se asimila al policía autóctono, al *caid*, al notario. El colonizado se enorgullece por los éxitos de su *raza* y al mismo tiempo califica peyorativamente al técnico. La actitud del médico autóctono frente a la medicina tradicional de su país, se ha caracterizado durante mucho tiempo por una agresividad innegable.

El médico autóctono se siente psicológicamente obligado a subrayar con firmeza su reciente ingreso a un universo racional; de ahí la tendencia abierta a apartarse de las prácticas básicas de su pueblo. Hay una ambivalencia del colonizado frente al médico autóctono, lo mismo que del médico autóctono frente a ciertos rasgos de su cultura, lo que hace difícil el encuentro médico-enfermo. En primer lugar, es el enfermo colonizado quien determina la relación. Desde el momento en que se reconoce la superioridad de la técnica occidental sobre los métodos tradicionales de curación,

piensa que es preferible dirigirse a los colonizadores que son en realidad "los verdaderos propietarios de la técnica". En el aspecto de la clientela, es frecuente ver que los médicos europeos reciben a la vez a enfermos argelinos o europeos, mientras que los médicos argelinos sólo reciben generalmente a los argelinos. Es claro que pueden mencionarse algunas excepciones; pero en conjunto esta descripción es válida para Argelia. El médico autóctono, por el juego complejo de las leyes psicológicas que dominan a la sociedad colonizada, se encuentra muchas veces en una situación falsa. Aquí, recordamos prácticamente el drama de los intelectuales colonizados antes de la lucha de Liberación.

Ahora veremos las modificaciones más importantes que ha introducido en Argelia la guerra nacional de Liberación.

El médico europeo durante la lucha de Liberación

Por regla general, el médico colonizador ha asumido la actitud de su grupo frente a la lucha del pueblo argelino. Detrás del "médico que sutura las heridas de la humanidad", está el hombre, miembro de una sociedad dominante que se beneficia en Argelia de un nivel de vida incomparablemente más alto que el de su colega metropolitano.[4]

Más aún; en los centros de colonización el médico es casi siempre, al mismo tiempo, terrateniente. Resulta excepcional ver en Argelia, típica colonia de población, a un médico que no se dedique a la explotación agrícola, al trabajo del suelo. Ya sea que haya heredado la tierra de su familia o que la haya adquirido personal-

[4] Con frecuencia, la práctica médica asume en las colonias un carácter de piratería sistematizada. Inyecciones de agua destilada, venta de penicilina o vitamina B^{12}, radiografías pulmonares, sesiones de radioterapia "que tienen por objeto estabilizar un cáncer", mientras la verdad es que el médico no cuenta con ninguna instalación radiológica. En este último caso, los médicos acostumbran colocar al enfermo detrás de una sábana y después de 15 o 20 minutos declaran que la sesión ha terminado. Ocurre también que los médicos de las aglomeraciones rurales sostienen (hay en Argelia varios ejemplos) que han practicado radiografías con ayuda de una aspiradora. Mencionemos el caso de un médico europeo que ejercía en Rabelais (región de Orléansville): él narra de qué manera los días de mercado ganaba hasta 30 mil francos en una mañana de trabajo. "Preparo tres jeringas de distinto tamaño llenas de suero fisiológico y digo al enfermo: '¿Qué inyección quiere, la de 500, 100 o 1500 francos?'" Casi siempre, nos dice ese médico, el enfermo elige la inyección más cara.

mente, el médico es también un colono. La población europea en Argelia no ha dado todavía nacimiento, de manera decidida, a los diferentes sectores de la vida económica. La sociedad colonial es una sociead dinámica, mal estructurada, y el emigrado, hasta el técnico, asume siempre un cierto grado de polivalencia. En todo europeo habitante de las colonias late en el fondo el industrioso, el agricultor, el aventurero. Hasta en el funcionario que es enviado durante dos años a una colonia, hay ciertos perfiles psicológicos que se modifican.

El individuo europeo en Argelia, no ocupa su lugar en una sociedad estructurada y relativamente estable. La sociedad colonial está en perpetuo movimiento. Cada colono inventa una nueva sociedad, elabora e inicia nuevas estructuras. Las diferencias entre artesanos, funcionarios, obreros y profesionistas liberales, están mal definidas. Cada médico tiene sus viñedos y el abogado se ocupa de sus arrozales con tanta dedicación como cualquier colono. El médico no sólo se define socialmente por el ejercicio de su profesión. Es igualmente propietario de molinos, de bodegas, de huertos, y su saber médico es exhibido coquetamente por él como una simple distracción. Al no depender exclusivamente de su clientela, y al obtener de sus propiedades enormes ingresos, el médico asume una concepción particular de la moral profesional y de la práctica médica. El orgullo colonialista, el desprecio al cliente, la odiosa brutalidad contra el enfermo indígena, la total falta de conciencia se manifiestan en la siguiente fórmula: "No necesito a los clientes para vivir." El médico de Bezanson, de Lieja o de Basilea ha escapado de la tierra y se refugia en el sector económico definido por su técnica.

En contacto con una humanidad constantemente herida, la de los enfermos o desvalidos, el médico se sitúa en el plano de los valores. De ahí su afiliación habitual a los partidos democráticos y sus ideas anticolonialistas. Pero en las colonias, el médico forma parte de la colonización, de la dominación, de la explotación. En Argelia, no debemos extrañarnos de que los médicos y los profesores de Facultad estén a la cabeza de los movimientos colonialistas.

Desde el punto de vista económico el médico argelino está in-

teresado en el mantenimiento de la opresión colonial. No se trata de valores o principios, sino del nivel de vida incomparablemente elevado que le procura la situación colonial. Es lo que explica que con frecuencia se transforme en jefe de milicias o en organizador de *raids* "contra-terroristas". En las colonias, en tiempos normales, es decir fuera de la guerra de Liberación, hay en el intelectual algo del *cow-boy* y del pionero. En período de crisis, el *cow-boy* empuña su revólver y sus instrumentos de tortura.

En esta guerra espantosa que ensangrienta a Argelia, es necesario hacer un esfuerzo para comprender ciertos hechos, objetivamente penosos en una situación normal. Nunca se ha explicado bien en el mundo el asesinato de algunos médicos en Argelia. En las guerras más crueles, la tradición exige que el cuerpo médico se deje aparte. Por ejemplo, en 1944, al liberar un pueblo en la región de Belfort, dejamos guardias a las puertas de una escuela en que los cirujanos alemanes operaban a los heridos. Los políticos argelinos no ignoran la existencia de las leyes de la guerra. Conocen bien la dificultad del problema y la situación dramática de la población europea. En ese caso ¿cómo explicar las decisiones contra la vida de un médico?

Casi siempre ocurre esto por la razón de que el mismo médico, por su comportamiento, ha decidido excluirse del círculo protector que tejen alrededor de él los principios y los valores de la profesión médica. El médico muerto en Argelia aisladamente, es siempre un criminal de guerra. En una situación colonial existen realidades específicas. En una región determinada, el médico es algunas veces el más sanguinario e implacable de los colonizadores. Desaparece entonces su calidad de médico. De la misma manera que fue médico además de propietario, ahora es torturador y sólo accidentalmente médico. Por otra parte, la autoridad dominante ha organizado el comportamiento global del médico ante la lucha liberadora. Así, cualquier médico que atienda a un argelino con una herida sospechosa debe, bajo amenaza de castigo, tomar el nombre del enfermo, su dirección, el nombre de quienes lo acompañan, sus direcciones y comunicarlo a las autoridades.[5]

[5] El Consejo de Orden de los médicos en Francia adoptó ante esas medidas una posición muy estricta, conforme a la gran tradición francesa. Así, su presidente, el profesor

En cuanto a los farmacéuticos, pronto se les dio la orden de no vender medicinas como la penicilina, estreptomicina, antibióticos en general, alcohol, algodón esterilizado y suero antitetánico, sin la debida prescripción médica. Más aún: se les recomendó insistentemente anotar la identidad del comprador y la dirección del enfermo.

Desde el momento en que esas medidas fueron conocidas por el pueblo, confirmaron su certidumbre de un acuerdo perfecto entre los colonizadores para combatirlos. Convencidas de que estas órdenes eran cumplidas por los médicos y farmacéuticos europeos, las autoridades francesas situaron en los alrededores de las farmacias de argelinos, policías vestidos de civil y soplones. En ciertas regiones, el aprovisionamiento de medicinas se ha convertido en un problema difícil y doloroso. Es imposible conseguir alcohol, sulfamidas y jeringas. En 1955, la Comandancia Militar francesa, en sus cálculos de las pérdidas argelinas, incluyó casi siempre cierto número de heridos hipotéticos que "sin la debida atención médica deben considerarse como muertos".

El médico colonizador, además, refuerza su pertenencia a la sociedad dominante a través de ciertas actitudes. Cuando comienza el proceso judicial de los argelinos que han conservado la vida después de los interrogatorios policiacos, ocurre con frecuencia que la defensa solicite un examen médico legal. Algunas veces se satisface esta demanda de los abogados. El médico europeo designado, informa siempre que nada, en el examen, puede hacer suponer que el acusado haya sido torturado. Excepcionalmente, a principios de 1955, algunos argelinos fueron llamados como peritos, pero rápidamente esta práctica fue prohibida. Por otra parte, los médicos europeos que llegan a señalar "la existencia de elementos

Piedelièbre, en una carta oficial dirigida a los Consejos de Orden de los médicos de Argel, de Constantina y de Orán, escribió: "Me permito recordaros que en ningún caso y bajo ningún pretexto puede ser violado el secreto profesional. También os recuerdo que los médicos deben atender con la misma dedicación a todas las personas, cualesquiera sean su religión o su raza, lo mismo se trate de amigos que de enemigos. Por último, debo indicar que el Código de Deontología, precisa en su artículo 3o.: *"El médico debe atender con la misma dedicación a todos sus enfermos, cualesquiera sea su condición, su nacionalidad, su religión, su reputación y los sentimientos que le inspiren."* Digamos también que muchos médicos europeos se negaron a cumplir las órdenes de las autoridades francesas en Argelia.

que pueden fundar la hipótesis de heridas que probablemente se deben a los tratos mencionados por el acusado", desencadenan de inmediato un contra-peritaje. Como es obvio, jamás se vuelve a llamar a esos médicos. También ocurre que un médico europeo en Argelia extienda a la autoridad judicial un certificado de muerte natural, cuando en realidad el argelino ha muerto torturado o, más sencillamente, fríamente ejecutado. Asimismo, puede suceder que la defensa obtenga una autopsia, pero casi siempre sus resultados son negativos.

En el aspecto estrictamente técnico, el médico europeo colabora activamente con las fuerzas coloniales en sus acciones más sanguinarias y degradantes. Queremos mencionar aquí algunas de las prácticas aplicadas en Argelia por el cuerpo médico europeo y que aclaran ciertos "asesinatos" de médicos.

En primer lugar, el "suero de la verdad". El principio es bien conocido: una substancia química con propiedades hipnóticas es inyectada en la vena, lo que provoca, cuando la operación se hace lentamente, cierta pérdida del control y un adormecimiento de la conciencia. Este medio terapéutico utilizado en medicina, es evidentemente muy peligroso y puede ser la causa de grandes desajustes de la personalidad. Por otro lado, muchos psiquiatras piensan que son mayores los peligros que sus ventajas eventuales, y han abandonado desde hace tiempo esta técnica de examen de las esferas del inconsciente.

Todas las academias de medicina de todos los países del mundo, han condenado formalmente el empleo de esta práctica para fines judiciales y el médico que viola estos principios solemnes se sitúa fuera de las normas fundamentales de la medicina. El médico que hace la guerra al lado de su pueblo, como médico, debe respetar las leyes internacionales de su profesión. Un médico criminal, en todos los países del mundo, es condenado a muerte. El ejemplo de los médicos de los campos nazis en que se hacían experimentos humanos es particularmente edificante.

Los médicos europeos de Argelia utilizan el "suero de la verdad" con una frecuencia alucinante. Recordemos aquí las experiencias que narra Henri Alleg en *La Question.*[6]

[6] H. Alleg, *La Question*, Ed. de Minuit, 1958, p. 74 y siguientes.

Nosotros mismos hemos atendido a hombres y mujeres que durante muchos días fueron sometidos a esta tortura. En otro lugar estudiaremos las graves consecuencias de esta práctica, pero desde ahora podemos señalar que la secuela más importante se manifiesta como una incapacidad para distinguir entre la verdad y la mentira, y por un miedo casi obsesivo de revelar lo que debe ser ocultado. En efecto; es necesario recordar que casi no hay un argelino que no conozca algún secreto de la Revolución. Meses después de la tortura, el antiguo prisionero vacila en decir su nombre, su ciudad de origen... Cualquier pregunta es vivida como una repetición de la doble unidad verdugo-torturado.

Otros médicos, comisionados en los diferentes centros de tortura, intervienen después de cada sesión ayudando a que se reponga el torturado y haciendo posible nuevas sesiones. En este caso, lo importante es que el prisionero no muera. Los tónicos cardíacos, las vitaminas en dosis masivas, antes, durante y después de las sesiones, se aplican para mantener al argelino entre la vida y la muerte. El médico interviene diez veces, y diez veces entrega al prisionero a la banda de verdugos.

Dentro del cuerpo médico europeo en Argelia, y sobre todo en los cuerpos de sanidad militar, tales situaciones son corrientes. La moral profesional, la ética médica, el respeto a sí mismo y al otro, han dejado su lugar a las actitudes más elementales, más degradantes y más perversas. En fin, es necesario señalar la costumbre de ciertos psiquiatras que vuelan en socorro de los policías. Así, los psiquiatras de Argel, conocidos por buen número de prisioneros, han aplicado electro-choques a los acusados y los han interrogado en la fase de vuelta a la conciencia caracterizada por una cierta confusión, un abandono de las resistencias y una desaparición de las defensas de la persona. Cuando, por suerte, se libera a esos hombres porque, pese a esta barbarie, el médico no ha obtenido ninguna información, sólo queda una personalidad destruida. El trabajo de reconstrucción del hombre es entonces extremadamente difícil; éste es uno de los muchos crímenes de que es culpable el colonialismo francés en Argelia.[7]

[7] Hemos visto a médicos militares, llamados a la cabecera de un soldado argelino herido en combate, negarse a intervenir. El pretexto oficial ha sido que no había nin-

Varias veces hemos tenido oportunidad de señalar la aparición de diversos comportamientos radicalmente nuevos en la vida privada y pública del argelino. La sacudida que ha roto las cadenas del colonialismo ha equilibrado las actitudes exclusivistas, ha reducido las posiciones extremas y convertido en obsoletas algunas tesis polémicas. La ciencia médica y las medidas de salubridad siempre han sido propuestas o impuestas al pueblo por la potencia ocupante. Ahora bien, en la situación colonial las condiciones materiales y psicológicas para un aprendizaje de la higiene o para la asimilación de nociones acerca de las epidemias, no pueden cumplirse. En la situación colonial, ir a ver al médico, al administrador, al comandante de policía o al alcalde, son conductas idénticas. La falta de interés por la sociedad colonial y la desconfianza hacia los representantes de la autoridad, están acompañados siempre por una carencia de interés y una desconfianza casi mecánica hacia las medidas más positivas y más benéficas para la población.

Hemos visto que, desde los primeros meses de la lucha, las autoridades francesas decidieron ejercer control sobre los antibióticos, el éter, el alcohol, el suero antitetánico... El argelino que desea procurarse cualquiera de estos medicamentos, debe proporcionar al farmacéutico una información detallada sobre su persona y el enfermo. En el momento en que el pueblo argelino decide no esperar más a que se le atienda, el colonialismo prohibe la venta de medicinas e instrumentos quirúrgicos. Cuando el argelino desea vivir y cuidarse, la potencia ocupante lo condena a una horrible agonía. Muchas familias asisten impotentes y con el corazón lleno de rencor a la muerte atroz por tétanos de los *moudjahidines* heridos, refugiados en sus hogares. Desde los primeros meses de la Revolución, las instrucciones del Frente de Liberación Nacional

guna posibilidad de salvar al herido. Ahora bien, estos médicos han reconocido, después de la muerte del herido, que esta solución les pareció preferible al encarcelamiento del argelino, con la consiguiente obligación de alimentarlo en espera de la pena capital. Los argelinos de la región de Blida conocen al director de hospital que golpeaba a puntapiés el pecho ensangrentado de los heridos de guerra, recostados en los corredores de su establecimiento.

son claras: cualquier herida, por benigna que sea, debe ser atendida en el acto con una inyección de vacuna antitetánica. El pueblo lo sabe. Y cuando la herida, de mal aspecto, ha sido lavada de la tierra que la cubría, de pronto se difunde el miedo al tétanos. Ahora bien, la orden es categórica: la venta de la vacuna antitetánica está prohibida. Hoy, decenas de argelinos pueden describir la muerte lenta, espantosa, de un herido progresivamente paralizado, contrahecho después y más tarde nuevamente paralizado por la toxina tetánica. Estos testigos nos dicen que nadie es capaz de permanecer hasta el fin en el cuarto.

Sin embargo, el argelino, encargando algunas veces sus compras a un europeo, ve que éste regresa sin dificultad con los medicamentos necesarios. El argelino había suplicado antes a todos los farmacéuticos de la localidad, y al final hubo de abandonar sus pretensiones al percibir la mirada dura e inquisitiva de todos ellos. En cambio, el europeo regresa con las manos llenas de medicamentos, confiado e inocente. Tales experiencias no le han facilitado al argelino un juicio equilibrado sobre la minoría europea. La ciencia despolitizada, la ciencia puesta al servicio del hombre es, en general, algo inexistente en las colonias. Para el argelino que durante horas ha mendigado sin éxito, con el dinero en la mano, 100 gramos de algodón estéril, el mundo colonialista constituye un bloque monolítico. Como el alcohol está también prohibido, las heridas se lavan con agua tibia, y las amputaciones se realizan sin anestesia, ya que igualmente está prohibida la venta de éter.

Ahora bien, esas substancias imposibles de encontrar, acaparadas por el adversario y retiradas de la circulación, adquieren un nuevo valor. Tales medicinas, utilizadas casi mecánicamente antes de la lucha de Liberación, se transforman en armas. Las células urbanas encargadas del aprovisionamiento de medicinas son tan importantes como aquellas cuya misión consiste en obtener información sobre los planes o movimientos del adversario. Igual que el comerciante argelino descubre los medios de conseguir para el pueblo radiorreceptores, el farmacéutico argelino, el enfermero argelino, el médico argelino, multiplican sus esfuerzos para que los antibióticos y otras medicinas puedan ser aplicados a los heridos.

Durante los meses cruciales de 1956 y 1957, afluyen de Túnez y Marruecos grandes cantidades de medicamentos, que salvarán un número incalculable de vidas humanas.

El desarrollo de la guerra en Argelia, la organización de unidades del Ejército de Liberación Nacional en todo el territorio, plantean de manera dramática el problema de la salud pública. La multiplicación de zonas peligrosas para el adversario lo ha llevado a interrumpir sus actividades regulares, como el tránsito de los médicos hacia los *douars*. De un día a otro el pueblo es abandonado a sí mismo y el Frente de Liberación Nacional se ve obligado a tomar medidas capitales, entre otras la de organizar un sistema sanitario capaz de sustituir las visitas periódicas del médico colonialista. Así, el responsable de la salubridad en la célula local se convierte en miembro importante del aparato revolucionario. Por otro lado, los problemas son cada vez más complejos. A los bombardeos y la represión sobre los civiles se añaden ahora las enfermedades naturales. No podemos ignorar que por cada soldado argelino, diez civiles son muertos o heridos. Los testimonios de soldados franceses en este sentido, son muy numerosos. A partir de ese momento, las medicinas y los técnicos son indispenables. Durante este período se dictan órdenes a los estudiantes de medicina, a los enfermeros y a los médicos en el sentido de unirse a los combatientes. Se organizan reuniones entre los responsables políticos y los especialistas médicos. Al cabo de cierto tiempo, se incorporan a cada célula delegados de la población encargados de los problemas de la salud pública. Todas estas cuestiones son examinadas dentro de un excepcional espíritu revolucionario.

El paternalismo y la timidez quedan excluidos. Por el contrario, se manifiesta un esfuerzo sostenido para la realización de un plan sanitario perfectamente elaborado. El técnico de la salud no inicia "trabajos psicológicos de aproximación para convencer al pueblo subdesarrollado". Se trata más bien, bajo la dirección de la autoridad nacional, de velar por la salud del pueblo, de proteger la vida de nuestras mujeres, de nuestros hijos, de nuestros combatientes.

Es preciso ver claramente la nueva realidad que constituye en Argelia, desde 1954, la aparición de un poder nacional. Esta autoridad nacional pone en sus manos la salud del pueblo y el pueblo abandona su anterior pasividad. El pueblo, movilizado en esta lucha contra la muerte, contribuirá para el cumplimiento de las instrucciones con una conciencia y un entusiasmo excepcionales.

El médico argelino, el médico autóctono que, según hemos visto, fue considerado antes del combate nacional como un embajador del ocupante, se reintegra al grupo. Durmiendo en el suelo con los hombres y las mujeres de las *mechtas*, viviendo el drama del pueblo, el médico argelino se convierte en un fragmento de carne argelina. Desaparecen las reticencias del período de la opresión absoluta. Ya no es "el" médico, sino "nuestro" médico, "nuestro" técnico.

El pueblo reivindica y asegura de hoy en adelante una técnica libre de sus elementos extranjeros. La guerra de Liberación introduce la técnica médica y al técnico autóctono en la vida cotidiana de muchas regiones de Argelia. Algunas comunidades, acostumbradas a las visitas mensuales o semestrales de los médicos europeos, ven por fin intalarse definitivamente en sus pueblos a médicos argelinos. Se manifiesta la presencia simultánea de la Revolución y de la medicina.

Es fácil comprender que estos hechos constituyen el sustrato de una incomparable pasión y el punto de partida de actitudes innovadoras. Los problemas de la higiene y la profilaxis se abordan dentro de una atmósfera creadora excepcional. Las letrinas, que los planes de higiene elaborados por la administración colonial eran incapaces de hacer aceptar en las *mechtas*, se multiplican. Las nociones acerca de la transmisión de las parasitosis intestinales son asimiladas de inmediato por el pueblo. La lucha contra las aguas estancadas y contra las oftalmías congénitas logra resultados espectaculares. Ya no son las madres quienes descuidan a sus hijos, sino que falta la aureomicina. El pueblo desea curarse, cuidarse y comprender las explicaciones de los hermanos médicos o enfermeros.[8] Se abren escuelas de enfermeros y enfermeras y el analfabeto aprende en algunos días a poner inyecciones intravenosas.

[8] Al mismo tiempo es fácil notar un cambio de actitud del argelino frente a los centros hospitalarios del ocupante. En efecto; a veces ocurre que la necesidad de una medicina o de una determinada intervención quirúrgica, imposibles de realizar en la zona gue-

Al mismo tiempo, las viejas supersticiones comienzan a desvanecerse. La brujería, la fe en los curanderos (ya fuertemente disminuida por la acción de los intelectuales), la creencia en el *djinn*, todas las actitudes que parecen formar parte de la fisiología misma del argelino, se resquebrajan por la acción y la práctica revolucionarias.[9] Inclusive las consignas difícilmente aceptables por los grupos humanos altamente tecnificados, son asimiladas por el argelino. Mencionemos dos ejemplos significativos:

En primer lugar, la prohibición de dar de beber a una persona herida en el abdomen. La consigna es formal. Se han organizado muchas conferencias para el pueblo. Ningún joven o muchacha ignora esta ley: jamás dar agua a un soldado herido en el vientre. Después de un bloqueo inicial de la hemorragia, las personas reunidas alrededor del herido escuchan sin ceder las súplicas del combatiente. Durante horas las mujeres se niegan obstinadamente a proporcionarle al herido el sorbo de agua que éste solicita. El propio hijo del *moudjahid* no vacilará en decir a su padre: "He aquí tu fusil; mátame con él, pero no te daré el agua que pides." A la llegada del médico, se practicará la intervención y el *moudjahid* tendrá grandes probabilidades de sobrevivir.

El segundo ejemplo se refiere a la dieta estricta que debe observarse durante una infección de tifoidea. En el hospital, el cumplimiento de esta orden se obtiene por medio de la prohibición de las visitas familiares. En efecto; cada vez que un miembro de la familia es admitido cerca del enfermo, se deja convencer por el "hambre" del paciente atacado de tifoidea y se las arregla para dejarle pasteles o pollo. Con frecuencia sobreviene una perforación intestinal.

En la situación colonial, estos problemas asumen un aspecto particular, ya que el colonizado interpreta la mencionada consigna médica como una nueva forma de tortura, de hambre, como un tipo inédito de métodos inhumanos del ocupante. Si el enfermo de tifoidea es un niño, es fácil comprender los sentimientos que abriga el espíritu de la madre. Ahora bien, en pleno *djebel* el enfermero o el médico argelino obtienen de la familia del enfermo un comportamiento dócil. Precauciones de higiene, atención particular a las medicinas, prohibición de visitas, aislamiento y, en fin, dieta rigurosa durante varios días. La madre argelina que nunca en su vida había visto un médico, sigue al pie de la letra las instrucciones del técnico.

Los especialistas en educación sanitaria de base deben reflexionar atentamente sobre las nuevas situaciones que surgen a lo largo de la lucha de Liberación Nacional de un pueblo subdesarrollado. Desde el momento en que el cuerpo de la Nación inicia su vida de manera coherente y dinámica, todo es posible. El conocimiento de la "fisiología del indígena", o de la "personalidad de base" son inútiles. Un pueblo que toma su destino en sus manos asimila a una velocidad casi increíble las formas más modernas de la técnica.

rrillera, orillan al médico a aconsejar al civil su evacuación a un hospital dirigido por franceses. Las vacilaciones y negativas anteriores a la Revolución desaparecen, y la población atiende las instrucciones del médico argelino de las guerrillas. Esta nueva conducta es muy clara en 1956-1957. Yo he tenido oportunidad de visitar en este período gran número de hospitales. Los médicos europeos no ocultaban su sorpresa. Después del comienzo de la guerra, afirmaban, "los musulmanes, en relación con los años anteriores, llegan a los hospitales en proporción de 1 a 5. Nos preguntamos qué ocurre." Debemos añadir también que en esta etapa, teniendo en cuenta las dificultades para conseguir productos farmacéuticos, la dirección tenía un interés estratégico en lograr que los civiles fuesen atendidos por los franceses, guardando los medicamentos para los militares, ya que ellos no podían ser evacuados.

[9] El *"djinn"* (plural *"Djnoun"*) es un espíritu. Mora en las casas y en los campos... La fe popular le atribuye una intervención importante en todos los fenómenos de la vida: nacimiento, circuncisión, matrimonio, enfermedad y muerte. En el caso concreto de la enfermedad, cualquier afección es interpretada como la acción de un mal *djinn*.

V. LA MINORIA EUROPEA DE ARGELIA

En las páginas anteriores hemos insistido en algunos aspectos de la sociedad europea de Argelia. Hemos señalado el comportamiento muchas veces odioso de ciertos europeos. Desde luego, hubiésemos deseado encontrar entre los médicos e intelectuales europeos de Argelia la preocupación por disminuir la tensión, por facilitar los contactos, por restarle dramatismo al conflicto. La verdad es que los intelectuales europeos asumieron la línea de los colonos. Los Sérigny, los Borgeaud, los Laquiére desaparecieron o pasaron a un segundo plano. Por lo demás, no debemos pensar que estos hombres actúan a través de intermediarios. Esa etapa ha terminado. Los Lagaillarde y los Regard no son hombres de paja. Han tomado la dirección de las fuerzas colonialistas y establecido contactos directos con el ejército y los partidos franceses de derecha, y no descartan la posibilidad de un rompimiento brutal. Los clásicos de la colonización han sido superados desde hace tiempo. Acostumbrados a la acción parlamentaria, a las presiones políticas y a las maniobras entre bambalinas, manifiestan desde hace tres meses una clara actitud vacilante. Y es que los nuevos dirigentes de la colonización ven el futuro en forma apocalíptica. Algunos intelectuales europeos de Argelia, ligados al poder colonial, han contribuido frecuentemente a hacer de la guerra de Argelia una guerra alucinante. Hemos visto que hay médicos comisionados en las oficinas de la policía judicial y sabemos cuáles son los filósofos y los sacerdotes que están en los centros de reagrupamiento o de concentración, encargados de lavar los cerebros, de conquistar las almas, de desvirtuar la personalidad del hombre argelino.

Ahora veremos que la minoría europea de Argelia está lejos de representar un bloque monolítico. El director del periódico *L'Echo d'Oran*, el señor Laffont, al declarar recientemente que Argel no representa a Argelia entera, manifiesta precisamente el deseo de algunos europeos de tomar sus distancias frente al Estado Mayor colonialista de Argel. Por otra parte, en último caso, habría que

decir que la calle Michelet, la calle d'Isly y algunos cafés de Bab-el-Oued no representan a Argelia.

En abril de 1953, el Comité director del MTLD[1] tomó la decisión de entrar en contacto con la población europea y de provocar un intercambio de puntos de vista con los principales grupos de intereses constitutivos de la minoría europea. También el UDMA[2], en sus textos doctrinales, recuerda constantemente a sus militantes la necesidad estratégica y política de no empujar a todos los europeos del lado colonialista. Por otra parte, recordemos que en esta época hay muchos europeos miembros del UDMA.

Esta actitud produjo resultados inmediatos. En las ciudades, se multiplican los encuentros entre argelinos musulmanes y argelinos europeos. Estos encuentros no tienen nada en común con la farsa franco-musulmana organizada por las autoridades colonialistas. No hay ni exotismo, ni paternalismo, ni falsa humildad. Los hombres y las mujeres discuten juntos acerca de su futuro y analizan los peligros que se ciernen sobre su país.

Se reúnen grupos de jóvenes y se organizan excursiones en común. Las asociaciones de muchachas comienzan a trabajar en común; las bases psicológicas que hacen posibles los encuentros humanos y democráticos, se establecen definitivamente en esta época.

Demócratas y anticolonialistas europeos conocidos, entran en relación con los responsables. Se estudia en todos sus aspectos la cuestión argelina y, con frecuencia, son los mismos europeos quienes, después de un examen completo de la situación colonial, manifiestan su sorpresa de que Argelia no haya extraído todas las consecuencias de sus fracasos políticos. Con frecuencia esos europeos afirman la necesidad de una acción armada, la única capaz de hacer salir a Argelia de su desesperada situación.

Muchas veces se ha pretendido que el FLN no hace ninguna distinción entre los diferentes miembros de la sociedad europea de Argelia. Quienes lanzan tales acusaciones ignoran la política definida desde hace tiempo por el Frente hacia los europeos de Argelia,

[1] MTLD. Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas. Partido nacionalista argelino de antes de la Revolución.

[2] UDMA. Unión Democrática del Manifiesto Argelino. Otro partido nacionalista argelino.

el apoyo constante que aportan a nuestras unidades o células políticas centenares de europeos y europeas. Lo que hemos dicho es que el pueblo argelino, de manera espontánea, percibe el sistema opresivo por la importancia de la población europea y, sobre todo, por el silencio y la inactividad de los demócratas franceses de Argelia frente a la violencia agresiva y soberana de los colonialistas.

Guardando las debidas proporciones, se puede decir de los demócratas europeos de Argelia lo mismo que de los partidos franceses de izquierda: desde hace mucho tiempo la Historia se hace sin ellos. Ellos no han podido impedir el envío de contingentes a Argelia, ni la capitulación de Guy Mollet, ni Lacoste, ni el 13 de mayo. Sin embargo, su simple existencia coloca a la defensiva a los neofascistas de Argelia y de Francia. *Desde hace tiempo la izquierda no ha hecho nada en Francia,* pero por su acción, sus denuncias y sus análisis, ha *impedido* un número determinado de cosas.

Es imposible que los demócratas europeos de Argelia, en el marco de la guerra argelina, actúen en conjunto como sus correligionarios que viven en Francia. En Francia, por tradición, la democracia vive a la luz del día. En Argelia, democracia significa traición. Un Claude Bourdet, un Domenach, un Pierre Cot pueden apartarse públicamente de la política gubernamental de su país. Los antiguos resistentes que han consagrado toda su vida a la defensa y al triunfo de ciertos principios, no conocen ninguna vacilación; las amenazas, cuando llegan, los encuentran perfectamente firmes. Debemos insistir en el hecho de que en el espacio territorial francés, las tradiciones democráticas se han conservado relativamente. Francia, país imperialista, cuenta con una reserva racista potencialmente grande (según pudo verse en los dos últimos años), pero entre los franceses hay reflejos que se manifiestan espontáneamente. De ahí la relativa libertad que se deja a los opositores —cada vez menos, porque Francia comienza a ser colonizada por los activistas de Argelia—; pero también de ahí la protesta que estalla en la opinión francesa cada vez que se revelan las torturas en Argelia.

A causa de sus propias contradicciones, del poder y del radicalismo de los partidos reaccionarios, las fuerzas de izquierda en Francia no han podido hasta hoy imponer la negociación. Pero es

innegable que obligan a los ultras a desenmascararse, a asumir progresivamente posiciones que precipitarán su caída.

En Argelia no hay fuerzas de izquierda. Los demócratas europeos no pueden militar realmente en Argelia, excepto en el Partido Comunista Argelino. Por lo demás, es bien sabido que el PCA, durante mucho tiempo, se refugió en un reformismo del tipo de la Unión Francesa, y que todavía muchos meses después del 1o. de noviembre de 1954, los comunistas argelinos denunciaron a los "terroristas provocadores", es decir, al FLN.

Los demócratas europeos de Argelia, desde siempre han vivido más o menos en la clandestinidad. Ahogados por la masa europea, viven dentro de un conjunto de valores que sus propios principios rechazan y condenan. El demócrata europeo es desconfiado. Mantiene contacto con los argelinos, pero escondiéndose. En la colonia europea se le llama "El Arabe." Estos fenómenos son bien conocidos y los hemos podido observar en Indochina, en Africa Negra, en Túnez y en Marruecos.

El europeo demócrata acostumbrado a mantener contactos semiclandestinos con los argelinos, aprende sin saberlo las leyes de la acción revolucionaria. Cuando sus amistades le piden esconder a uno de los suyos, conseguir medicinas o transportar paquetes, por regla general lo hace sin ninguna dificultad. Insistimos en el hecho de que jamás un miembro del Frente ha engañado a un demócrata francés de Argelia. No se trata de hacer correr el menor riesgo a un hombre o a una mujer de nuestra estima, sin prevenirlo. La decisión de ayudar al FLN se toma con toda claridad, con plena responsabilidad. Jamás se ha engañado a un demócrata francés. Algunas veces, sobre todo en los períodos más agudos de 1957, ha ocurrido que un demócrata retroceda y se niegue, con desesperación, a realizar el servicio demandado; pero nunca hemos tenido la intención de engañar o explotar la sinceridad y la simpatía de los europeos.

Tal vez sea necesario agregar que, con frecuencia, el europeo declara que no desea conocer los detalles del asunto a propósito del cual se pide su colaboración. Pero la dirección no cede en este punto. El FLN quiere responsables, no personas que al menor contratiempo se derrumben y afirmen que han sido engañados.

Los europeos y europeas detenidos y torturados por los servicios de policía y los paracaidistas franceses, precisamente han demostrado, por su actitud ante los verdugos, la razón que le asiste al FLN en haber tomado esta decisión. Ningún francés ha revelado a los policías colonialistas algo verdaderamente capital para la Revolución. Pero el contrario, los europeos detenidos han resistido lo suficiente como para permitr que escapen los otros miembros de la organización. El torturado europeo se ha comportado siempre como un auténtico militante en el combate nacional por la independencia.

Desde hace 5 años, el FLN no ha estimado necesario insistir en la participación de los europeos de Argelia en la lucha liberadora. Este silencio se explica por la preocupación de no exhibir el caso de dichos euroeos, de no diferenciar su acción de la de los otros argelinos. El FLN no ha querido formar, en el seno de la Revolución, cuadros de europeos en servicio contra la Argelia colonial en que ritualmente se encuentran, en todos los comités, el musulmán y el judío de servicio.

Para el FLN, en el cuadro de la ciudad en construcción, únicamente hay argelinos. En principio, todos los individuos que habitan Argelia son argelinos. En la Argelia independiente de mañana dependerá de cada argelino aceptar o rechazar en beneficio de otra la ciudadanía argelina.

Existen, por supuesto, criminales de guerra; todos aquellos verdugos expulsados de Saigón, de Túnez o de Meknés y que hoy, en Argel o en Mascara, antes del fin del reino colonial que sienten próximo, hacen correr la mayor cantidad posible de sangre de los hombres, colonizados. Estos verdugos no pertenecen a ningún bando. Ahora que el imperio colonial francés vive agitado por sus últimos sobresaltos, los franceses ganarían mucho con identificarlos. Si regresan a Francia deberían estar vigilados. Los chacales no se alimentan con leche de un día a otro. El gusto por la sangre y el crimen se ha instalado tenazmente en el corazón mismo de esas criaturas que, debe también decirse, son materia digna de ser estudiada por los alienistas.

Hay también algunos centenares de colonialistas europeos, poderosos e intratables, que desde siempre han alentado las represiones, atacado a los demócratas franceses y bloqueado en el cuadro colonial toda tentativa de introducir un mínimo de democracia en Argelia.

El pueblo argelino no tiene necesidad de expresar nuevamente su posición frente a estos hombres que han considerado a Argelia y a los argelinos como un coto de caza privado. El pueblo los ha excluido de la nación argelina y no podemos esperar que sean "recuperados".

Ahora mostraremos en detalle cómo la minoría europea se ha dividido desde hace muchos años, y qué grupos importantes de argelinos no árabes simpatizan con la causa argelina y colaboran activamente en la lucha, mientras que otros, oficialmente, militan en las filas de la Revolución argelina.

Los judíos de Argelia

Los judíos argelinos representan la quinta parte de la población no musulmana de Argelia. Su actitud ante la lucha del pueblo argelino no es unívoca. El análisis socioeconómico explica perfectamente las diferentes actitudes asumidas por los miembros de la comunidad judía.

Un primer contingente judío ha ligado estrechamente su suerte al de la dominación colonial. Por ejemplo, los comerciantes judíos protegidos de la competencia de los argelinos por su estatuto de franceses, no verían sin disgusto instalarse una autoridad nacional argelina y la desaparición de los regímenes preferenciales. En efecto; las bancas ponen grandes trabas para conceder préstamos a los comerciantes argelinos y, con frecuencia, bloquean sus transacciones y colaboran activamente en su quiebra, o en todo caso limitan la expansión de sus negocios, anulando así el peligro potencial que serían para los otros comerciantes.

En todas las grandes ciudades de Argelia, sin embargo, se pueden citar uno o dos argelinos que, a fuerza de tenacidad y de inteligencia comercial, han logrado burlar esas maniobras y representan una amenaza para la situación de privilegio que ocupan los comerciantes judíos.

"Si un día son independientes, declaran estos comerciantes, es seguro que ocuparán nuestro lugar." Por lo tanto, en el aspecto de la competencia económica, hay el temor del comerciante judío en el sentido de que le será perjudicial la igualdad en el mercado que establezca un poder argelino autónomo. Este miedo está lejos de ser exclusivo de los comerciantes judíos; en realidad, lo encontramos en los comerciantes europeos de todos los orígenes y fortunas. El fin del régimen colonial es visto como el fin de los buenos tiempos.

Sin embargo, es necesario señalar que tal estado de ánimo no impera en todos los grupos y en todas las regiones. En efecto; en las comunidades donde el comerciante judío mantiene relaciones estrechas con la población argelina, y donde hay independencia económica, la coincidencia de intereses es manifiesta. En dichas regiones, los comerciantes judíos venden al FLN uniformes militares, cobertores... No podemos ignorar que desde 1954 varios comerciantes judíos han sido detenidos por complicidad con la Revolución argelina.

Los funcionarios judíos, que son prácticamente los únicos funcionarios administrativos reclutados localmente —los europeos de Argelia son colonos o ejercen profesiones liberales—, ven también con temor el nacimiento de un Estado argelino. Adivinan fácilmente que la libertad reconocida a todos los argelinos para la educación o, eventualmente, para recibir becas, la desaparición del ostracismo y del *numerus clausus* introducirían modificaciones radicales en sus privilegios. Recordemos el descontento de los funcionarios europeos de Argelia cuando, como una muestra de "conciencia", las autoridades francesas agitaron el espectro "del acceso de los musulmanes a la función pública".

Este sentido espiritual, aunque frecuente en Argelia, no es exclusivo de posiciones absolutamente opuestas. Conocemos oficiales de policía judíos que, sobre todo en 1955-1956, obstaculizaron la detención de algunos patriotas ordenada en las más altas esferas de la administración colonial, permitiéndoles "desaparecer".

En fin, Argelia colonial es un país eminentemente racista en el que se encuentran los diferentes mecanismos de la psicología racista. Así, el judío, despreciado y aislado por el europeo, a veces

es feliz ligándose a quienes lo humillan para humillar a su vez al argelino. Pero no es muy frecuente, salvo en la región de Constantina en que los judíos pobres prosperan a la sombra del régimen colonial, ver judíos que sostengan abiertamente su filiación a los grupos ultras de Argelia.

Al lado de las dos grandes categorías de los comerciantes y de los funcionarios judíos, existe la imponente masa arabizada que incluso habla mal el francés, flotante, pero que se considera, por las tradiciones y hasta por el vestido, como auténticamente "indígena". Esta masa representa las tres cuartas partes de la población judía argelina. En su territorio tiene una posición paralela a la de los judíos tunecinos de *Djerba* o de los *mellah*[3] marroquíes. No hay ningún problema respecto a estos judíos: ellos son argelinos.

Por lo tanto, vemos que la fracción de la minoría judía comprometida activamente con las fuerzas del colonialismo, es relativamente débil. Abordemos ahora el caso de los judíos argelinos que participan en la lucha de Liberación nacional.

En el momento en que las autoridades francesas deciden la creación de milicias urbanas y rurales, los ciudadanos judíos desean saber qué actitud adoptar frente a esta movilización. Algunos no vacilan en proponer al FLN el rechazo de la orden y sumarse a la guerrilla más próxima. En conjunto, el Frente aconseja la prudencia, contentándose con pedir a esos judíos que, sin salirse del cuadro de su profesión y en el seno de las organizaciones enemigas, sean "los ojos y oídos de la Revolución".

Su presencia en el seno de las milicias presta también servicios a la lucha. Así, los miembros de una patrulla informan a los responsables de la importancia de las unidades, de su armamento, del circuito que recorrerán, del horario de sus evoluciones. Los responsables son también puestos al corriente de las operaciones de represalia organizadas contra tal o cual *douar*.

Así, un europeo de Argelia que, con su unidad, ha participado activamente en la matanza de civiles argelinos es, algunos días después, objeto de un atentado por parte de los *fidaines*.

Para la población europea que ignora los acontecimientos que

[3] Barrios judíos de las ciudades de Marruecos.

han determinado la decisión de la célula local del FLN, el atentado parece injusto e inexcusable. Mas para los diferentes miembros de las milicias que recuerdan todavía los gritos de las víctimas del *douar* y de las mujeres violadas, la razón de ese hecho es clara. La evidencia de la justicia popular se manifiesta con una particular solidez. El observador que está al corriente de los acontecimientos puede entonces apreciar, durante los días que siguen al atentado, que muchos milicianos y funcionarios piden su cambio o que literalmente se refugian en Argel.

Otras veces, los judíos participan financieramente en la lucha y cada mes entregan a través de cualquier intermediario, como es clásico, las sumas prometidas.

Es necesario que los franceses conozcan algunas cosas; las autoridades no las ignoran; y también es conveniente que los judíos las sepan, ya que no es verdad que el judío esté con el colonialismo y que el pueblo argelino lo empuje al campo de los opresores.

El pueblo argelino, en verdad, no ha esperado a 1959 para precisar su posición frente a los judíos. He aquí un fragmento del llamado a los judíos de Argelia en un manifiesto que apareció en los momentos más difíciles de la Revolución, es decir, en otoño de 1956:

"El pueblo argelino considera hoy que es su deber dirigirse directamente a la comunidad israelita para pedirle que afirme de una manera solemne su integración a la nación argelina. Esa decisión claramente expuesta, disipará todos los malentendidos y extirpará los gérmenes del odio, cultivados por el colonialismo francés."

Antes, en la *Plataforma*, publicada en agosto de 1956, el FLN declaraba a propósito de la minoría judía: "Los argelinos de origen judío no han superado aún sus dudas de conciencia, ni han decidido de qué lado están.

"Esperamos que muchos de ellos sigan el camino de quienes han respondido al llamado de la patria generosa, de quienes han manifestado su amistad con la Revolución reivindicando con orgullo su nacionalidad argelina."

Los intelectuales judíos han manifestado espontáneamente su sostén a la causa argelina, en los partidos democráticos y tradicionalmente anticolonialistas, o en otros grupos liberales. *Todavía*

hoy, los abogados y los médicos judíos que comparten en los campos o en las cárceles la suerte de millones de argelinos, confirman la realidad multirracial de la nación argelina.

También ha habido declaraciones oficiales de la población judía de Argelia.

En agosto de 1956 un grupo de judíos de Constantina escribía: "Una de las maniobras más perniciosas del colonialismo en Argelia fue y sigue siendo la división entre judíos y musulmanes... Los judíos están en Argelia desde hace más de 2 mil años; por lo tanto, forman parte del pueblo argelino... Musulmanes y judíos, hijos de la misma tierra, no deberían caer en la trampa de la provocación; al contrario, deberían unirse contra ella. No deberían dejarse engañar por aquellos que, no hace mucho tiempo, se proponían cínicamente la aniquilación total de los judíos como una etapa saludable en la evolución de la humanidad".

En enero de 1957, contestando al llamado del Frente, los judíos argelinos decían: "Ya es tiempo de que regresemos hoy a la comunidad argelina. La pertenencia a una ciudadanía francesa artificial es un anacronismo cuando se gesta rápidamente la joven y poderosa nación argelina moderna... Hay judíos que se han incorporado a las filas argelinas en lucha por la independencia nacional... Algunos han pagado con su vida esta decisión, otros han soportado valientemente los más inmundos atropellos policíacos y hoy están encerrados en prisiones y campos de concentración. Sabemos que en la lucha común, los musulmanes y los judíos han descubierto que son hermanos de raza y se sienten profunda y definitivamente ligados a la misma Patria argelina. Al proclamar nuestra fidelidad a la nación argelina, desvanecemos los pretextos que utilizan los colonialistas para prolongar su dominación, haciendo creer al pueblo francés que la rebelión en Argelia es el resultado de un fanatismo medieval..."

Los colonos de Argelia

Otro mito que debe ser destruido es el de los colonos de Argelia, cuando se presentan de manera indiscriminada como opuestos al fin de la dominación colonial.

El colonialismo francés debe saber que el apoyo más importante otorgado por los europeos de Argelia a la lucha del pueblo, ha sido y sigue siendo el de los colonos. Hasta los propios argelinos se han sorprendido de la frecuencia con que los colonos responden a las demandas del FLN. En todo caso, jamás un colono comprometido en nuestra lucha nos ha denunciado a las autoridades francesas. En ocasiones se ha negado a participar, pero el secreto siempre fue mantenido.

En el campo, desde los primeros meses de 1955, los pequeños colonos, los granjeros y administradores han sido objeto de peticiones nuestras. Como es obvio, evitamos sistemáticamente a los ultras conocidos. En general, sobre todo en las comunidades pequeñas y medianas, los hombres se conocen: el argelino tiene bien clasificado a cada europeo. Cuando una célula del FLN decide entrar en contacto con los europeos de la región, sus miembros saben de inmediato a quiénes es preciso aislar automáticamente.

También conocen, aunque con menos exactitud, a quienes probablemente aportarán su ayuda a la Revolución.

Con frecuencia, sobre todo en los pequeños centros rurales, sólo un miembro de la célula está encargado de las relaciones con los europeos. Es fácil imaginar la vigilancia necesaria durante los primeros meses de la lucha para impedir las iniciativas equivocadas de militantes todavía mal encuadrados. Hemos visto ya que la minoría europea, dentro de la situación colonial, es considerada en bloque. El primero de noviembre de 1954 existía una simplificación excesiva; sin embargo, pronto la realidad social mostró sus matices y antinomias.

El colono que ayuda a la Revolución puede ser obligado en público, en el café o en una conversación, a manifestar su solidaridad con los otros europeos, a repetir opiniones colonialistas... "En ellos sólo cuenta la fuerza... todos están con la revuelta...", etc. El pueblo, que tiene antenas, se entera que han sido proferidas esas opiniones, y entonces una nueva imagen del interesado se difunde en la ciudad... El colono es denunciado unánimemente a los *fidaines*. Por tanto, es necesario intervenir con inteligencia, prohibir cualquier gesto de hostilidad hacia la integridad física o material del colono y, al mismo tiempo, ocultar la razón profunda de

tales consignas.

Algunas veces, es necesario tomar la decisión de incendiar los depósitos de algún colono que, en una región arrasada por el FLN, paradójicamente no ha sufrido daño alguno. Los europeos colonialistas víctimas de las acciones del FLN, en efecto, llegan a preguntarse sobre los motivos del respeto inusitado del Frente hacia las tierras del colono. Digamos también que, en ciertas comunidades, hay la prueba de incendios o muertes en serie de ganado, ejecutados por los vecinos europeos celosos de la protección de que parece gozar un colono, a causa de los *raids* casi cotidianos de las unidades del FLN sobre sus propiedades.

A partir de 1955, muchas granjas pertenecientes a colonos europeos sirven alternativamente como enfermerías, refugios o escondites. Cuando las tropas francesas practican *razzias* sistemáticas y destruyen las reservas de cereales de la población argelina, el FLN decide almacenar sus reservas en las granjas de algunos europeos.

Así, una serie de explotaciones agrícolas de europeos se transforman en verdaderos graneros del FLN y, durante la noche, es posible ver a ciertas unidades del FLN descender de las montañas y transportar de esas granjas sacos de trigo o sémola.

Otras veces se depositan armas en las granjas. Es el período en que tienen lugar reuniones de distintas zonas guerrilleras alrededor de una granja europea. El traslado de armas se efectúa bajo la sagrada protección del colono europeo.

Sucede igualmente que los colonos aceptan las armas que les envía el ejército francés (con fines de autodefensa), y al mismo tiempo ceden al FLN las que ya tenían.

En fin, desde el inicio de la Revolución, gran número de agricultores europeos ayudan financieramente a la Revolución argelina.

Las decenas de colonos europeos detenidos por tráfico y transporte de armas, por dar ayuda material "a la rebelión", son suficientes para demostrar la importancia de la participación europea en la lucha de Liberación Nacional. Las autoridades francesas, cuando descubren la participación de los europeos en las filas del Frente, tienen la consigna de callar o de afirmar que dichos europeos son comunistas. Esta propaganda persigue dos objetivos.

En primer lugar, reforzar la tesis de la infiltración comunista

en Africa del Norte, en un dispositivo de la OTAS, en el corazón de la civilización occidental...

En segundo lugar, desacreditar a esos luchadores presentándolos como "agentes del extranjero", y hasta como mercenarios. El colonialismo francés, en efecto, se niega a admitir que un europeo bien nacido pueda verdaderamente luchar al lado del pueblo argelino.

Algunos granjeros europeos, sin participar en el combate, ayudan al Frente al rechazar, por ejemplo, la protección que les ofrece el ejército francés. A veces esta negativa es de suma importancia, cuando las granjas se encuentran en una región estratégica capital (paso entre dos montañas, límites fronterizos), ya que la ausencia de fuerzas colonialistas favorece el movimiento de las unidades del FLN, o el aprovisionamiento de los *moudjahidines*. Otras veces ocurre que el ejército francés decide, para controlar determinado sector, instalarse en una granja a pesar de la oposición del colono. En ese caso, el propietario informa al Frente que ese nuevo emplazamiento militar se ha hecho sin su acuerdo y que no ha solicitado protección.

Por lo demás, el colono se ocupa de hacerles la vida imposible a los militares franceses y, en todo caso, de informar a los responsables locales del FLN acerca de la importancia y la moral de la unidad instalada en su granja.

Los europeos en las ciudades

En las aglomeraciones urbanas, los europeos de Argelia trabajan esencialmente dentro de células políticas. Con las medidas dictadas por los ministros franceses Soustelle y Lacoste, hemos visto que una prohibición absoluta impide la venta libre de productos farmacéuticos e instrumentos quirúrgicos. También hemos mencionado la obligación impuesta a los médicos de denunciar a las autoridades de policía a cualquier herido sospechoso.

Los médicos y farmacéuticos simpatizantes decidieron entonces cuidar sin discriminaciones a los heridos del FLN, y vender los antibióticos y el éter solicitados por los militantes del FLN. Diariamente, centenas de millones de unidades de penicilina salen así hacia donde están las guerrillas.

Otros médicos se comprometen más aún y aceptan sin reticencias ir a las montañas vecinas a curar a los heridos. Algunas veces, ante su gravedad, transportan al *moudjahid* en su automóvil, para llevarlo a una clínica amiga y atenderlo durante una o dos semanas. La policía francesa ha sido informada de lo anterior, ya que hoy vigila regularmente ciertas clínicas.

Por lo demás, los enfermeros y enfermeras europeas sustraen de los hospitales instrumentos quirúrgicos, sulfamidas, vendas...

Otras veces, después de una intervención quirúrgica practicada por médicos franceses a un prisionero herido, el enfermo, aún bajo el efecto de la anestesia, revela ciertos secretos. El enfermero, cuando el herido despierta por completo, le aconseja tener cuidado. Otras veces, el médico presente en la sala telefonea inmediatamente a los policías que inician, dos horas después de una intervención grave, verdaderas sesiones de tortura.

También los médicos europeos organizan cursos clandestinos para preparar a los futuros enfermeros militares del FLN. De esas escuelas han salido varias promociones de auxiliares médicos que después se han incorporado a otros centros semejantes dirigidos por médicos argelinos.

Muchas jóvenes europeas, por su parte, se ponen a disposición de una célula política consiguiéndole papel y encargándose de la impresión de los manifiestos del FLN. Otros jóvenes transportan en sus automóviles a los integrantes de una célula revolucionaria. Ciertas familias europeas acogen a responsables políticos importantes y los ayudan a escapar de las persecuciones del general Massu. Algunos políticos europeos y funcionarios de la administración, proporcionan a las células del FLN pasaportes, falsas cartas de identidad, credenciales de trabajo falsificadas...

En general, la organización revolucionaria ha podido escapar, en ciertas ciudades, a los policías y paracaidistas, gracias a la ayuda de un número cada vez mayor de europeos argelinos.

Es bien sabido que muchos europeos han sido detenidos y torturados por haber protegido de la persecución colonialista a responsables políticos o militares de la Revolución.

Los europeos no se contentan con transportar en sus automóviles medicamentos y hombres; también transportan armas. Como los

automóviles de europeos no son revisados jamás, pistolas-ametralladoras y cajas de granadas pueden cruzar fácilmente los puestos de vigilancia. Incluso ha ocurrido que los europeos a quienes se les encuentran estas armas y para desviar las sospechas, declaran que su intención es "romperles la cabeza a los árabes". Esa actitud entusiasma a los "servicios del orden" encargados del control de las carreteras y hasta llega a afirmarse en la cantina o en el restaurante esa fraternidad "anti-indígena".

En fin, aunque con menos frecuencia, ha sucedido que algunos policías informan a la célula local de sus futuras operaciones, o previenen a tal o cual argelino que ha sido descubierto o, en el último momento, informan que un prisionero torturado denunció en su confesión a los responsables locales.[4]

Al margen de los europeos que han sido detenidos y torturados horriblemente por las tropas francesas por "complicidad con el enemigo", hay en Argelia un gran número de franceses que participan en la lucha de Liberación. Otros han pagado con la vida su fidelidad a la causa nacional argelina. Así, para poner un ejemplo, el abogado Thuveny, de Orán, que militaba desde hace tiempo en las filas del FLN, murió a consecuencia de un atentado organizado en Marruecos por la segunda oficina francesa.

[4] Ver anexo.

ANEXO I

TESTIMONIO DE CHARLES GEROMINI,
antiguo interno del Hospital Psiquiátrico de Santa Ana, en París.

La experiencia personal que relato —la toma de conciencia nacionalista de un europeo de Argelia— no tiene nada de excepcional. Otros lo han hecho antes que yo. Sin embargo, me parece interesante narrar de qué manera algunos estudiantes europeos sin pasado de militantes, que sólo profesaban al principio ideas de izquierda, han optado finalmente por la ciudadanía argelina. Es verdad que pocos han ido hasta el final incorporándose al FLN, lo que no debe reprochárseles. Sé por experiencia hasta qué punto puede ser desgarradora esta actitud radical. Aquí, simplemente desearía insistir sobre un hecho que se olvida con frecuencia: durante la Revolución, hay europeos de Argelia que han tomado conciencia de su incorporación a la nación argelina. Si bien no son mayoritarios, son más numerosos de lo que generalmente se cree en Argelia y en el mundo. Ellos no pueden expresarse. Y es un poco en su nombre que hablo aquí.

Al estallar, el primero de noviembre de 1954, la Revolución Argelina reveló brutalmente nuestra ambigüedad. Nosotros nos habíamos definido a favor del derecho del pueblo vietnamita y a favor del derecho del pueblo tunecino. Se trataba, por lo demás, de actitudes gratuitas, ya que la ausencia total de vida política de nuestra comunidad no permitía las actitudes concretas. En cuanto al derecho del pueblo argelino, era algo que no existía para nosotros y nos refugiábamos en la actitud confortable de la negación mágica del problema. Nos atraía la segregación de la vida política en dos colegios: en el segundo colegio se examinarían los problemas argelinos; en el primero, los problemas franceses; así, discutíamos acerca de la CED y del papel del PCF en el parlamento. También los problemas coloniales se examinaban de acuerdo con una óptica francesa. Esta falta de curiosidad por los problemas candentes de nuestro país tiene su origen en el racismo inconsciente del que todos partíamos, inculcado por veinte años de vida co-

lonial. Como hombres de izquierda, es cierto que habíamos superado el racismo agresivo del colonialismo, pero aún no habíamos dejado atrás el paternalismo. Una de las mayores conmociones que sufrimos fue la de descubrir que todavía éramos racistas.

Desde el principio, los colonialistas nos atacaban, nos exigían brutalmente elegir a favor o contra "los *fellagha*", estar con Francia o con la "anti-Francia". Al comienzo, nuestra actitud fue enteramente mágica. Al negarnos a una definición sobre el problema, nos precipitamos en una serie de protestas contra las brutalidades de la represión. Se formó un comité de estudiantes por la defensa de la libertad y decidí participar en él. En ese Comité tuve las primeras oportunidades de discutir políticamente con los argelinos. Hasta el momento, jamás había tenido conversaciones semejantes, ni siquiera con mis mejores amigos musulmanes. Parecía haberse formulado un acuerdo tácito; admitíamos sentimientos nacionalistas en nuestros amigos musulmanes, pero nunca hablábamos de ellos para no romper los lazos de amistad que ya presentíamos eran frágiles. En dicho comité de estudiantes, las relaciones entre nosotros y los musulmanes fueron al principio bastante ambiguas. Ellos deseaban conferir a la acción del comité un cariz político; nosotros pretendíamos mantenernos en un plano puramente humanitario. Después de haber votado algunas mociones vagas condenando la represión, se nos propuso una actividad política definida. Un estudiante detenido en París había sido transferido a Tizi-Cuzou. Su expediente estaba en blanco. Se decidió entonces que una delegación iría a llevarle un paquete y a entregar una carta de protesta al Procurador.

Yo fui uno de los voluntarios; como estaba de moda la idea de los "dos Colegios", la delegación se integró por tres musulmanes y tres europeos: dos israelitas y yo mismo. Durante el viaje, la conversación demostró que había una serie de puntos comunes entre nuestros camaradas musulmanes y nosotros: idéntico amor al país, semejante voluntad de transformarlo, de enriquecerlo, e igual deseo de verlo liberado del racismo, del colonialismo. Pero nuestras divergencias surgían a propósito de la "rebelión". Por mi parte, la consideraba como algo comprensible, como una respuesta inevitable a los excesos del colonialismo, pero al mismo tiempo negaba

todo valor a la violencia. Mis camaradas musulmanes no estaban de acuerdo sobre este punto y nos enfrascamos en una larga discusión. Ellos aprobaron enteramente la profesión patriótica, lírica y apasionada que T..., judío, nos hizo durante la comida. Esta profesión de fe me conmovió profundamente. Seguramente era lo que necesitaba para hacerme reflexionar sobre mi pertenencia a la nación argelina. Todavía contaba con una buena dosis de racismo anti-árabe inconsciente, para dejarme convencer por un argelino musulmán; fue necesario el discurso de aquel judío argelino para conmoverme radicalmente.

En Tizi-Ouzou apenas pudimos ver al abogado de nuestro camarada. De inmediato fuimos interpelados por la policía. Se nos interrogó separadamente. En un momento dado vimos salir de las oficinas a un camarada musulmán muy pálido, sostenido por dos gendarmes. De pronto creímos que había sido maltratado; pero no era eso. Simplemente, había sido amenazado con respresalias a su familia por causa de que su hermano estaba en las guerrillas y era buscado por la policía. Se llamaba Ben M'Hidi. Su hermano era Lardi Ben M'Hidi, comandante de las *wilaya VI*, miembro del CCE, que después fue detenido y asesinado por las tropas francesas. Yo fui el último en ser interrogado. El comisario comenzó dándome lecciones de moral: "Usted es el único francés de la banda..." Lo interrumpí recordándole la opinión del gobierno: "Argelia es Francia; los argelinos son franceses. —¡Claro, usted es de Francia!— No, yo nací en Argel. —¡Ah!, usted no conoce a los verdaderos árabes del campo. —Viví 8 años en Orléansville. —Oígame, usted es joven y se dejó engañar; más tarde comprenderá lo que le digo."

Nos soltaron a las 8 de la noche después de habernos examinado en los servicios antropométricos. Para protestar contra este atentado a la libertad, nuestro comité estudiantil organizó una manifestación en una pequeña sala pública. Trescientos estudiantes, casi todos europeos, se reunieron bajo la presidencia de dos profesores de la facultad. Se aprobó un texto condenando los excesos de la represión y pidiendo el restablecimiento de las libertades democráticas.

Algunos días después, con H..., asistí en representación de

objetivos de los nacionalistas musulmanes. Sin embargo, era consciente de los diferentes caminos que nos habían llevado a la misma exigencia. "Sí, la independencia, pero ¿qué independencia? ¿Debemos luchar por ayudar a la formación de un Estado musulmán teocrático, xenófobo y feudal? ¿Quién puede aspirar a quedarse en esa Argelia?"

Corría julio de 1955 y nunca, hasta esa fecha, había leído un manifiesto. Se hablaba del FLN y del MNA. Los dirigentes del ex-MTLD habían sido liberados, después de su encarcelamiento en el mes de noviembre anterior, una vez demostrada su no participación en la acción. ¿Quién estaba a la cabeza de la Revolución? Al margen del propósito independentista ¿cuáles eran los objetivos de los revolucionarios: Estado teocrático, reformista, democrático? T... me respondía que eso era importante, pero que en definitiva el pueblo argelino decidiría por sí mismo; que era necesario estar con el pueblo, y que no había otro medio de transformar la Revolución nacional en Revolución social. Como miembro del PCA, T... se quejaba de que sus tesis no fueran aceptadas por el Partido, que se refugiaba en un inmovilismo culpable. Durante el verano de 1955 vi muchas veces a T... y coincidimos en la necesidad de promover un movimiento en el medio estudiantil. Al regresar a clases nos pareció importante cristalizar la opinión liberal estudiantil y, por un trabajo de información permanente, acostumbrarla a la idea de la independencia y a nuestra integración en la nación argelina. En esta época leí los primeros manifiestos del Frente. Antes se me había explicado que su escisión del LTLD se debía a su carácter democrático radical. Debo confesar que esos manifiestos representaron para mí un gran alivio: la futura Argelia democrática y social que anunciaban era una meta por la que valía la pena luchar. Entonces tuvieron lugar los acontecimientos del 20 de agosto en Philippeville. Me afectaron profundamente y no tuve más remedio que condenarlos; sin embargo, no doblegaron mi voluntad de ayudar a la Revolución.

La disolución del PCA, las restricciones cada vez más grandes a las libertades públicas, la creciente irritación de los europeos, el ascenso del fascismo cada vez más impetuoso entre nuestros compañeros estudiantes, confirmaban nuestras ideas. Era necesario

crear una fuerza de izquierda sólida en la facultad, capaz de oponerse victoriosamente al empuje fascista; crear un boletín de información para hacer tomar conciencia del problema, en primer lugar a los estudiantes europeos, y en segundo lugar a la comunidad entera. Por ambicioso que fuera, ese programa no era inútil. La importancia lograda por los estudiantes fascistas el 16 de febrero y el 13 de mayo lo demuestra palpablemente. Por desgracia nuestro proyecto no se realizó.

Durante nuestra lucha entramos en contacto con diferentes tendencias estudiantiles. T... me preguntó si estaba de acuerdo en entrar en contacto con estudiantes nacionalistas de "tendencia FLN". Como es lógico acepté y un día nos encontramos en el Hospital de El Kattar con un estudiante de medicina, L. Khene.[1] El contacto fue muy cordial. Khene era escéptico en cuanto a los resultados, pero aceptó participar en las primeras reuniones. Más tarde, me relacioné con un grupo de estudiantes organizados bajo la cómoda etiqueta de "progresistas y mandouzistas". C..., uno de los líderes, ocultaba mal su escepticismo y se negaba a participar con diferentes pretextos. Muy pronto nos dimos cuenta T... y yo de que C... tenía cosas más importantes que hacer que jugar con estudiantes.

Después de dos o tres reuniones, nuestro grupo redactó algunas mociones que no logramos siquiera hacer circular ni publicar en los periódicos. Rápidamente desapareció la esperanza de crear el boletín y de difundir nuestras ideas entre los estudiantes. Entonces decidimos cambiar la orientación de nuestra actividad. Creamos un grupo de estudios que debía trabajar sobre ciertos problemas de índole económica: considerándonos argelinos, decidimos que nuestra obligación primordial consistía en ir a las guerrillas o en prepararnos seriamente para ser los futuros cuadros del país... Como nuestra capacidad combativa era muy dudosa y no pretendíamos ser héroes, la prudencia se impuso sin dificultades. Sin embargo, estábamos dispuestos a ayudar al Frente si nos lo pedía.

En esa época se hizo cada vez más irrespirable la atmósfera de Argel. La independencia de Marruecos y la disolución de la

[1] Lamine Khene. Más tarde Secretario de Estado en el Gobierno Provisional de la República Argelina.

Asamblea Nacional provocaron una agitación que fue en aumento hasta el mes de febrero. Se nos señalaba abiertamente, y hasta personas que no conocíamos nos llegaron a insultar en la calle. En cambio, los estudiantes "liberales" se acercaban a nosotros cada vez en mayor número pidiéndonos explicaciones e información sobre la Revolución, inquietos por el futuro del país y solicitando entrar en contacto con estudiantes musulmanes. Nuestras relaciones con estos últimos y con la UGEMA eran fraternales y claras. Ellos nos consideraban argelinos. Algunas acciones comunes mínimas: imprimir y distribuir los manifiestos de la UGEMA, participar en los comités de vigilancia durante las conferencias, hacían más fáciles estas relaciones. Sin embargo, el muro de la desconfianza no desaparecía fácilmente.

Con motivo de las elecciones a la Asamblea General de Estudiantes, nuestro grupo postuló en casi todas las facultades candidatos liberales para enfrentarse a los fascistas. Auxiliados por la torpe propaganda racista de nuestros adversarios, y gracias a un trabajo eficaz entre otra minoría, la judía, se creó un poderoso movimiento antirracista. Por vez primera en su historia, la AG elegida fue una Asamblea General de izquierda dispuesta a seguir las recomendaciones de la UNEF contra las torturas y las violaciones a la legalidad. Nuestra primera intervención tuvo lugar cuando fueron detenidos tres estudiantes. En unión de Ben Yahia y Ben Batouche redactamos una moción que exigía el respeto al plazo de la detención legal en los locales de la policía, y protestaba contra cualquier tipo de atentado corporal.[2] Esta moción, votada por unanimidad, provocó cierta angustia entre los estudiantes. Sin embargo, el resultado de las elecciones a la Asamblea Nacional Francesa ocupó muy pronto el primer plano de nuestras preocupaciones. ¡En aquellos momentos pensábamos que el fin estaba próximo! El triunfo de la izquierda en Francia autorizaba nuestras esperanzas. Cada vez más se nos acercaban estudiantes preocupados. "¿Qué será de nosotros cuando haya negociaciones y cuando, tal vez, Argelia conquiste su independencia? ¿Podremos permanecer aquí?" Entonces

[2] Ben Yahia, presidente de la Unión General de los Estudiantes Argelinos. Más tarde miembro del Consejo Nacional de la Revolución Argelina. Ben Batouche, comandante del Ejército de Liberación Nacional, muerto en el campo del honor.

nos vino la idea de organizar reuniones entre estudiantes musulmanes y estudiantes europeos. Se realizaron dos o tres juntas y cada quien habló libremente. Las preocupaciones de los europeos se expresaban de manera agresiva: respeto a los derechos de la minoría, respeto a la cultura y a la religión. Los musulmanes respondían a cada punto. Y como en un psicodrama, la agresividad desaparecía y dejaba su lugar a la ansiedad. Pude observar que regresaba la calma cuando los musulmanes afirmaban: "Ustedes también son argelinos, como nosotros, pero si desean abandonar el país podrán hacerlo libremente." Y los europeos respondían siempre: "No queremos salir ni ser extranjeros en este país." Sobre tales bases era fácil seguir adelante con estas discusiones fecundas.

Sin embargo, se preparaba el 6 de febrero. La atmósfera era tensa, nerviosa e irritante. Nos llegaban anónimos amenazantes y se nos insultaba por teléfono.

Los fascistas atentaron contra la vida del diputado Hernu. Después Camus se presentó. Fuimos a su conferencia para escuchar la voz de uno de nuestros mayores y, si era necesario, para protegerlo de los fascistas. Esto último no fue necesario. Camus habló en un local en que se vigiló estrictamente el ingreso de los espectadores y cuyas puertas estaban cuidadas por guardias CRS con casco y armados. Esperábamos que Camus adoptara una posición sobre el problema argelino. En cambio, pronunció un discurso de hermana de la caridad. Nos explicó largamente que era necesario proteger a la población civil inocente, pero se opuso formalmente a que exigiéramos protección para las familias inocentes de los prisioneros políticos. Estábamos aterrados. Fuera, los fascistas gritaban: "Argelia francesa" y "Camus al cadalso."

Sin embargo, tales manifestaciones nos parecían el último aullido de la bestia colonialista. Ni la manifestación monstruo el día de la salida de Soustelle, ni los llamados histéricos del Padre Bousquet y su repercusión entre los estudiantes, nos conmovían. Teníamos una inmensa esperanza en el nuevo gobierno francés investido por la Asamblea Nacional para hacer la paz. No dudamos ni un momento que el gobierno francés estuviera decidido a liquidar el fascismo argelino. Lo que Edgar Faure y su mayoría de centro habían hecho en Marruecos, era seguro que Guy Mollet y

su mayoría de izquierda lo harían más fácilmente en Argel. Cuando digo "nosotros", no hablo solamente de los europeos, sino también de los musulmanes que también pensaban que el fin estaba próximo y que nos pedían trabajar juntos en la paz inminente como lo habíamos hecho en la guerra...

"Vino entonces el 6 de febrero. Desde dos días antes la ciudad vivía en una gran expectación. Constantemente desfilaban columnas llevando la bandera tricolor, cantando la Marsellesa y gritando: "¡Argelia francesa!". Los automóviles circulaban sin cesar de un lugar a otro lanzando volantes y tocando el claxon estrepitosamente. Guy Mollet fue recibido en ese ambiente. Yo no tuve la oportunidad de asistir al acto en el monumento a los muertos, pero mis compañeros me contaron lo que allí ocurrió. Jamás pensamos que una recepción así obligara a G. Mollet a tomar decisiones tan graves. Al contrario, pensamos que, irritado por los europeos de Argelia, tendría menos escrúpulos, menos mala conciencia en imponerles la solución negociada que todos esperábamos. Así, quedamos estupefactos cuando, hacia el atardecer, nos enteramos de la dimisión del general Catroux. Nos lo dijo Ben Batouche. Estaba fuera de sí. A mi lado vi que Khene palidecía y cerraba el puño encolerizado. A nuestro alrededor las gentes se abrazaban entre grandes risas, cantando la Marsellesa. La ciudad parecía vivir un día de carnaval. Yo estaba desesperado por tanta estupidez. Al separarnos, uno de nosotros afirmó: "Ahora la palabra la tiene el FLN." Era evidente que Francia se negaba a someter al orden a la minoría fascista de Argelia; ahora tenía que hacerlo el FLN. Después del 6 de febrero, era ya imposible volver la mirada hacia Francia. Ella no resolvería nada. La extraordinaria apatía del pueblo francés, que pude ver durante un viaje a París, me lo confirmó.

"Nuestro grupo se volatilizó bajo los golpes del fascismo lacostiano. ¿Qué hacer? La alternativa era entre Lacoste y el Frente. Una tercera fuerza sólo tenía sentido si estaba apoyada por la izquierda francesa. A partir del momento en que la izquierda francesa hizo el juego del fascismo argelino, los intentos liberales en Argelia se convirtieron en un mito destinado al fracaso. Ninguno de nosotros se engañaba. El movimiento posterior, llamado de los "liberales", estuvo en gran parte integrado por funcionarios metropolitanos de servicio en Argelia.

Muy pronto, nuestros camaradas musulmanes se incorporaron a las guerrillas y los comunistas pasaron a la clandestinidad después del asunto Malliot. Los demás prestaban algunos servicios: transmitían mensajes, alojaban revolucionarios, etc. Yo abandoné Argel e ingresé al Hospital Psiquiátrico de Blida, que tenía la reputación de ser un nido de *"fellaghas"*. Interno a las órdenes de un médico conocido por sus posiciones anticolonialistas, muy pronto fui catalogado, rechazado por unos y aceptado por otros. Permanecí ocho meses en Blida ocupándome exclusivamente de mi trabajo como interno. Mi solidaridad con la Revolución se limitaba a hacer circular manifiestos y a distribuir números de *El Moudjahid* que tenía en mi poder. Había aceptado un trabajo médico, pero no se presentó nunca la ocasión de participar más intensamente en el trabajo revolucionario. A fines de diciembre de 1956, dejé Blida y fui a París. Una serie de razones explican este viaje, o esta fuga disfrazada, como se quiera. Al margen de mis problemas familiares, tenía sobre todo necesidad de alejarme. Al no trabajar por el Frente me daba cuenta de mi inutilidad. Por otro lado, el surgimiento del terrorismo urbano me planteó problemas de conciencia que, en el ambiente cargado de Argelia, no podía examinar fríamente. En fin, el miedo (sin fundamento) de mi mujer de que fuera encarcelado (aunque las detenciones arbitrarias eran moneda corriente), fue sin duda el argumento decisivo.

En Francia creí hallar la calma, aunque sólo encontré la mala conciencia. Diariamente, los periódicos informaban de nuevas detenciones y de la expulsión de mis amigos. Cada noticia me angustiaba. Me sentía terriblemente inútil. Traté de luchar y de suscitar a mi alrededor reacciones de protesta: pretendía que se tomara conciencia del problema. En vano... Los parisienses sólo les preocupaban por sus paseos, sus teatros, sus vacaciones preparadas con tres meses de anticipación. Detestaba y despreciaba en bloque a todos esos franceses que enviaban a sus hijos a torturar en Argelia y que únicamente se ocupaban de sus ínfimos negocios. Rechacé con energía a la nación francesa. Decididamente mi pueblo no era ese pueblo burgués sin ideales, sino un pueblo que sufría y moría diariamente en los *djebels* y en las cámaras de tortura.

Naturalmente estas reacciones extremas iniciales se atenuaron más tarde. Establecí amistades con compañeros demócratas que también sufrían por esta guerra colonial de su país. Sin embargo, sólo me sentía plenamente a gusto con los emigrados argelinos.

Ese viaje a Francia me fue muy provechoso. Me confirmó lo que ya presentía: que no era francés, que nunca había sido francés. La lengua y la cultura no bastan para formar parte de un pueblo. Es necesario algo más: una vida común, experiencias y recuerdos comunes, metas comunes. Todo esto me faltaba en Francia. El tiempo que permanecí en Francia me convenció de que mi lugar estaba en la comunidad argelina, me convenció de que en Francia era un extranjero.

Cuando terminó mi licencia en mayo de 1958, no vacilé por más tiempo. Desde hacía mucho había decidido incorporarme al FLN.

Hace un año que estoy en la Revolución argelina. Recordando algunos contactos difíciles y ambiguos del principio de la Revolución, tuve miedo de provocar desconfianzas. Tal cosa no se presentó nunca. Fui acogido como todos los argelinos. Para los argelinos no soy un aliado, sino un hermano, un simple hermano como los otros.

ANEXO II

Me llamo Yvon Bresson. Después de haber pasado toda mi juventud en Argelia, en Bone, fui a Francia en julio de 1948 para proseguir mis estudios.

En 1952, después de mi servicio militar, me presenté en París como candidato para ingresar a la policía argelina.

Fui admitido y enviado a la Seguridad Pública de Saint-Arnaud, ciudad importante de la región de Constantina, aproximadamente a 30 kilómetros de Sétif.

El 6 de mayo de 1953, ocupé mi puesto de oficial de policía; tenía entonces 24 años. Debemos recordar que Saint-Arnaud se encuentra en la parte central de la región de Sétif donde, en 1945, fueron asesinados en tres días más de 40 mil argelinos. Los europeos que debía yo proteger eran los mismos que diez años antes habían participado en la *persecución de los árabes*. Todavía en 1953 evocaban sus hazañas y comparaban las estadísticas de sus asesinatos. En Saint-Arnaud casi no mantenía relaciones privadas con dichos europeos. Por el contrario, hice amistades entre los argelinos y hasta con algunos nacionalistas conocidos. Bien pronto, mis superiores, los comisarios Antoine Gavini y Marius Lambert, me llamaron la atención. Los civiles europeos más exaltados, cada vez que se presentaba la ocasión, me recordaban *la regla*: perseguir a los árabes.

El 1o. de noviembre de 1954 comenzó la Revolución.

Muy pronto adquirí conciencia de que pertenecía al bando de quienes luchaban por una nación argelina. Las innumerables torturas que tuve la ocasión de presenciar en el desempeño de mis funciones, reforzaron mi odio al colonialismo: argelinos desgarrados por dos camiones militares que avanzaban en sentido contrario, las clásicas torturas del agua, de la electricidad; hombres colgados de los pulgares, de los testículos...

Mi mujer, que había pasado varias semanas sin dormir por los gritos de los torturados (vivíamos encima de una de las salas de

tortura de Saint-Arnaud), sin poder resistir más, un día se decidió a protestar violentamente ante los militares y los CRS, responsables de tales hechos. Fue devuelta a casa con dos metralletas apoyadas en la espalda. Durante este período entré en contacto con un miembro de la célula local del FLN. A él le comunicaba algunas informaciones que ayudarían a la guerra nacional de Liberación.

Le comunicaba la hora y el lugar de los *raids*, el nombre de los argelinos descubiertos, los cafés sospechosos, etc. Entre otras cosas, comuniqué íntegramente el informe secreto enviado por el comisario Gavini al subprefecto de Sétif sobre el encarcelamiento inminente del Dr. Lamine Debaghine, actual ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional de la República Argelina.

También señalé a los agentes y espías argelinos que utilizaba la policía colonialista. Tales agentes son muy peligrosos, ya que llegan a conocer gran número de secretos.

En mayo de 1956, Hamou Abdallah, antiguo combatiente dueño de un café moro, y uno de los más activos agentes secretos, fue ejecutado a las 11 de la mañana en la calle Saint-Augustin.

Algunos meses después, otro espía, Aktouf Mustapha, fue gravemente herido.

En junio de 1956, el comisario Gavini, agotado por varios meses de trabajo como verdugo, salió de vacaciones. Quedé entonces al frente de la comisaría. Revisando los archivos encontré una lista de nombres de argelinos sospechosos que debían ser ejecutados lo más rápidamente posible. Esta lista había sido formulada por mi colega Jean Sphonix y por el sub-brigadier Camille Varini.

Copié la lista y la transmití de inmediato al responsable local. Poco tiempo después fui detenido. Antes logré todavía comunicar al responsable los recursos en armas de ciertos cuarteles, y sus reservas en municiones. El Comisario político de la zona sur (la zona norte y sur están separadas por la carretera nacional No. 5 que divide en dos la ciudad) tendría que decidir a partir de esa información, sitiar algunas granjas y aniquilar los centros de abastecimiento del ejército francés.

Antes de mi detención, en el momento del asesinato de Ben Mihoud Said el 26 de septiembre de 1956 por los milicianos, me

dispararon una ráfaga de ametralladora. Salí ileso.[1]

Bajo la dirección del comandante Puech se multiplicaron las ejecuciones sumarias. Así, para dar un ejemplo, 50 argelinos fueron ejecutados y enterrados en un terreno perteneciente al alcalde de Saint-Arnaud.

El 18 de noviembre de 1956 fui detenido por órdenes del general Dufour y consignado al tribunal militar que me condenó a 5 años de prisión.

Mi conducta se debe a que soy argelino. No tengo la impresión de haber traicionado a Francia. Soy argelino y como todos los argelinos he combatido y continúo combatiendo contra el colonialismo. En mi calidad de ciudadano argelino consciente, mi lugar está al lado de los patriotas. Es lo que he hecho.

[1] Ben Mihoud Saïd, escribano público, el 26 de septiembre de 1956, y Sellanï, carpintero, el 25 de diciembre de 1956, asesinados por los milicianos... Los dos estaban en la lista de los sospechosos que debían ser ejecutados por las "fuerzas del orden".

En las páginas anteriores hemos aclarado algunos aspectos de la Revolución Argelina. La originalidad y la fecundidad impacientes de la Revolución, representan ya grandes victorias del pueblo argelino. Esta comunidad activa, renovada y libre de toda opresión psicológica, emocional o jurídica, desemboca hoy en exigencias modernas y democráticas que tienen una densidad excepcional.

La tesis que afirma que la promoción de una nueva sociedad no es posible sino en el cuadro de la independencia nacional encuentra aquí su corolario. Y es que al mismo tiempo que el hombre colonizado se pone en tensión y rechaza la opresión, se produce en él un cambio radical que hace imposible y escandaloso cualquier intento de mantener el régimen colonial. Aquí hemos estudiado ese cambio.

Es verdad que la independencia realiza las condiciones espirituales y materiales para la transformación del hombre. Pero también el cambio interior y la renovación de las estructuras sociales y familiares, imponen con el rigor de una ley el surgimiento de la nación y el florecimiento de su soberanía.

Afirmamos decididamente que el hombre argelino, que la sociedad argelina han abandonado el sedimento mental y los frenos afectivos e intelectuales creados por ciento treinta años de opresión. El colonialismo, que mantenía al pueblo entre las cadenas de la policía y del ejército, hoy está herido de muerte. El colonialismo francés en Argelia se prolongó siempre según una voluntad de permanencia eterna. Las estructuras, las instalaciones portuarias, los aeródromos, la prohibición de la lengua árabe daban la impresión de que el enemigo se comprometía y disolvía en su presa precisamente para hacer imposible la ruptura eventual, la separación. Cada manifestación de la presencia francesa significaba profundas raíces en el tiempo y en el futuro argelino, ligándose a la voluntad de una opresión indefinida.

La importancia de la población europea, el carácter rapaz de los colonos y su filosofía racista, exigían de la presencia francesa en Argelia el máximo de solidez y de peso. Paralelamente, el volumen y la vehemencia de las realizaciones francesas, mantenían y reforzaban la categoría opresiva del colonialismo.

El pueblo argelino opone hoy a la historia del colonialismo la historia de la Liberación nacional.

Queda por saber si el gobierno francés realizará lo que todavía es hoy posible.[1] Hemos trazado, eligiendo algunos ejemplos típicos, la ruta victoriosa del colonizado en el camino de su liberación. Hemos dicho que en el plano de la persona y de su apasionamiento prodigioso, la revolución que tiene lugar es fundamental, irreversible y en perpetuo desarrollo.

Ahora, la razón debería exigir sus derechos. Si el gobierno francés desea regresar a la situación anterior a 1954 o a 1958, debe saber que esto es hoy imposible. Por el contrario, si desea tomar en cuenta las modificaciones que se han producido en los últimos cinco años en la conciencia del hombre argelino, y desea escuchar la voz decidida y fraternal que llega de todos los rincones del mundo a favor de la Revolución, identificándose con la lucha de un pueblo que no ahorra ni su sangre ni sus sufrimientos por el triunfo de la libertad, entonces diremos que aún todo es posible.

[1] Escrito en 1959 [N. del E.]

Nº 2746

Impresa Madero, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
20-X-1976
Edición de 3 000 ejemplares
más sobrantes para reposición